

INDOMINABLE

Ni el tiempo nos podrá separar

Arwen McLane

CONTENTS

[Título](#)

[Copyright](#)

[Dedicatoria](#)

[Sinopsis](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Epílogo](#)

[Glosario de términos](#)

[Redes Sociales](#)

INDOMABLE

Arwen McLane

Título: Indomable

©Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del autor, la reproducción parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público. La infracción de los derechos mencionados puede ser constituida de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del código penal).

©Arwen McLane

Primera edición enero 2019

Diseño de cubierta: Noelia Jiménez Sangüesa

©De la imagen de la cubierta: -

Maquetación: Arwen McLane

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios.
Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura
coincidencia.

DEDICATORIA

Este libro se lo dedico a todas las personas que están siempre ahí dándome su apoyo. Vosotras ya sabéis quiénes sois. Un besote bombones.

Y sobre todo a mi familia, la cual siempre me ha apoyado desde el primer momento y ha estado ahí para darme ánimos en mis momentos de bajón.

A mis tres mosqueteras, Raquel, Jess y Priscila y a mi dos loquitas, mis “mini mafiosillas” a las que quiero un montón Noni Y Mónica.

Un beso enorme a todas. Sabéis los importantes e imprescindibles que sois en mi vida, chicas.

Indomable

SINOPSIS

Raquel es una mujer fuerte y valiente, sargento del ejército español y piloto de cazas. Una mujer todo terreno del siglo XXI.

A causa de un terrible accidente aéreo, viaja en el tiempo y aterriza en una época donde las mujeres no son valoradas, donde solo sirven para criar hijos y ocuparse de su casa, o eso piensan ellos. Pero Raquel no se deja dominar por ningún hombre.

Connor McGillivray es el laird de su clan, un jefe en toda regla del siglo XVIII. Solo anhela tener una esposa que le dé muchos hijos para poder perpetuar su apellido. Pero, entonces, aparecerá en sus tierras una mujer indomable que no se dejará doblegar por nada ni por nadie.

La lucha entre ellos será explosiva y la atracción sexual demoledora.

Esta es una historia entre dos tiempos llena de amor, romance, erotismo y mucho humor.

Prólogo

Raquel se encontraba sentada en el asiento del copiloto. Hacía media hora que había salido de la base aérea de Torrejón en dirección a la base de Candbury, en el condado de Cambridgeshire, para hablar con su superior. Hacía dos noches había recibido una llamada en la cual le comunicaba que tenía que presentarse en esa base, de allí partir hacia Inverness y, que los detalles de la misión que tendría que realizar se los darían a su llegada.

Pero Raquel estaba con un enfurruñamiento increíble porque le habían fastidiado su semana libre. Sí, ya había pedido permiso para ello, se lo habían concedido y dos días antes de salir de viaje, un alto mando se lo había jodido.

No sabía qué tipo de misión tenía que realizar, pero lo que tenía claro, era que en cuanto pudiera se escaparía. A ver, no escaparse de la misión, sino hacer una «escapadita» de un día para ir a ver a su mejor amiga Jessy, la cual vivía en Portree, un pequeño, cuco y colorido pueblecito ubicado en Escocia, en las highlands, para celebrar su cumpleaños. Muchos se había perdido ya a lo largo de los años que estuvieron separadas como para perderse uno más. Y más aún, sabiendo que estarían prácticamente a pocas horas la una de la otra.

Había metido dentro del petate su regalo, junto con una muda de ropa civil, un recambio de su uniforme, y más cosas que necesitaría. Dos baterías recargables para su teléfono, su mp4 totalmente cargado, maquinillas de afeitar, un botiquín para tenerlo a mano en caso de urgencia y unas cuantas cosas más. Nunca se sabía lo que podía pasar y quería ir bien preparada.

Una fuerte turbulencia hizo que Raquel pegara un respingo en su asiento y se estrechó más el cinturón de seguridad. Miró hacia el horizonte y lo que vio, no le gustó nada. Una tormenta se dirigía hacia ellos y al verla, se dio cuenta de que en pocos minutos el viaje empezaría a ser muy movidito.

En ese momento le sonó el teléfono y lo cogió sin mirar quién llamaba ya que no podía apartar la mirada de ese fenómeno de la naturaleza, el cual hacía que los potentes rayos y relámpagos, le dañaran la vista.

«Lo que daría por mis gafas de sol. Aunque, siendo de noche, de poco me

habrían servido.»

—Sargento Romerales —respondió a su interlocutor.

—Sargento, al habla el teniente Sánchez. Le comunico que tienen que hacer un cambio de destino. Se tienen que dirigir a...

El teléfono empezó a hacer ruidos raros, la comunicación se escuchaba entre cortada y no entendía lo que le decía su superior.

Así que colgó la llamada, «ya le echarían la bronca más tarde», cogió el petate, se lo puso sobre sus rodillas y metió el teléfono en su interior.

—Sargento —la llamó el piloto — No me gusta nada lo que veo. Tiene toda la pinta de ser una tormenta eléctrica de las gordas y la verdad es que, no sé si ascender o seguir en la misma dirección.

Al escuchar al piloto, Raquel pensó en lo que más les convenía, pero la verdad era que no sabía qué hacer. No se quería arriesgar a tomar una mala decisión.

—¿Sargento? —Preguntó el piloto de nuevo.

—Creo que lo mejor será que...

En ese momento el avión empezó a dar unos fuertes bandazos. Se meneaba de izquierda a derecha fuertemente y los controles parecía que se habían vuelto locos. Las agujas giraban en todas direcciones y muy rápido, lo que hizo que a Raquel se le pusiera la piel de gallina y los ovarios por corbata.

—¡No puedo manejarlo! ¡Los mandos no me responden! —gritó el piloto.

Raquel puso las manos en los mandos para ayudar al piloto a controlar la máquina, pero no sirvió de nada. Estaban estancados, fijos, no podía manejarlos. Una alarma empezó a sonar fuertemente y el avión empezó a caer en picado.

—¡*Mayday, mayday!* —gritaba el piloto entre el estruendo de la tormenta que sonaba a su alrededor.

Raquel veía como el océano se acercaba más y más a ellos y tenía muy claro que, en pocos minutos, el avión acabaría estrellándose en él.

Se agarró fuertemente a su petate, lo abrazó como si le fuera la vida en ello, cerró los ojos fuertemente y bajó la cabeza a su regazo. La puso en sus piernas y empezó a rezar todo tipo de oraciones, las conocidas y las que no... y, de repente, el flash de una imagen le vino a la cabeza. Era un recuerdo, un recuerdo de ella de pequeña sentada en las rodillas de su padre, el cual le decía que le encantaría verla en un futuro pilotando un caza como hacía él y que, cuando lo hiciera, se sentiría muy orgulloso de ella.

«Lástima que no vieras ese momento papá. Sé que hubieras estado muy

orgullosa de mí. Pero bueno, tal y como van las cosas ahora mismo, sé que en nada me volveré a reunir contigo y me lo podrás decir. Te echo y te he echado mucho de menos, papi.»

De repente, un fuerte estruendo hizo que el avión crujiera, escuchó el sonido y supo que su final estaba a punto de llegar. Vio a través de sus párpados cerrados una inmensa luz, a continuación sintió un fuerte impacto, el grito del piloto, un movimiento brutal e inesperado, el cual hizo que su cuerpo se inclinara a la derecha sin poder evitarlo, y que se golpeará la cabeza fuertemente.

A continuación, a Raquel le llegó la oscuridad.

Capítulo 1

Argyll, Escocia 1705

Castillo Duart

Connor McGillivray se encontraba desayunando después de una larga noche de poco descanso. Se la había pasado dándole vueltas a su principal problema; los robos, y en cómo podía hacerlo para detenerlos de una maldita vez. Estaba cansado de las reyertas, discusiones y luchas entre su clan y los otros clanes que, a hurtadillas, se dedicaban a robarles ganado. Según su segundo al mando y mejor amigo, Kirk, esta pasada noche les habían robado tres vacas y cinco ovejas. ¿Y qué consecuencias traían esos actos? Pues que algunos de sus hombres les pagaran a los demás clanes con la misma moneda, tratando de recuperar lo hurtado. Por lo que luego, le llegaban a él las quejas y amenazas por parte de los demás clanes. Los MacLean, McCloud, Munro, y varios más, se personaban en su castillo día sí y día también para reclamarle a él. Pero él no podía hacer nada, ya que no podía demostrar esos hurtos y los clanes no podían demostrar tampoco que el clan McGillivray era el responsable de ellos.

Recostó su espalda en el sillón, suspiró y se frotó sus cansados ojos. Miró a su alrededor y se vio completamente solo. Su gente desde el alba se encontraba faenando en sus tierras, sus guerreros entrenando y las mujeres en la cocina o realizando sus quehaceres diarios.

Mujeres, —pensó Connor— Sí. Connor tenía que admitir que ese era su máximo anhelo actualmente. Quería... no, más bien necesitaba encontrar a una mujer para poder perpetuar su apellido. Una mujer dulce, bonita, tierna, educada, una mujer que supiera llevar su hogar cuando él no estuviera. Y si era posible, una mujer a la que pudiera llegar a amar. A sus treinta y un años,

Connor era bien consciente de que ya iba siendo hora de que se empezara a ocupar de ese tema. Pero para desgracia suya, las mujeres que había conocido de los clanes vecinos, o no le gustaban, o tenían caracteres totalmente opuestos al suyo, o eran unas auténticas arpías por ser hijas de quien eran... o simplemente, porque su personalidad era así. Tampoco pedía tanto, ¿no? Pero la suerte, aún no le había sonreído en ese aspecto.

—¡Laird! —escuchó como lo llamaba alguien a voces. Miró en esa dirección y vio a Kevin, uno de sus guardias, entrando corriendo por la puerta del castillo, respirando agitadamente — Laird, por favor... acompáñeme —le decía sin resuello —. Kirk me ha mandado a buscarlo porque hemos encontrado algo en la playa. Bueno... más bien a alguien —. Inspiró fuertemente, soltó el aire y frunció el ceño —. Pero es un alguien muy extraño, laird, veré...

—¿Dónde está? ¿Y de quién se trata? —le cortó porque con tanta perorata lo estaba poniendo nervioso —. ¿Es alguien conocido?

—No no. Verá, se trata de una mujer. Una mujer muy extraña, por cierto. La trae Kirk de camino, señor. La encontramos inconsciente en la playa y en cuanto nos percatamos de que no estaba en buenas condiciones, Kirk la cogió entre sus brazos y decidió traerla hacia aquí y... bueno, que ya viene. Pero me mandó a buscarlo para avisarlo, señor. Por si tenía que seguir alguna orden.

Connor se levantó de la silla, se puso la espada en la cintura y le hizo una señal a Kevin para que lo siguiera. Montó en su montura, la cual ya tenía preparada el mozo y salió al galope hacia la playa. «¿Una mujer inconsciente? Supongo que será una muchacha de algún clan».

No pasaron ni cinco minutos y vio a Kirk en la distancia, cargando un pequeño bulto entre sus brazos. Se acercó, deteniendo el galope del animal a medida que se iba aproximando a él y descendió del caballo. Se acercó a Kirk y miró a la, efectivamente, extraña mujer que portaba entre sus brazos.

Kirk lo miró y con un suspiro de cansancio alzó sus brazos y se la entregó. Connor la apretó contra su pecho al notar lo fría que estaba y de repente, una sensación extraña empezó a recorrer todo su cuerpo. Sintió como una inmensa calidez se apoderaba de él, como su corazón se aceleraba, un cosquilleo extraño recorría sus brazos y piernas y como súbitamente, le empezaban a temblar. Era un temblor imperceptible a la vista pero, Connor lo sintió. Se arrodilló y sosteniéndola en su regazo le apartó el pelo que le cubría parte de la cara y, lo que vio lo impactó; porque se dio cuenta de que nunca, en sus treinta y un años de vida, había visto una mujer más hermosa que la que tenía

entre sus brazos.

La mujer tenía una tez blanca, demasiado blanca, pero supuso que era por su baja temperatura corporal. Tenía una frente pequeña, la cual la cubría un pequeño flequillo. Sus cejas eran perfectas, muy finas y con un arco muy bien cincelado. Sus pestañas, las cuales eran largas y negras casi rozaban sus altos pómulos. Tenía una nariz pequeña y respingona y unos labios gruesos y carnosos, los cuales parecían estar coloreados. Connor pasó su dedo pulgar suavemente por su labio inferior y vio como le quedaba una tonalidad rosada en el dedo.

Siguió mirando su cuerpo y tuvo que admitir que las ropas que llevaba eran muy extrañas. Portaba una especie de casaca corta de un color verde extraño, la cual estaba llena de unos parches con distintos dibujos, los cuales no reconoció. Le pareció distinguir en uno de ellos un símbolo con un pájaro muy raro, pero no le dio la más mínima importancia. Debajo de la casaca llevaba una especie de camisa de una tonalidad extraña. Parecía amarillo pero no lo era. Y sus piernas, cubiertas por unas calzas... eso sí que lo dejó totalmente descolocado. ¿Desde cuándo las mujeres portaban calzas?

Retiró la mirada de ella y la fijó en sus hombres. Los recorrió uno a uno y vio que uno de ellos portaba un saco extraño en sus brazos.

—¿Qué es eso, Duncan?

El aludido dio un paso al frente y lo dejó en el suelo.

—Pues no sabría decirle, laird. Lo encontramos debajo del cuerpo de la mujer. Estaba abrazada a él. Cuando Kirk la giró y lo vio, intentó abrirlo pero no le fue posible. Decidimos traerlo con nosotros, por si ella nos pudiera explicar cómo se abre cuando haya recobrado el conocimiento.

Connor miró el extraño saco y lo único que vio que era raro en él, a parte de la forma, eran los dos bolsillos que tenía en los extremos y la línea plateada que lo cruzaba en horizontal.

Les ordenó a sus hombres que lo llevaran al castillo, que se adelantaran para que hubiera una alcoba lista para la nueva invitada y que dejaran ese saco en ella.

—Vamos, Kirk, volvamos al castillo. No sé por qué, pero tengo la impresión de que con esta muchacha nos llevaremos más de una sorpresa. Toma, sujétala mientras subo en Storm.

Connor subió a su montura y estiró los brazos para que su amigo le volviera a pasar a su preciosa carga. La verdad es que no sabía que pesar sobre ella. Lo que tenía clarísimo, era que esa mujer no pertenecía a ningún clan cercano

ni lejano. No sabía de donde venía, pero pensaba averiguarlo en cuanto estuviera consciente y recuperada.

Azuzó a su montura y puso rumbo de nuevo al castillo.

En cuanto llegó y desmontó, entró y empezó a dar órdenes a diestro y siniestro. Subió las escaleras y la metió directamente en su alcoba; retiró las pieles y la tumbó. Detrás de él entraron Edna y Ginny las cuales al ver el mal estado en el que se encontraba esa muchacha, le ordenaron a Connor que saliera de la estancia, hasta que se hubieran ocupado de ella.

Poco tiempo después, escuchó quejas y maldiciones a través de la puerta y sin pensárselo la abrió y entró. Las dos mujeres levantaron la cabeza dejando lo que estaban haciendo y lo miraron con cara de frustración.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué está la muchacha aún vestida?

Las dos mujeres se miraron y bufaron.

—Es que no sabemos cómo se quitan estas extrañas ropas, señor. Tienen unos... mmm... mecanismos muy raros.

Connor se acercó y, al ver que tampoco sabía por dónde empezar, sacó la daga de su bota y rajó la casaca desde el pecho hasta la cintura. La incorporó, se la sacó por los brazos y siguió con la extraña camisa. Hizo lo mismo, la rompió desde el cuello hasta la cintura, pero se quedó paralizado al ver lo que esa camisa ocultaba debajo.

Una rara prenda cubría los pechos de la muchacha. Era blanca, de un increíble blanco brillante y en los bordes llevaba un hermoso bordado que lo rodeaba. Las mujeres estaban igual, mirando esa extraña prenda con los ojos muy abiertos y sin saber que pensar.

Connor pasó un dedo por encima de uno de los pechos de la muchacha y la suavidad de la prenda lo maravilló. «Es tan suave como la seda», pensó. Escuchó un carraspeo y retiró el dedo en seguida. Se dio cuenta que a los ojos de esas dos mujeres había hecho algo que no era correcto ni decente. Pero tenía que admitir, que la curiosidad había podido con él.

Bajó la vista a las calzas de la mujer e hizo lo mismo. Metió la daga entre la cintura y la piel y rasgó la prenda hasta mitad del muslo. Realizó el mismo movimiento en la otra pierna y las mujeres la dejaron desnuda. Bueno, desnuda no, ya que había otra extraña prenda que cubría su sexo. Era igual de blanca que la que cubría su parte superior y llevaba el mismo encaje en la zona de la cintura. Connor sintió como su miembro se endureció de repente ante tan maravillosa visión y no tuvo más remedio que dar un paso atrás.

Una sábana le cubrió de súbito la espléndida vista que estaba disfrutando y

al ver las caras reprobadoras de Edna y Ginny, se giró y salió por la puerta; pero no sin antes dejarles claro que, en cuanto la mujer despertara lo avisaran de inmediato.

Capítulo 2

Raquel se dio cuenta de cómo poco a poco iba despertando. Gimió porque sentía todo el cuerpo dolorido y en cuanto intentó moverse un poco para cambiar la postura, un sonoro quejido salió de sus labios. Se quedó quieta porque sabía que si lo intentaba de nuevo acabaría soltando alguna lágrima. Sentía como si un camión le hubiera pasado por encima. Se podría decir que hasta le dolían las pestañas.

Abrió los ojos poco a poco y cuando logró enfocar la vista se sorprendió al no reconocer nada de lo que la rodeaba. Sabía que estaba en una cama, bastante incómoda desde luego, ya que notaba bultos en su espalda. Miró su cuerpo y vio que una fina sábana amarilla la cubría y que el taco no era muy suave. Suspiró y echó un vistazo a su alrededor.

A sus pies había lo que parecía un arcón o un baúl de madera, el cual, bajo su punto de vista, parecía bastante antiguo. En la pared de enfrente una chimenea encendida caldeaba la habitación y a su izquierda, un gran tapiz cubría lo que parecía una ventana enorme. Justo debajo había una pequeña mesa redonda con una silla de madera, ambas muy toscas y unas velas blancas, todas ya usadas; eran lo único que decoraban la pequeña mesa.

Frunció el ceño al ver lo que la rodeaba, ya que, aparte de no tener ni idea de donde se encontraba, por el mobiliario que la rodeaba pensó que se debía de tratar de gente muy humilde.

Intentó de nuevo moverse para así poder incorporarse y aunque le costó una barbaridad, al final pudo apoyar la espalda en el cabecero de la cama. La sábana que la cubría cayó de su regazo y vio que estaba en ropa interior.

—Mierda ¿y mi uniforme? — Susurró mirando a los pies de la cama para ver si estaba ahí. Pero al no verlo sacó muy despacio los pies de la cama para mirar en el baúl, pero, en cuanto hizo amago de levantarse al ponerlos en el suelo, las piernas le fallaron y acabó de nuevo sentada.

«Nada, me da que en cuanto vuelva a la base tendré que solicitar uno nuevo.» —Pensó con resignación, ya que sabía que le caería una buena bronca

por ello.

Hizo el intento de levantarse de nuevo, cuando la puerta de repente se abrió. Se quedó pasmada literalmente al ver entrar a dos mujeres, las cuales llevaban unos extraños y horrendos vestidos marrones. Les llegaban hasta los pies y ambas llevaban un pañuelo en la cabeza cubriéndoles el cabello.

—¡Bueno, veo que al fin te has despertado, querida niña! —dijo la más mayor de las dos en un idioma que Raquel no entendió en absoluto.

—¿Disculpe? no la entiendo, señora – dijo en inglés y se fijó en como las dos mujeres fruncían el ceño a la vez.

—¿Sois inglesa? — le preguntó con un deje de rencor. — Pues menda sorpresa, niña – ironizó, a lo que Raquel frunció el ceño.

¡Vaya! Eso sí que lo había entendido. Menos mal que sabían inglés, aunque... era un inglés bastante raro, ya que algunas palabras las pronunciaba de manera diferente a lo que ella conocía. Menos mal que ella dominaba el inglés a la perfección, o lo hubiera pasado mal para entenderlas. Aunque lo que no le hizo gracia, fue la manera en que le preguntaron si era inglesa.

—No, no lo soy, señora. Soy española, de Madrid para ser exactos.

Ambas mujeres pusieron los ojos como platos y dieron un paso atrás.

—¿Pasa algo? —Les preguntó al ver su reacción. Miró de una a otra mujer pero nada, no reaccionaban. Así que dejó correr el tema, se acordó de nuevo de su extraviado uniforme y les preguntó. —Por cierto, ¿podrían decirme por favor dónde está mi uniforme? Lamentablemente no he visto mi petate por aquí, así que supongo que se perdió en el accidente de avión.

Raquel al ver que las mujeres enmudecían, seguían retrocediendo hasta la puerta y no decían nada, se cruzó de brazos y carraspeó.

—Señoras, ¿entienden lo que les digo? ¿Podrían decirme por favor si han visto mi petate? — les repitió lentamente en inglés como si fueran niños pequeños por si no la habían entendido.

—Disculpe —dijo la más joven y salió corriendo por la puerta.

—¿Pasa algo malo? ¿Por cierto, dónde estoy? Supongo que eso sí que me lo podrá decir, ¿no?

La mujer se adelantó un paso, muy lentamente y con cautela, como si la tuviera miedo, y la miró de arriba a abajo. Raquel vio que miraba su ropa interior y se encogió de hombros mentalmente. La verdad es que no sentía ninguna vergüenza, ya que durante su instrucción tuvo que compartir ducha con sus compañeras y durante ese largo tiempo, acabó perdiendo el pudor que sentía.

—Argyll —le dijo la mujer.

—¿Disculpe?

—Argyll —repitió un poco más fuerte —. Se encuentra en Argyll, exactamente en el castillo Duart.

—¡Uau! —exclamó — ¿Realmente estoy en un castillo en Escocia? —dijo presa de la emoción— No sabía que en este territorio quedaran castillos en los que se pudiera habitar. Pensaba que estaban todos en ruinas o se usaban solamente en visitas guiadas para los turistas.

—Muchacha ¿sabéis que habláis de una forma muy extraña y decís palabras que desconozco completamente? ¿Qué queréis decir con, turistas, avión, y... petate? No os entiendo, la verdad.

Raquel se quedó perpleja al escucharla. ¿Se estaba quedando con ella? ¿Acaso quería hacerle creer esa mujer que no sabía lo que era un avión y un turista? ¡Venga ya!

—A ver a ver, recapitulemos —dijo mirándola a los ojos —. ¿Me está usted diciendo, que no conoce ni sabe el significado de algunas de las palabras que me ha dicho? ¿Que no sabe lo que es un avión ni un turista?

La mujer simplemente asintió. Raquel la miró de arriba a abajo. Volvió a fijarse en la ropa tan extraña que llevaba y volvió a echar un vistazo a su alrededor. Si hubiera sido una mujer fantasiosa y no una mujer con los pies en la tierra como realmente era, se hubiera puesto en lo peor, pero como sabía que lo que le venía a la cabeza era totalmente imposible, lo descartó completamente y se centró en el presente.

—Ok. Vale. Ya le explicaré lo que son esas palabras. ¿Podría por favor si es que lo tienen en el castillo, devolverme mi petate?

Al ver como la mujer fruncía el ceño, Raquel le explicó lo que era y se lo describió.

Parecía que la mujer al fin había entendido a lo que se refería, porque después de soltarle un —¡ya sé que es!— salió corriendo por la puerta.

Raquel suspiró y lentamente, al fin consiguió ponerse en pie. Avanzó unos pasos y, dándole la espalda a la puerta se dirigió a lo que parecía la ventana. Al llegar, retiró el enorme tapiz, el cual se conservaba muy bien para ser tan antiguo y lo que vio detrás de él, la dejó totalmente impresionada y con la boca abierta.

A través de la ventana, Raquel vio a un grupo enorme de hombres peleando con enormes espadas, las cuales manejaban a la perfección a pesar del tamaño que tenían. La verdad es que le parecieron enormes y pesadas. Se fijó en como

peleaban entre ellos y se dio cuenta de que debían estar en una especie de ensayo para algo, ya que llevaban los tradicionales trajes de las highlands de hace siglos. Incluso la mayoría de ellos llevaban unas espesas barbas y largas melenas. Y los cuerpos... ¡madre del amor hermoso, que cuerpazos tenían! Parecían todos que habían sido esculpidos en piedra. Todo eran brazos y torsos musculados, piernas fuertes, espaldas súper anchas. ¡Ufff! ¡Qué peligro! —pensó Raquel al ver como a uno de ellos en un giro se le levantó la falda y por poco enseñó el calzoncillo.

—¡Casi, jolin! —exclamo en voz alta, pero un grito femenino hizo que se girara de golpe y viera ante ella al espécimen masculino más atractivo, varonil, impactante, impresionante y... alto que había visto en toda su vida. Sí, la verdad es que al lado de su metro sesenta y ocho, el hombretón que tenía delante era una mole. Y no solo por lo alto, sino también por lo ancho. Casi enmarcaba la puerta con sus anchos y enormes hombros. Si lo que vio por la ventana la impresionó, este hombre la había dejado babeando.

—¡Lleva un cordón entre las posaderas, mi señor! —gritó la mujer mostrando horror en su cara —. ¡Es una indecencia!

—Hola — dijo Raquel sonriendo. Ignoró deliberadamente el tonto comentario de esa mujer y adelantó un paso hacia él. — Me llamo Raquel, un placer — ofreció su mano presentándose, pero al ver que él no le quitaba ojo de encima a su cuerpo y que no le devolvía el saludo, la bajó. Pero no se cubrió, no. Si creía que la amedrentaría por la grave, seria e intensa mirada que le dedicaba, iba listo.

—¡Oiga! —le dijo al cabo de unos segundos, ya harta de su descarada inspección —. ¡Mis ojos están aquí! — le increpó Raquel señalándoselos con dos dedos. ¿Podría dejar de ser tan descarado, dejar de mirarme las tetas y hacer el favor mirarme a la cara de una vez?

En cuanto Raquel dijo esas palabras, Connor levantó la vista, la miró y le frunció el ceño.

—Mejor —le soltó cruzándose de brazos, lo que causó que su escote se elevara y que Connor volviera a bajar la vista. Raquel soltó un bufido, se dirigió a la cama, arrancó la sábana y se rodeó el cuerpo con ella.

—Bien, a ver si ahora me presta atención a mí y no a mis pechos. Verá. Le he preguntado a la señora que la acompaña, si sabía dónde estaban mi petate y mi uniforme, pero se ve que para ella debo hablar en chino, ya que no ha sabido responderme. Así que... ¿podría hacerme el gran favor —dijo alargando las palabras — de decirme dónde puñetas están para que pueda

cambiarme de una vez? La verdad es que no es muy cómodo estar a la vista de todo el mundo en ropa interior.

—Petate —dijo Connor.

—¡Sí, petate! Es de este tamaño, —puso las manos en paralelo enseñándole el tamaño — es de color verde y alargado. ¿Lo ha visto?

Connor le dijo a la mujer que lo acompañaba, unas palabras en ese idioma que desconocía y después de contestarle y asentir, la mujer salió por la puerta.

—¿Quién es usted? ¿De dónde viene? —Preguntó Connor.

Raquel, al escuchar su profunda, grave y ronca voz, sintió como se le erizaba la piel de todo el cuerpo. Madre mía, nunca había sentido eso al escuchar la voz de un hombre.

Carraspeó y se sentó en la cama.

—Bien, como le he dicho, me llamo Raquel, Raquel Romerales, soy española y tuve un accidente de avión. La verdad es que no sé cómo conseguí salir con vida, la verdad, pero cuando desperté en esta habitación, la mujer que estaba con usted me dijo que me encontraba en Argyll, en el castillo Duart.

—Es cierto —contestó el—. Lo que no entiendo es lo del accidente de avión, ya que no sé a qué se refiere con avión. ¿Es algún tipo de...?

Raquel al ver que dejaba la pregunta abierta, haciendo como si no supiera a qué se refería, se empezó a cabrear. Realmente esta gente quería hacerle creer que no sabían qué era un avión. Y la verdad, era que ya se estaba empezando a cansar de la bromita.

—Escuche señor...

—Laird, soy el laird Connor McGillivray, del clan McGillivray.

—¿Laird? ¿Aún hay de eso? Creía que los lairds ya no se llevaban, quiero decir, que...

—¿Cómo que si aún hay de eso? — disculpe muchacha, pero en este clan hay laird desde hace muchísimas generaciones. Todas las tierras escocesas tienen sus clanes y sus lairds. ¿Acaso de donde usted procede no hay lairds? —Preguntó Connor con un deje de fastidio en sus palabras.

—Pues no. La verdad es que en Madrid no hay lairds, señor MacGi... — coño ¿cómo era? —susurró pensativa, pero Connor la escuchó.

—MacGillivray.

—Eso. Bueno, pues como le estaba diciendo, en Madrid no hay y la verdad, es que tenía entendido que desde hace muchos, muchísimos años, en Escocia tampoco había. Pero bueno, deben ser ustedes la excepción por lo que veo. Pero desde luego, en el siglo veintiuno, creía que ya no quedaban.

Connor se quedó a cuadros al escucharla. ¿Siglo veintiuno? ¿Pero qué estaba diciendo esa mujer? ¿Acaso había perdido el juicio?

—Señora... creo que...

—Señorita.

—¿Qué?

—Que soy señorita, no señora. No estoy casada, así que... ahórrese conmigo lo de señora. Además, soy muy joven, solo tengo veintiocho años, no estoy para que me llamen señora, la verdad.

Veintiocho años —se dijo Connor mirándola fijamente de nuevo—. La verdad es que no parecía tan mayor. Al verla por primera vez, Connor pensó que debía tener veintiún años más o menos, pero, ¿veintiocho? La verdad es que no los aparentaba.

—Bien. Volviendo al tema que me interesa. ¿Mi petate?

En ese momento entró la mujer con su petate entre los brazos y lo dejó encima de la cama. Raquel corrió a por él, lo abrió y empezó a rebuscar en su interior. Sacó unos vaqueros, una camiseta de manga corta y su «chupa» negra. La verdad es que estaba enamorada de esa chaqueta de cuero. Le encantaba.

Se quitó la sábana y se pasó los pantalones por las piernas, se los subió, se los abrochó y seguidamente se puso la camiseta blanca de manga corta. Se sentó sobre la cama, sacó las botas de caña alta que llevaba, unos calcetines y después de ponérselo todo, cerró el petate y se giró.

Vio a ambos, a Connor y a esa mujer, mirándola como si hubieran visto un fantasma, un extraterrestre o algo parecido. La mujer estaba más blanca que la leche y él la miraba como si fuera un bicho raro.

Raquel vio como Connor se acercaba a su petate, e intentaba abrirlo sin conseguirlo.

—¿Oiga, que hace?

—Hágalo de nuevo.

—¿El qué?

—Abrir esta bolsa. Estoy intentando hacerlo y no encuentro la abertura.

Raquel no podía creerse lo que estaba escuchando. Se acercó a la cama, cogió la cremallera con la punta de dos dedos y la arrastró lentamente hacia atrás. Luego hizo el mismo camino a la inversa y la cerró.

Connor tomó su lugar. Cogió la cremallera, la corrió hasta el tope e hizo lo mismo a la inversa. Repitió el movimiento unas cuantas veces más y se giró sonriendo a la mujer.

—¡Mira Ginny, qué maravilla de mecanismo! ¿Te imaginas que pudierais

fabricar algo así? ¡Sería una maravilla! ¡Toma, prueba tú!

La mujer... Ginny, se acercó y también abrió y cerró la cremallera unas cuantas veces. Miró al laird con tal alegría, que Raquel pensó que se estaban comportando como si nunca hubieran visto una cremallera, porque actuaban como si hubieran descubierto algo realmente impresionante.

Así que, Raquel, harta de tanta pantomima, cogió el petate, lo tiró al otro lado de la habitación y puso los brazos en jarras.

—¡Bien! ¡Ya está, se acabó! ¡Estoy harta de tanta tontería, tanta ingenuidad y tanta gilipollez por vuestra parte! Me vais a decir ahora mismo que os debo por haberme cuidado, por haber utilizado esta habitación y si me hicierais el favor de llamar a un taxi os lo agradecería. Pero yo me largo de aquí. Joder, la verdad es que con tanta chuminada me habéis llegado a acojonar. —les increpó a los dos en voz bastante alta a causa de los nervios.

—Señorita. No sé a lo que se refiere con taxi, teléfono y chumi... algo. No entiendo su vocabulario, porque habla usted el inglés con un acento extraño que nunca he escuchado hasta ahora. Pero la verdad, es que por el tono en que lo ha dicho, desde ya le digo, que no me ha gustado en absoluto. Al laird se le debe hablar apropiadamente y con respeto y me da la impresión, de que con toda esa perorata inentendible que me ha soltado, el respeto me lo ha faltado por completo.

—¿Respeto? ¡¿Respeto!?! —gritó Raquel ya con la paciencia al límite. — ¿Me hablas de respeto, cuando me estáis engañando desde el principio tú y esa mujer, haciéndome creer que no sabéis lo que es un avión, un taxi, o un puto turista? ¡Anda y que te den! ¡Me largo de aquí! ¡A mí no me tomareis por gilipollas!

Raquel se puso su chupa de cuero, sacó su larga melena negra por el cuello, pasó por delante de ellos hecha un basilisco, dejándolos a ambos de piedra, cogió el petate y salió por la puerta blasfemando como si fuera una tabernera de puerto. Giró la esquina al acabar el largo pasillo y cuando vio lo que le rodeaba, el ambiente, la gente y la decoración, soltó el petate de golpe y se quedó con la boca abierta.

—Joder, me he metido de lleno en la película Braveheart — susurró sin poder creerse lo que veían sus ojos —. No... si ahora solo me faltaría ver a Mel Gibson entrando por la puerta principal y ya me daría un pasmo.

Raquel sintió una mano en su hombro, se giró y vio a Connor, el cual al ver su cara pálida y descompuesta, la agarró de la cintura, temiendo que se desmayara.

—Dime que estáis rodando una película, o que estáis preparando un espectáculo para los turistas, por favor.

Al ver como Connor fruncía el ceño sin entender a qué se refería, Raquel empezó a temblar, e, inspirando audiblemente le hizo la pregunta que tanto temía. La pregunta que haría que, aún sabiendo que no tenía ni pies ni cabeza, acabaría por confirmar o desmentir sus horribles sospechas.

—¿En qué jodido año estamos, Connor?

Él la miró como si le hubieran salido dos cabezas pero, igualmente y encogiéndose de hombros la contestó.

—¿En qué año vamos a estar? Pues en el año mil setecientos cinco de Nuestro Señor, muchacha. ¿En qué año creías que estábamos?

Capítulo 3

«Mil setecientos cinco, mil setecientos cinco...» Esa fecha se repetía una y otra vez en la mente de Raquel. No podía ser cierto, ¡tenía que ser una broma pesada!

Levantó la cabeza y miró a Connor, el cual la miraba con el ceño fruncido y con una clara pregunta en su mirada. La observaba como si hubiera perdido un tornillo... o dos. Raquel se tensó y se apartó de él. Retrocedió unos pasos y volvió a mirar todo lo que la rodeaba. Cogió el petate y empezó a bajar las escaleras. Las personas, al verla, dejaron de hacer lo que estaban haciendo y se la quedaron mirando. No bajó la vista en ningún momento, se fijó en cada una de las miradas que le dedicaban y en la mayoría vio sorpresa. Unas, sobre todo las mujeres, la miraban de forma cautelosa, los hombres, con lascivia y los ancianos que pululaban por ahí, la miraban como si fuera un bicho raro. Cuando llegó al final de las escaleras, se dirigió a la salida y cuando atravesó las enormes puertas se quedó congelada en el sitio. Hasta donde alcanzaba su vista, todo estaba como si hubiera sido sacado de la época medieval. Las casas, o cabañas, las personas, los niños, los animales que corrían libremente por ahí... todo, le recordaba a las películas que había visto ambientadas en la época de los guerreros highlanders.

Dio un paso atrás y se topó con algo muy duro. Se dio la vuelta y ahí estaba él de nuevo.

—¿Os sucede algo? Actuáis de una manera muy extraña, mujer.

Raquel simplemente negó y se sentó en el escalón. Se pasó las manos por el pelo, apoyó los codos en las rodillas y suspiró. Se quedó unos minutos mirando ese suelo cubierto de paja, el cual no olía muy bien precisamente y le dio vueltas a todo lo que se le pasaba por la cabeza. ¿Realmente había viajado en el tiempo? ¿Estaba en el año mil setecientos cinco de verdad?

Unos pequeños pies aparecieron de repente delante de sus ojos, levantó poco a poco la cabeza y recorrió con la mirada al dueño de esos pies sucios y descalzos. El niño que tenía delante, el cual no debía tener más de siete años

la miraba como si no supiera que pensar. Raquel suspiró y después de sonreírle levemente volvió a bajar la cabeza.

—¿Quién sois? —le preguntó el pequeño.

Raquel lo miró de nuevo y se fijó en que tenía unos increíbles ojos azul celeste muy claros, casi transparentes. Unos ojos que le recordaron a cierto gigantón.

—Me llamo Raquel. ¿Y tú?

El niño frunció el ceño e intentó repetir su nombre, solo que la «r» le salió como si fuera un ronroneo. Ella sonrió y asintió, aún sabiendo que no lo decía bien. ¿Quién era ella para corregir a un niño?

El pequeño sonrió e hinchó el pecho, lo que le hizo mucha gracia. Se le veía un niño muy inteligente siendo tan joven.

—Yo me llamo Micah.

—¿Micah? Bonito nombre —le dijo dándole un toquecito a la punta de su nariz, tras lo cual el pequeño la frunció y se puso el dedito ahí como si fuera la primera vez que se lo hacían—. Y dime, Micah, ¿te puedo hacer una pregunta?

—El pequeño afirmó, Raquel se acercó a él y le susurró al oído lo que le quería preguntar.

El niño la miró de forma interrogativa, pero al ver la cara de Raquel se acercó y le contestó.

—¿Me estás diciendo la verdad, pequeño?

—¡Pues claro que sí! ¡Mi padre me dice siempre que si digo mentiras iré al infierno! —exclamó— Así que, no tengo porque mentirle, y más por una pregunta tan tonta y que me sabía, ¿no cree?

Raquel lo miró y vio que le decía la verdad. El pequeño lo dijo con tal convicción que supo que no mentía. Le susurró un «gracias» y se levantó.

El pequeño echó a correr y salió por la puerta del castillo. Raquel vio que Connor permanecía unos metros detrás de ella, con los brazos cruzados y recostado contra la pared. La verdad es que la imagen que le ofrecía era imponente. Se dio cuenta de que tenía enfrente de ella a un auténtico highlander del siglo dieciocho, y que, sin saber cómo había sucedido, se encontraba atrapada en aquella salvaje época de la cual apenas conocía nada, salvo por las pocas novelas que había leído y películas que había visto.

«Madre mía, en menudo embrollo me he metido. ¿Y ahora como salgo de él?» —Pensó con desesperación.

Se acercó a Connor, el cual se enderezó al verla acercarse y lo miró fijamente.

—¿Qué le habéis preguntado al muchacho? —le preguntó él.

Raquel se encogió de hombros y lo miró desafiante.

—Nada importante. Solo quería corroborar en que año estábamos realmente.

—Eso ya os lo he dicho yo, muchacha. ¿Acaso no creéis en mi palabra? ¿Qué motivos tendría para mentiros?

Raquel se rio por lo bajo y negó. Escuchó un gruñido y lo miró.

—Si te lo contara me tomarías por loca, laird McGi... Connor. —Resopló al ver que nuevamente no recordaba el apellido de ese hombre —. Créeme, que si te cuento de dónde vengo, tú y muchos otros me quemaríais por hereje, bruja, o lo que sea que les hagáis a las mujeres hoy en día. Porque la verdad, es que mi historia es difícil, muy difícil de creer. Madre mía, me pongo en tu lugar y si fuera yo quien la escuchara, creería que esa persona estaría como una auténtica regadera.

—¿Regadera? —preguntó Connor, por lo que Raquel bufó y negó.

—¿Ves? No sabes ni lo que es una regadera, Connor. ¿Cómo pretendes entonces que te cuente la verdad sobre mí?

Connor se acercó a ella y Raquel levantó la mirada. Tuvo que echar el cuello hacia atrás, ya que de lo contrario no podría mirarlo a los ojos y al ver la mirada socarrona de Connor, frunció el ceño.

—¿Qué es lo que te hace tanta gracia?

—Nada. Es solo que sois muy bajita, muchacha. Pequeña, más bien.

—¿Ah sí? Pues que sepas, que, aunque sea bajita, tengo más fuerza y más carácter que muchos de tus hombres. Soy pequeña pero matona.

Raquel cruzó los brazos para demostrar su punto y le miró con toda la chulería que pudo.

Connor se puso a reír y negó.

—¿Sí? Demuéstramelo. Demuéstrame lo matona que puedes ser.

Raquel sintió como le hervía la sangre. Se estaba burlando de ella y eso no lo podía consentir. Ya tuvo que aguantar que se burlaran de ella durante su instrucción por otros motivos y no iba a tolerar que, un highlander arcaico de pacotilla se riera de ella. Así que, sin pensárselo dos veces y con un rápido movimiento, Raquel se agachó, colocó sus manos en el suelo y con un rápido movimiento hizo un barrido con su pierna derecha hacia las piernas de Connor, lo que causó que él perdiera el equilibrio, cayera de culo y acabara totalmente espatarrado.

Raquel se incorporó de golpe, preparándose para contraatacar, pero lo que

vio hizo que se quedara totalmente pasmada y atónita.

Connor estaba sentado en el suelo, mirándola como si no supiera que había pasado para acabar ahí sentado con los ojos abiertos como platos. Estaba con las piernas abiertas, dobladas y con esa falda que llevaba, subida hasta las caderas, lo que le hizo ver a Raquel, que no llevaba nada debajo.

Raquel se tapó las manos con los ojos de golpe y Connor al ver su gesto, se sorprendió.

—¡Mierda! ¡Joder, hombre! ¡Que te estoy viendo la anaconda! —gritó, por lo que todo el mundo dejó lo que estaba haciendo y miró en su dirección —. ¡Tápatela!

Connor se quedó a cuadros por su reacción y el enorme enfado que se estaba gestando en su interior desapareció de golpe al ver la reacción de la muchacha. ¿Anaconda? —Pensó riéndose interiormente por la palabra utilizada por esa mujer para nombrar su miembro.

Raquel separó los dedos de las manos, pero al ver que él seguía igual suspiró y los volvió a cerrar.

—¡Que te cubras, maldita sea! ¡¿Es que no ves que no llevas calzoncillos y que te estoy viendo el mástil en todo su esplendor?! Joder, hombre, que no soy de piedra. Que vale que estés muy bien dotado, no lo niego, pero entiende que tampoco es normal el ir sin nada que cubra las joyas de la corona debajo de una simple falda, ¿no crees? Que hasta yo llevo ropa interior, por Dios. Venga, levanta el culo del suelo, sube a tu cuarto y ponte unos calzoncillos, hombre.

Al ver que no recibía respuesta y que no se oía nada, pero nada, Raquel bajó las manos de golpe y miró al suelo, el cual ya estaba vacío. Echó un vistazo a su alrededor y se dio cuenta de que la gente la miraba con la boca abierta.

«Ays madre mía, Raquelita, que me da que la has liado».

—Seguidme a vuestras habitaciones. Tenemos que hablar.

Raquel se giró de golpe al escuchar esa voz a su espalda y tras un gesto con la cabeza de Connor, cogió de nuevo su petate y lo siguió sin abrir la boca. Cada vez que pensaba en la parrafada que le había echado y en todo lo que le había dicho, tenía ganas de que se abriera la tierra y se la tragara.

—Joder, que vergüenza —susurró por lo bajo para que Connor no la escuchara.

—Entrad —ordenó Connor con una seriedad en la cara que a Raquel le sorprendió.

«Sí, Raquel, me da que la has liado y bien».

Connor cerró la puerta, se sentó en una de las sillas que había en la habitación y le hizo una señal a Raquel para que se sentara en la que tenía enfrente. Lo hizo, dejó su petate a su lado y apoyó la espalda en el respaldo con un suspiro.

—Lo siento —. Se disculpó Raquel. Sabía que había hecho mal, que había actuado sin pensar y guiada por la rabia. Era plenamente consciente de que lo que había hecho y más sabiendo en la época que estaba, se consideraba una falta muy grande.

—¿Cómo habéis hecho ese movimiento?

Raquel lo miró porque no se esperaba esa pregunta.

—¿Cuál? ¿El barrido de piernas?

—¿Se llama así?

Raquel afirmó y Connor apoyó los codos en la mesa.

—Bien, le dijo él seriamente. Hagamos un trato. Como bien sabéis, soy el laird de estas tierras y lo que habéis hecho hace unos minutos ahí abajo, a ojos de mis hombres ha sido una ofensa muy grave hacia mi persona. Ofensa que se paga con la muerte. —Al ver como Raquel palidecía, Connor se apresuró a continuar—. Pero eso no va a pasar muchacha. Mientras estabais con las manos cubriéndoos los ojos, para no ver mi... anaconda... —carraspeó — les hice un gesto a mis hombres para que no se acercaran. Pero os aseguro, que, llegáis a ser otra persona, y ahora mismo no estaríais en este mundo, mujer. Aunque, tengo que admitir que... hay algo en vos que, no sé por qué, pero me atrae inexorablemente. Necesito descubrir quien sois, muchacha. Así que voy a ir al grano.

Raquel afirmó al ver que Connor esperaba una respuesta por su parte, y él carraspeó.

—¿Sabéis más movimientos a parte de ese? Movimientos de ese estilo, quiero decir.

Connor al ver que Raquel asentía, siguió preguntando.

—Bien, pues vamos a hacer un intercambio. Os daré alojamiento y comida y, a cambio, vos me tenéis que enseñar más movimientos de esos. En privado, claro. No quiero hacerlo a la vista de mis hombres. No sea que crean que me atacáis y os suceda algo malo solo por seguir mis órdenes. Prefiero evitar riesgos, la verdad.

Raquel simplemente afirmó, ya que sabía que no tenía a donde ir, y si eso era lo único que tenía que hacer para lograr cama y comida, no le parecía nada mal. Al contrario, le pareció perfecto.

—Y una cosa más. Me vais a decir la verdad de donde venís y no me mentiréis. Creedme, muchacha; sé distinguir perfectamente cuando alguien miente. Así que solo os pido eso, sinceridad por vuestra parte. Si veo un ligero atisbo de mentira, o falsedad en vuestras palabras, saldréis de mis tierras inmediatamente. ¿He sido claro?

Capítulo 4

Bien. Hay trato. Te lo contaré todo y no te mentiré, es más, no te ocultaré nada – confirmó Raquel sin apartarle la mirada a Connor en ningún momento —. Pero solo te pido una cosa a cambio. Mientras te lo esté contando todo, te pido que no me interrumpas. Solo eso, déjame contártelo todo por muy increíble que te parezca y luego, cuando termine, podrás preguntarme todo lo que quieras. Todo. Pero hasta que no termine de explicarme, por favor, no digas ni mu.

Connor pensó en su propuesta y asintió. Sabía que tendría muchas preguntas que hacerle, pero aún así, aceptó sus condiciones.

—Pues bueno, empezaré por el principio. Como bien sabes, me llamo Raquel Romerales, nací en Madrid, España, en el año mil novecientos noventa.

Al ver que Connor abría la boca para decir algo, Raquel le puso un dedo en sus labios y negó. Connor resopló sobre su dedo y se cruzó de brazos. Al ver su pose y su expresión, Raquel supo que la cosa no empezaba bien. Pero él le pidió la verdad y eso es lo que le daría.

—Tengo veintiocho años y soy sargento del ejército español del aire. Piloto cazas y adoro mi trabajo. ¿Cómo he acabado aquí? No tengo ni idea, la verdad. Solo sé que al piloto del avión en el que viajaba y a mí, nos pilló una fuerte tormenta eléctrica, el avión se descontroló y caía al mar. Recuerdo una inmensa luz, un fuerte impacto en la cabeza y finalmente, despertarme aquí, más de trescientos años en el pasado.

Al ver a Connor resoplar, Raquel se empezó a poner nerviosa. Sabía que su historia era imposible de creer y más en la época que se encontraba.

—Te aseguro que no te he mentado en nada, Connor. Pero por tu expresión, veo que no me crees.

Al ver que la miraba intensamente, Raquel no apartó la mirada de la suya en ningún momento, al contrario, lo miró con la misma intensidad. Quería que se diera cuenta de que no mentía, de que todo lo que le había contado era

totalmente cierto.

—No sé... —susurró Connor negando con la cabeza. Esto es...

—¿Quieres pruebas de que todo lo que te he contado es cierto? —le interrumpió Raquel.

—¿Pruebas? ¿Qué tipo de pruebas? —dijo muy interesado y Raquel se fijó en cómo se erguía en la silla.

Raquel cogió su petate del suelo, se lo puso en las piernas, abrió la cremallera y Connor se inclinó hacia delante para ver que buscaba en el interior de esa bolsa.

Vio como ponía en la mesa diferentes objetos, los cuales le eran totalmente desconocidos.

Raquel cerró la bolsa, la dejó en el suelo y cogió un objeto rojo y cuadrado.

—Bien, primera prueba. Esto que tengo en mis manos es mi cartera. Se utiliza para guardar dinero, tarjetas y fotografías. Mírala.

Raquel se la entregó y Connor empezó a girarla entre sus manos. Al ver que no sabía qué hacer con ella, Raquel se la arrebató de las manos y con un tirón al velcro, la abrió.

Sacó su documentación en la que salía ella con el uniforme del ejército, su DNI, unas fotografías en las que salía con su padre, el cual llevaba el mismo uniforme que ella y, por último sacó un billete de veinte euros y unas cuantas monedas.

—Esto es brujería —dijo Connor cogiendo la imagen en la que estaban ella y un hombre mayor.

—No, Connor, no es brujería; es una simple fotografía. En mi tiempo son de lo más normal. Mira, le entregó una moneda de un euro y le enseñó la fecha. ¿Ves que año pone? Dos mil quince. No te he mentado, Connor. Eso es dinero de mi época, esto, —le dijo señalándoselo — es un teléfono, con el cual puedes realizar llamadas a larga distancia y puedes hablar con personas que estén en el otro extremo del mundo.

Al ver como él alzaba una ceja en plan «sí, claro», Raquel suspiró. Así que, cogió el teléfono, vio que le quedaba aún bastante batería, miró por la pantalla la imagen de Connor después de enfocarle y le sacó una foto.

Al ver el flash, Connor se levantó de la silla y soltó un rugido.

—¿De dónde ha salido esa luz?! —rugió frotándose los ojos. ¡¿Es que queréis dejarme ciego, señora?!

—¡Señorita! —le gritó Raquel y se levantó de la silla. Se acercó a él y mientras lo hacía le enseñaba la foto que le había sacado con el teléfono.

Connor, al verse en ese raro aparato, abrió los ojos como platos y retrocedió hasta quedar pegado a la pared.

—¡Alejaos de mí! —gritó. ¡No os acerquéis!

—Pero a ver, hombre. ¡Que no pasa nada! ¡Ya te he dicho que solo es una imagen! ¡No tienes por qué ponerte así, joder! ¡Mira!

Raquel colocó el aparato de manera que pudiera hacerse un *selfie* y apretó el botón. Una vez hecho, le enseñó la imagen a Connor y bufó.

—¿Ves? ¡No me ha pasado nada, sigo aquí! Esto es solo algo de la tecnología que hay en mi tiempo, Connor. Nada más. No tienes por qué tener miedo. Es una simple imagen que saca el teléfono, un recuerdo, una fotografía.

Al ver que Raquel seguía ahí y a él no le había pasado nada, Connor sacó valor y se acercó a su bolsa. La cogió del suelo, la abrió y empezó a sacar ropa, la cual después de mirar prenda por prenda tiró al suelo.

—¡Oye! —gritó Raquel al verlo todo tirado—. ¡No lo tires, hombre, que me vas a enguarrar la ropa!

Se agachó para recogerlo todo y lo fue dejando encima de la cama. Se giró para arrebatarse la bolsa y se quedó parada al ver a Connor con unas bragas suyas en la mano. Notó como le subían los colores y se las quitó de la mano de mala manera.

—¿Qué era esa prenda roja muchacha? Nunca había visto algo así.

Raquel se la metió en el bolsillo de sus vaqueros y le quitó el petate de las manos. Lo colocó encima de la cama y, doblando de nuevo la ropa, la volvió a meter en su sitio.

—Contestadme. ¿Qué era?

—¡Un *culotte*! ¡Solo era eso!, ¿vale? ¡Un simple *culotte*! —le gritó con las manos en jarras y el ceño fruncido.

—¿Un culo? Pues menudo nombre le habéis puesto a esa prenda, porque realmente no se parece en nada a un culo.

Al ver la cara de sorpresa que ponía él, Raquel no pudo resistirlo más y se echó a reír a carcajadas. Se sentó en la cama y se dobló sobre sí misma a causa de la risa. Se agarró el estómago y siguió riendo y riendo hasta que, al levantar la vista y ver lo que tenía Connor entre sus manos, se le cortó de golpe.

—Connor —susurró levantándose despacio de la cama—. Deja eso encima de la mesa y no lo toques. Es muy peligroso.

—¿Esto? —dijo meneándola de lado a lado.

—¡Connor, suelta la pistola! ¡Es muy peligrosa y puede matar a una

persona!

La miró con el ceño fruncido y se la entregó. Raquel la cogió de su mano derecha y después de asegurarse que tuviera el seguro puesto, la dejó encima de la cama.

Soltó el aire que estaba reteniendo y puso las manos en su cintura.

—¿Y bien? Te he contado mi historia, no te he mentado, te he presentado pruebas y aún así no has dicho nada. ¿Cuál es su veredicto laird McGi... bueno... Connor? ¿Alguna pregunta?

Connor se sentó de nuevo en la silla, cogió el teléfono y lo inspeccionó de nuevo. Suspiró y miró a Raquel.

—Sinceramente, es una historia increíble. La verdad es, que sino fuera por todo lo que tengo ante mí, admito que no os hubiera creído, pero esto... — señaló todos los objetos que había sobre la mesa —me ha dado que pensar y me han demostrado que no mentís. Pero sí que tengo unas preguntas que haceros.

Raquel se sentó de nuevo en la silla y esperó.

—¿Sabéis como volver a vuestro tiempo?

—No. La verdad es que sino sé cómo llegué aquí, menos sé cómo puedo volver.

Connor asintió y la miró fijamente.

—Explicadme eso de que ese artefacto que tenía entre mis manos puede matar a una persona. ¿De qué se trata?

Raquel dudó en contestarle. Sabía que tampoco podía ser demasiado explícita enseñándole según que, tenía miedo de las consecuencias. Pero pensó que tampoco pasaba nada enseñándole algo de la tecnología y armamento de su tiempo.

—Bien. Te lo enseñaré. Pero te aviso de que hace mucho ruido, Connor. Así que no te asustes. Eso sí... solo te pido que todo lo que pase y se hable en esta habitación, no salga nunca de aquí. Supongo que entiendes por qué te pido eso ¿verdad?

Connor asintió y cuando Raquel se dirigió de nuevo a la cama, él la siguió.

Agarró con ambas manos su arma reglamentaria, se puso debajo de la ventana y apuntó al marco de madera de la puerta.

—¿Listo?

Connor asintió, pero antes de disparar, Raquel lo cogió de un brazo y lo situó a su lado.

«Joder, que macizo está» —pensó en cuanto lo agarró del bíceps.

—Bien. Si quieres tápate los oídos.

Connor negó y esperó. La verdad es que no entendía que podía hacer ese pequeño artefacto. Vio como la mujer echaba hacia atrás una pequeña palanca, colocaba la mano izquierda abierta debajo de la derecha y apuntaba hacia la puerta.

La vio coger aire y apretar una pequeña palanca con su dedo índice, tras lo cual, un fuerte estruendo hizo que él pegara un brinco.

Miró hacia la dirección que había apuntado ese artefacto y vio un enorme agujero en la madera que rodeaba la puerta. Miró la «pistola» como la llamó ella y se percató de que de una pequeña abertura salía humo.

Se acercó a la puerta y cuando iba a mirar el agujero, esta se abrió de golpe y entraron tres hombres en tromba espada en mano. Los cuales, al ver a Raquel con un artefacto desconocido, fueron directos hacia ella.

Raquel, al ver lo que se le avecinaba, no lo pensó y reaccionó. Tiró la pistola en la cama y antes de que el primer hombre la alcanzara, le lanzó una patada lateral en el estómago, lo que hizo que soltara la espada y cayera de espaldas.

Se agachó, cogió la espada y trató de recordar las clases de esgrima que recibió de pequeña. Se colocó en posición, pero se dio cuenta de que la espada pesaba demasiado para manejarla solo con una mano. Así que se puso de frente, la agarró fuertemente con ambas manos y esperó.

En el momento en que uno de los hombres se lanzaba hacia ella, sonó de nuevo el disparo de su pistola y los dos hombres se giraron, se taparon los oídos y miraron a su laird, el cual estaba con ella en sus manos apuntando hacia arriba.

—¡Deteneos ahora mismo! —rugió—. ¡¿Quién os ha dado la orden de atacar a nuestra invitada?!

—Pero señor... —dijo Kirk al ver la cara de enfado de su amigo—. Simplemente escuchamos un estruendo y al acudir a vuestros aposentos y ver a esa mujer con ese aparato en las manos... creímos que os había pasado algo.

—Pues como podéis ver, estoy perfectamente. Salid de aquí ahora mismo y no entréis hasta nueva orden, ¿entendido?

Todos asintieron y fueron saliendo de la alcoba, pero no sin antes dirigirle a Raquel el que estaba en el suelo, una mirada que prometía venganza.

Raquel no se amedrentó y le devolvió la mirada en plan... «Menos lobos, Caperucito que no me das miedo.»

Connor cerró con un portazo y la miró.

—Realmente esto puede matar a un hombre, ¿verdad?

—Sí, Connor. Puede hacerlo. Así que, por favor, te rogaría que no la tocaras. La verdad es que si no se sabe manejar, es un arma muy peligrosa.

Raquel extendió la mano para que le devolviera la pistola y Connor lo hizo. La metió de nuevo en su petate y lo escondió debajo de la cama.

—Bien. Os creo —afirmó Connor—. Permaneceréis en mi castillo y seguiremos con el trato. Alojamiento y comida, a cambio de que me enseñéis esos movimientos.

—*Ok*, hay trato —Raquel le ofreció su mano y Connor la agarró del antebrazo y apretó. Ella le soltó suavemente su mano, la puso encima de la suya y le enseñó el saludo como ella quería.

Al sentir el roce de sus manos, los dos se miraron a los ojos al sentir ambos un cosquilleo que los recorrió por entero y se quedaron estáticos mirándose. Ninguno de los dos podía apartar la mirada del otro. Connor dio un paso al frente, empujó a Raquel hacia él y sin ella esperarlo, estampó sus labios contra los suyos.

Notó el respingo que ella daba, y luego el gemido que salió de sus labios, pero, cuando la sintió relajarse contra él, y como empezaba a responder al beso, Connor se envalentonó, la abrazó fuertemente, pegó su pecho al suyo y lo intensificó.

Capítulo 5

En cuanto Raquel sintió los labios de Connor sobre los suyos, su ardor, su fuerza, la manera que tenía de devorarla, no se lo pensó y se lo devolvió. Lo besó con la misma pasión e intensidad que la besaba él. Raquel fue muy consciente de que, en toda su vida, había sentido algo parecido a lo que estaba sintiendo en ese momento. Era como... como si una descarga recorriera su interior, como si lava ardiente recorrieran sus venas. Sentía calor, mucho, y un fuerte ardor en su interior. Su corazón se había acelerado, las manos le picaban por tocarlo y acariciarlo de arriba a abajo, pero de su cintura no se movían. Raquel quería descubrir que se sentiría al acostarse con él, ya que, si solo con un beso su cuerpo reaccionaba así...

—Eres mía, mujer. Mía —le dijo Connor en un susurro.

Raquel abrió los ojos como platos al escuchar esas palabras, rompió el beso y se separó de él. Puso distancia entre ellos, lo miró con los ojos entrecerrados y con la respiración acelerada. Cogió aire, lo soltó lentamente y esperó a que se calmara su respiración.

Connor la miraba como sino supiera que había pasado para que ella hubiera reaccionado así. Dio un paso y Raquel negó.

—¿Se puede saber por qué habéis hecho eso? ¿He hecho algo malo?

Raquel puso sus manos en sus caderas y se adelantó un paso para enfrentarlo.

—No has hecho nada malo, Connor, nada; hasta que has abierto tu boca de neandertal y la has tenido que cagar.

—¿Cagar? ¿Por qué sois tan vulgar hablando? ¡Yo no he cagado nada y lo sabéis! ¡Solo he dicho lo que sentía en ese momento!

—¡Ah! ¿Y no sientes, que diciendo que soy tuya la has cagado? ¿Sin conocerme de nada? A otra con ese cuento... hombre.

—Es que sois mía, Raquel. Y sí que os conozco.

—¡No! ¡No soy tuya! ¡No soy de nadie! ¡Nadie es mi dueño, Connor, nadie! ¡Yo soy la única dueña de mi vida, yo —afirmó señalándose con el dedo —.

Nadie me manda, nadie me ordena, nadie me dirá nunca más que hacer o que decir. Me he criado en un mundo en el que la mujer es libre de hacer lo que quiere con su vida, Connor. Pero que haya tenido que caer en una época en la que la mujer no es más que un puñetero florero, que solo sirve para casarse, criar hijos y limpiar... una jodida esclava, vamos. Una época en donde su opinión importa una puñetera mierda... No señor, no. A mí no me meterás en ese saco. Una cosa es que haya caído aquí, pero que te quede claro, que no soy de aquí. Así que olvídate de eso de... ¡eres mía! Porque aparte de que no es cierto, a mis ojos te has parecido a un jodido licántropo.

Connor escuchó toda esa perorata y se quedó pasmado. ¿De qué hablaba esa mujer?

—Además, una cosa es que esté en este siglo, pero otra totalmente...

En ese momento, Connor desconectó de lo que decía esa insufrible mujer. Sabía o intuía que le iba a traer problemas, pero por lo que le contaba o le insinuaba, por como pensaba y actuaba, sabía que al final los problemas la acabarían encontrando a ella. Y la verdad es que ya empezaba a estar cansado de su actitud. De su superioridad, de que siempre quisiera tener la última palabra y de que, sobre todo, se quisiera considerar su igual. Cosa que no iba a tolerar.

—¡Callaos! ¡Callaos, maldita sea! ¡Me haréis coger dolor de cabeza con tanta perorata estúpida e inútil! —gritó Connor poniéndose las manos en las orejas mientras daba vueltas en círculo.

Que la cortara de esa manera, a Raquel no le hizo ninguna gracia. ¿Perorata estúpida e inútil? ¡Será machista! —pensó Raquel sintiendo como el cabreo le iba aumentando.

—¡Oiga! ¡Usted a mí no me manda callar, laird McGi...McGi... McGilipollas! —gritó Raquel, ya que nunca se acordaba de su apellido. Y encima, el haberlo dicho en castellano, hizo que se sintiera de maravilla.

Connor se quedó pasmado al escuchar esa palabra. ¿Gilipollas? ¿Gilipollas? A saber que quería decir esa palabra en su lengua, pero vista la cara de satisfacción que tenía, no debía ser algo demasiado halagador.

Harto de discutir y de hablar con una pared, Connor claudicó. Pensó en ir a darse un baño al lago y desfogar su rabia nadando, de esa manera no lo haría con la bruja que tenía delante. La bruja que, aún y después de estar echándole la bronca, enervándolo hasta límites insospechados, también lo había excitado sobremanera.

Connor suspiró y se sentó en la cama. Y no por cansancio, sino para

disimular la erección que le había causado el beso.

Raquel, al ver el suspiro y como se sentaba en plan «ya no puedo más» se sentó en la silla de enfrente y se calló. Sabía que cuando se cabreaba, su lengua iba a su bola, le daba por hablar y gritar como si estuviera poseída y no paraba hasta que se quedaba a gusto. Y eso era lo que le había pasado. Y no solo eso, sino que también había insultado a un hombre que no se había portado mal con ella, ni la había maltratado, ni la había tachado de loca después de haberle confesado de donde era. Sino que, solo por haberle dicho que era suya, había reventado. Y teniendo en cuenta la época en la que estaba, era de lo más normal entre los hombres soltar ese tipo de frasecitas y, que las mujeres, encima, fueran felices de ser propiedad de esos... «Raquelita, cálmate que te estás yendo otra vez» —pensó inspirando fuertemente.

—Solo os pido una cosa, mujer.

—¿Qué? —preguntó Raquel.

—Que intentéis pasar desapercibida. Que no hagáis nada que normalmente haríais en vuestra época. Que no uséis ese extraño y florido vocabulario vuestro. No sé... solo os pido que intentéis pareceros a una dama y no a un cardo.

—¿Cardo!?

—Bueno, digamos que no tenéis pinta de mujer precisamente —le soltó Connor al mismo tiempo que cruzaba dos dedos por detrás de su espalda —. Lleváis calzas, botas, una camisa horrenda, el pelo con un peinado que parece la cola de mi caballo Storm, no sé... digamos que parecéis un hombre pero con pechos.

—¡Ja! Y me lo dice un tío que lleva una falda en su día a día, ¿no? —contestó Raquel en plan sarcástico y cruzándose de brazos —. O sea, que piensa realmente eso... entonces al llevar usted faldita, cosa que es típica de mujeres... No sé, laird... ¿Sería correcto decirle en ese caso, que es usted el que tampoco tiene pinta de hombre? Ya que se viste así... —le señaló Raquel el *kilt* de arriba a abajo.

Connor se levantó como un resorte de la cama, rugió indignado y salió de la habitación dando un portazo. Prefirió salir a enfrentarse a ella, no fuera que en un arranque de furia, tomara una decisión que al final la hiciera daño. Porque para él, que hubiera insultado su *kilt* y sus colores... fue como si lo hubiera insultado a él y a su clan. Pero... ¿Qué sabía de todo eso una insulsa mujer de otra época? Por ese motivo, decidió salir de la habitación e irse finalmente a nadar.

Raquel sonrió para sus adentros y saboreó su momentánea victoria. Sabía que había ganado una batalla, pero no la guerra. Sabía que habría batallas muy muy duras y que no las ganaría todas, pero, lo que tenía claro, era que haría lo posible por ganarlas.

Llamaron a la puerta y después de mirar que no hubiera nada raro a la vista, dio permiso para entrar.

Entraron dos mujeres. Una con un vestido amarillo y la otra con unos zapatos horribles y una tela. Dejaron todo encima de la cama, se pusieron frente a Raquel y la miraron de arriba a abajo con el ceño fruncido.

—¿Y bien? —preguntó—. ¿Pasa algo?

—El laird antes de irse nos comunicó que le llevásemos ropa, milady.

—¿Milady? No soy ninguna milady, chica. Llámame Raquel si quieres; pero nada de milady, muchacha, mujer, y cosas de ese estilo, por favor.

Al ver que las dos mujeres la miraban como si fuera un bicho raro, Raquel recordó lo que le pidió Connor. Que intentara pasar desapercibida.

—Bah, da igual. Llamadme como queráis, pero si pudierais llamarme Raquel, mejor.

Una de ellas, cogió una especie de vestido blanco con tirantes y esperó. Así que Raquel se quitó las botas, vaqueros y camiseta y se quedó en tanga y sujetador.

Las dos mujeres abrieron los ojos como platos y Raquel bufó.

—Disculpe, pero eso, sea lo que sea, se tiene que ir.

—¿Mi ropa interior? ¿Y que se supone que me pondré si me la quitó?

Cuando le enseñaron de nuevo ese mini vestidito blanco, Raquel se quedó en blanco.

—¿Eso es la ropa interior?

—Bueno, es una camisa y es lo que va debajo del vestido, señorita. Y hace el papel de cubrir las partes íntimas de las mujeres, así que... por favor, retírese del cuerpo esas raras prendas y póngase esta.

—¡No puedo! ¿Es que no lo ve? ¿Cómo quiere que vaya por ahí caminando, sabiendo que debajo de dos simples capas de tela llevaré «el kiwi» al aire? ¡Iría muy incómoda, señora! Lo siento, pero la parte de abajo se queda. Solo cederé en quitarme el sujetador, pero el tanga, no.

Ambas mujeres se miraron y se encogieron de hombros.

Raquel se quitó el sujetador y la mujer más joven le pasó ese mini vestido por la cabeza, el cual le llegaba por encima de las rodillas. Los tirantes eran de dos dedos de ancho y la tela áspera.

—Joder, como pica esto. ¿No le ponen suavizante a la ropa?

—¿Cómo?

—Nada, nada.

Raquel dio gracias por haberse traído su crema hidratante en el petate. Sabía que le haría falta con esa burda tela rozándola todo el día.

Le pasaron el vestido amarillo por la cabeza, Raquel metió los brazos por las estrechas mangas y cuando sintió como lo soltaban y caía al suelo, notó su peso. Dio un paso atrás y tropezó al pisarse le bajo.

Maldijo en voz baja y bufó.

—Espere, señorita, que le falta el cinturón. Eso evitará que se pise el vestido.

Una vez puesto, le pusieron los zapatos. Eran de una piel extraña y estaban rellenos de pelo. Le recordaron a sus botines. Estaban rellenos de piel de conejo y le encantaban por su suavidad. La piel de estos era muy similar y tenía que admitir que calentaban más.

Ya con la ropa puesta, la sentaron en una banqueta y la peinaron. Le retiraron todo el largo pelo de la cara, le hicieron varias trenzas y las unieron en un intrincado moño. Menuda maña tenían estas dos para peinar —pensó maravillada ante el bonito moño que le hicieron.

—Lista. Ahora si quiere acompañenos y le enseñaremos el castillo.

Raquel las siguió y estuvieron un buen rato enseñándole las distintas habitaciones, el salón común, la cocina... le presentaron a distintas mujeres, y le explicaron las labores que realizaban cada una de ellas en el castillo y cuando le llegó el turno a la cocinera y vio lo que estaba cocinando, a Raquel se le revolvió el estómago.

Se disculpó con las mujeres y salió por una puerta que daba al patio. Ese olor nauseabundo estuvo a punto de provocarle arcadas. Empezó a caminar sin fijarse en lo que la rodeaba y unos diez minutos después, a lo lejos, vio un precioso estanque. Se acercó y se sentó en una gran roca que había cerca de la orilla. Se abrazó a sus piernas y suspiró. Colocó la mejilla en sus rodillas y una ondulación en el agua la hizo fruncir el ceño. Algo se movía en la profundidad y por el tamaño de las ondas no debía ser precisamente pequeño.

De repente, un gran cuerpo emergió de golpe del agua dándole la espalda. El agua le llegaba justo por encima de sus nalgas y la ancha espalda

musculada, brillante por los rayos del sol que incidían en ella, hicieron que se le secara la boca.

—¡Qué cuerpo! —susurró sin pretenderlo y eso hizo que esa persona se diera la vuelta, haciéndole ver que el dueño de ese maravilloso y escultural cuerpo, era Connor.

Connor se giró al escuchar un susurro y cuando vio de quien se trataba, la erección que logró que desapareciera al meterse en el lago helado, surgió de nuevo. Ahí estaba el motivo de sus quebraderos de cabeza y de que su cuerpo alcanzara altas cotas de excitación con solo mirarla. Pero esta vez, ella parecía una ninfa salida del bosque. Con su piel pálida, sus grandes ojos pardos, los cuales lo miraban con hambre, ese vestido amarillo que le quedaba perfecto, el cual marcaba todas sus curvas a la perfección, sobre todo las superiores.

Connor empezó a caminar hacia ella, y cuando Raquel vio que el agua empezaba a descubrir poco a poco más y más carne de ese escultural y magnífico cuerpo, se bajó de la roca y se puso en pie.

Capítulo 6

Raquel no se podía creer lo que veía. Realmente sería capaz de... de...

—¡Quieto! —le gritó y levantó su mano para pararlo.

Connor sonrió y siguió avanzando hacia ella.

—Venga ya, hombre... detente por favor.

Connor hizo caso omiso a su petición y terminó de salir del agua. Avanzó poco a poco hacia ella desnudo en todo su esplendor, al mismo tiempo que la miraba con un hambre voraz. Raquel sintió como se aceleraba su corazón y como su cuerpo se calentaba. «Este hombre es imponente», pensó al mismo tiempo que empezaba a retroceder.

Por cada paso que Connor daba, Raquel retrocedía otro. Sabía que si no hacía algo enseguida, la cosa se podría descontrolar, aunque, también se tenía que admitir a sí misma que lo deseaba. Quería pasar sus manos por ese increíble y escultural cuerpo. Deseaba sentir y tocar esos músculos, quería acariciar esos perfectos y duros pectorales y el vello que le recorría todo el pecho el cual se iba estrechando a medida que se iba acercando a su entrepierna, la cual, estaba en «arriba España», como siempre llamaba a un hombre que estaba erecto.

Connor vio como Raquel se ruborizaba y como lo recorría de arriba a abajo con esos preciosos ojos pardos. Le hacía gracia ver como su mirada iba de su miembro a sus ojos alternativamente y como seguía retrocediendo poco a poco.

—¿Me tenéis miedo? —le dijo para picarla —. No sabía que fuerais tan tímida, muchacha. Creía que una mujer como vos, fuerte, decidida y valiente, no se amedrentaría por ver a un hombre desnudo. Además, creo recordar que ya habéis visto anteriormente mi... anaconda.

Raquel se irguió al escuchar esas palabras y se detuvo. Frunció el ceño y se dio cuenta de que la estaba poniendo a prueba. ¿Acaso quería ver realmente de qué pie calzaba? ¿Estaba intentando provocarla? ¡Ja! Pues se iba a llevar una sorpresa.

Al ver su cara de decisión, Connor se detuvo. La miró a los ojos y lo que vio lo alertó. ¿Qué había hecho?

Raquel empezó a caminar hacia él y Connor se mantuvo estático en su sitio. Le costó la vida misma hacerlo y no decirle que se detuviera, pero él, como highlander, sabía que no podía ni tenía que retroceder, porque de lo contrario, la batalla la habría ganado ella.

—¿Qué pasa, Connor. ¿Ya no bromeas? ¿Ahora te intimidó? Tú expresión ha cambiado, laird —le recriminó al mismo tiempo que se situó a un palmo de distancia de él y le sujetaba el pene con la mano derecha. Apretó ligeramente y escuchó a Connor gemir.

—Raquel... —susurró Connor—. Para, muchacha.

—¿Qué? ¿Ahora quieres que me detenga? ¿Ahora no quieres que te dé lo que venías buscando? —le contestó—. Raquel se puso de puntillas, le pasó la punta de la lengua por el exterior de la oreja y le empezó a masajear el pene lentamente.

Escuchó como Connor empezaba a temblar y vio como una ligera capa de sudor empezaba a recubrir su frente.

«Punto para mí» —pensó al mismo tiempo que empezó a ejercer mayor presión y rapidez a su movimiento.

Connor bufó, gimió, apretó los dientes y los puños y segundos después... soltó un fuerte gruñido y se derramó en la mano de Raquel.

Cuando todo terminó, Connor tenía la respiración acelerada y sentía como las piernas apenas le sostenían. Supo desde ese momento, que esa mujer no se andaba con bromas y que no tenía que jugar con ella. Porque lo que había hecho, nunca en su vida hubiera imaginado que una mujer que no fuera su esposa, sería capaz de hacérselo. Pero claro, ella no era de esa época, sino de una muy muy lejana. ¿Acaso eso sería un acto normal en ese tiempo? Porque la maestría y maña que le había demostrado, no era de una mujer inexperta precisamente.

Se dio la vuelta en cuanto recuperó la compostura y la vio agachada en la orilla del río lavándose las manos. Era preciosa, tenía que reconocerlo, pero también se admitía a sí mismo que no estaba acostumbrado a lidiar con una mujer con ese carácter y esa personalidad tan fuertes, una mujer, que parecía que no le tenía miedo a nada.

En cuanto terminó de lavarse, Raquel se levantó y lo enfrentó. Connor la miraba como si fuera un raro espécimen o algo a lo que no le encontraba explicación. Sabía que se había pasado de la raya, lo sabía, pero no podía

permitir que ningún hombre se burlara de ella, nunca lo había consentido y esta vez no iba a ser diferente.

Raquel empezó a caminar, pasó por su lado ignorándolo completamente y una mano la agarró fuertemente del brazo.

—Esto no se va a quedar así. Os aviso —le dijo Connor.

—¿Me lo prometes? —le contestó al mismo tiempo que se deshacía de su agarre con un tirón seco y le guiñó un ojo.

Raquel empezó a caminar de vuelta, tenía ganas de llegar a su habitación y pensar en todo lo que había pasado, pero, antes de llegar a la curva que la llevaría al castillo, tres hombres aparecieron delante de ella.

—Vaya, vaya... mirad que tenemos aquí. Una linda dama solita en el bosque —dijo el que parecía el líder—. ¿Te has perdido preciosa?

—Olvídame.

Raquel intentó rodearlo, pero él se puso delante. Los dos que lo acompañaban se pusieron a reír y se colocaron a su alrededor.

—¿A qué viene tanta prisa, niña? Solo queremos divertirnos.

Sintió como el que tenía detrás le ponía la mano en el hombro para mantenerla quieta.

—¿Por qué no os vais a la mierda los tres y me dejáis en paz? ¿Acaso no entendéis que me quiero largar de aquí? No me cabreéis os lo advierto, o acabaréis muy mal. La verdad es que ahora mismo no estoy de humor para aguantar gilipollecas de nadie.

Los tres se pusieron a reír al escucharle y el de detrás, de repente le sujetó las manos en la espalda.

Raquel, al ver la situación en la que se encontraba, supo que tenía que empezar a defenderse enseguida o acabaría mal. Así que, sin pensárselo, lanzó el pie hacia adelante y le dio una fuerte patada en la entrepierna al líder. Pisó el pie del que la tenía retenida, y así como se agachó, Raquel echó la cabeza hacia atrás y le pegó un cabezazo. Escuchó un *crack*, un rugido de dolor y como la soltaba.

Se preparó para defenderse y en ese momento apareció Connor, ya vestido y con espada en mano, gritando como un poseso y se puso a pelear con el que quedaba intacto.

El que recibió la patada en sus partes se lanzó contra ella de frente. Raquel estiró los brazos, lo cogió por la camisa, se tiró al suelo de espaldas, llevándose con ella, colocó el pie en su vientre y haciendo impulso con la pierna, lo pasó por encima de ella, haciendo que él acabara en el suelo de

espaldas e inmóvil. Un gemido le confirmó que lo había dejado *k.o* y se preparó para más.

Raquel se levantó enseguida y miró al que le había roto la nariz. El hombre sacó la espada y se lanzó a por ella.

Raquel empezó a esquivar los mandobles como podía. Se agachaba, retrocedía, realizaba alguna cinta, saltaba, pero cuando veía que eso no servía de nada, corrió hacia el que estaba inconsciente en el suelo, le sacó la daga del cinturón y, con un certero y firme movimiento, la lanzó y se la clavó en el pecho, haciendo que cayera fulminado.

En ese mismo momento, Connor también acabó con el otro hombre y la miró.

Se fijó en los dos hombres que la rodeaban y luego en ella.

Estaba impresionante. Con la respiración acelerada, el cuerpo tenso, y una inmensa furia en su mirada. Parecía una valquiria.

—¿Estáis bien?

—Sí. Sí, estoy bien. La verdad es que no me esperaba esto. Pero bueno, me he podido defender y he salido intacta que es lo importante.

—Supongo que habéis utilizado esos extraños movimientos que me tenéis que enseñar, ¿verdad?

Raquel asintió.

—¿La daga también la manejaís?

—Y bastante bien, por cierto. Practicaba mucho el tiro al blanco con ellas. Aunque tengo que admitir que los cuchillos eran más ligeros. Estas son más pesadas.

Connor estaba maravillado con ella. Otra mujer en su lugar hubiera acabado malherida o incluso muerta. Y sin embargo, Raquel estaba tranquila, serena y como si no hubiera pasado nada.

—Creo que para entenderos, y para no perder la paciencia y compostura con vos, sería conveniente que me explicarais de nuevo y mejor, a lo que os dedicabais en vuestro tiempo. No creo que sea capaz de veros de nuevo en esa tesitura, mujer. Soy el laird y mi deber es cuidar de mi gente y no al revés.

—Ya. No, si lo entiendo. Pero ten en cuenta, Connor, que en ese momento tú no estabas. ¿Qué iba a hacer entonces? ¿Esperar a que aparecieras? Dejar que hicieran conmigo lo que quisieran esos tres cabrones? No, Connor. Si tengo que defenderme lo haré, estés o no estés. Para algo me he entrenado duramente toda mi vida, y no ha sido para que otros libren mis batallas por muy laird que sean. Eso te lo garantizo. Además, en mi trabajo no hay

diferencias entre hombres y mujeres, Connor. Trabajamos todos juntos y nos ayudamos cuando estamos en acción, pero sobre todo, nos respetamos los unos a los otros. Por ese motivo, cuando hay alguien a quien quiero en peligro, reacciono. Y me da igual si es hombre o mujer. Yo solo actúo. Me enseñaron eso, a defenderme por mí misma y a no necesitar a ningún hombre en caso de que me encuentre en peligro.

Connor asintió, sabiendo que en parte tenía razón, pero otra parte de él, no podía consentir el que ella se pusiera en peligro bajo ningún concepto. Suponía que su parte dominante, la quería a salvo y fuera de peligro.

—Bien pues. Podéis empezar a contarme a qué os dedicabais en vuestra época mientras regresamos al castillo.

Raquel asintió, se preparó para contarle una larga historia y sabía que, también, para recibir un montón de preguntas.

Capítulo 7

En el camino de vuelta al castillo, Raquel le estuvo contando a Connor a que se dedicaba, en qué consistía su trabajo, la vida que normalmente llevaba, el funcionamiento de los cazas que pilotaba y... tuvo que admitir que el escepticismo que veía en su mirada no le gustaba nada, pero... ¿qué esperaba? Era normal. Cada pregunta que le hacía se la respondía, pero aun así, Raquel se daba cuenta de que para él todo eso era totalmente inentendible y muy difícil de admitir. ¿Aparatos que volaban llevando a personas dentro? ¿Máquinas que servían para lo mismo pero que iban por tierra, sustituyendo a los caballos? Connor no lo aceptaba, y por mucho que se lo intentaba explicar, él seguía en sus trece. «¡Eso es imposible!» Le decía continuamente. Así que, al llegar al castillo, se disculpó y se dirigió a la habitación que le habían asignado.

Al llegar se tumbó en la cama y suspiró. Qué puñetas hacía en esa época y mejor aún, ¿cómo había llegado ahí? Algo había pasado durante esa tormenta, eso lo tenía más que claro... pero ¿el qué? Eso es lo que Raquel no se podía explicar y no paraba de darle vueltas en la cabeza.

Lo que tenía claro, era que tenía que intentar adaptarse a su nueva situación. Tenía que convivir con gente mentalmente arcaica y con un machismo demasiado elevado; un machismo inculcado incluso a mujeres. Mujeres que sabían cuál era su lugar, tenían muy claro a qué podían aspirar y a qué no y mujeres que siempre sabían que hacer en todo momento y cómo hacerlo. O sea, lavar, limpiar, cocinar, bordar, cuidar de sus hijos, educarlos, bajar la cabeza y no opinar en temas que incumbían a los hombres.

«¿Podrás realmente bajar la cabeza y callarte, Raquel? ¿Podrás comportarte como ellas?»

—Ni de coña, vamos. —Se admitió sin dudar —. Pero lo tengo que intentar sino quiero acabar creéndome serios problemas.

Pensó en cual tenía que ser su primer paso y decidió que el principal era que tenía que conocer su entorno e intentar familiarizarse con él. La gente que

la rodeaba, las tareas... todo. Así que, levantándose con brío de la cama, se dirigió a la puerta y salió a dar una vuelta.

Bajó las escaleras y vio a varias mujeres llevando diferentes bandejas a la mesa. Todas estaban llenas de carne y verduras. Connor estaba sentado en un sillón en la cabecera de una enorme y larga tabla, la cual estaba llena de personas sentadas esperando para comer.

Carraspeó al llegar a la entrada y Connor la miró. Le hizo una señal para que se acercara, e hizo ademán a Kirk para que se apartara un poco y le dejara espacio para que ella se sentara a su lado. Así que, después de sonreírle y darle las gracias, se sentó.

Una señora regordeta, le puso un plato de barro hondo con algo que tenía una pinta realmente asquerosa. Acercó su nariz al plato y después de olerlo se ve que puso cara de asco porque Connor se la quedó mirando fijamente. Arqueó una ceja y puso los codos sobre la mesa.

—¿No os gusta el haggis?

Lo miró sin entender a qué se refería y le señaló el plato.

—¿Esto? —preguntó y el asintió.

—Pues la verdad es que ni idea, nunca lo he probado, pero el olorcillo... digamos que me tira para atrás.

—Dadle una oportunidad. Este plato es típico de las highlands.

Lo volvió a mirar y decidió ser valiente. Agarró con dos dedos de cada mano esa pieza blanquecina, la cual le recordaba a un butifarrón gigante y cortó un trozo. Se lo acercó de nuevo a la nariz, lo olisqueó y frunciéndola se metió en la boca ese relleno marrón oscuro. Empezó a masticarlo y faltó poco para que le diera una arcada. ¡Era totalmente asqueroso! ¡Horrendo! ¡Realmente eso le gustaba a esa gente? ¡Si hasta la textura daba asco!

Tragó con dificultad y miró a Connor, el cual por su mirada, se dio cuenta de que no le gustaba.

—¿Demasiado para vos?

Lo miró y simplemente afirmó.

—Lamento decirte que es lo más asqueroso que he probado en toda mi vida, Connor. No sé qué puñetas lleva esto, pero es incomible.

—Pues los demás no opinan como tú. Fíjate mujer, ellos se lo están comiendo sin problema, así que... tan malo no debe estar.

Miró a los demás y efectivamente se lo comían como si estuvieran disfrutando de una magnífica paella. ¡Hasta algunos se chupaban los dedos!

—Pues lo lamento, pero debe ser que mi estómago no tiene nada de escocés, Connor.

Se puso a reír y cogiendo su daga, cortó un enorme trozo de carne de una bandeja que tenía enfrente que parecía cerdo.

Se lo puso en un plato, le retiró la asquerosilla comida que le recordaba al nombre de una marca de pañales y se lo puso delante.

—Espero que esto os guste. La verdad es que el haggis es una comida para gente con un paladar muy especial. No a todo el mundo le gustan las tripas de cordero.

Así como Raquel se metió el trozo de carne en la boca, lo escupió en el plato al escuchar eso y empezó a toser fuertemente. Connor le acercó un vaso con un líquido amarillo, el cual olía fuertecillo y al beberlo, en vez de calmarle la tos, se la provocó más fuerte.

—¿Qué coño es esto? —preguntó cogiendo aire y lo miró mientras las lágrimas caían por mis mejillas.

—Cerveza.

—¿Esto es cerveza?

Miró el líquido ambarino y lo olió. «Joder, que cerveza más fuerte».

—Mierda, Connor. Esto lo llegamos a beber en mi tiempo con la graduación alcohólica que lleva e iríamos todos de lado.

—Vaya. No os gusta el haggis, no os gusta nuestra cerveza... Me da que sino os habituáis lo antes posible a nuestras comidas pasaréis hambre, muchacha.

—Bueno, da igual —hizo un movimiento con la mano para quitarle importancia a su comentario—. Mientras haya carne normal y verduras me daré por satisfecha. Normalmente suelo comer de todo, la verdad. Pero el haggis este... la verdad es que me ha superado, lo admito.

Connor le sonrió y asintió. Que sonrisa, madre del amor hermoso. Como dirían las mujeres de mi tiempo. «Tiene una sonrisa baja bragas tal, que haría que las perdiera hasta la mujer menos impúdica». Se le marcaba un precioso hoyuelo que estuvo a punto de dejarla babeando.

—En estos tiempos se aprovecha todo, muchacha. No podemos desperdiciar nada. Y ese plato —se lo señaló con su daga—, lleva siglos haciéndose en estas tierras y, sinceramente, espero que siga así durante muchos siglos más. Es típico.

Raquel bufó y siguió comiendo. La verdad es que no tenía ni idea de si se seguía haciendo o no. «¡Qué falta me hace internet!»

—¿Agua hay?

—Claro que hay agua, mujer.

—Por favor, podrías...

—¡Janeth! —gritó Connor sobresaltándola —. Traed agua para esta muchacha.

La criada asintió y salió corriendo a cumplir la orden de su laird.

Miro a la mesa y vio como todos la miraban con cara de estupefacción.

—¿Qué? —preguntó porque no sabía a qué venían esas caras de pasmo.

—¿Agua? ¿Bebéis agua en las comidas? —le recriminó un señor bastante mayor que tenía enfrente y varios asientos a su derecha —. Eso es para niños, muchacha. Nuestras mujeres beben cerveza. Eso hace que sean fuertes, robustas y que tengan fuego en la venas.

—Y el hígado hecho una mierda también —le replicó por lo bajo.

—¿Cómo decís?

—Nada nada —se apresuró a contestarle —. Decía que me parecía muy bien, pero la verdad es que yo prefiero el agua.

Ese señor le iba a replicar cuando Connor intervino.

—Déjalo, Angus. Si quiere beber agua, que la beba.

El tal Angus la miró con una mezcla de desprecio en su cara y siguió comiendo.

Raquel hizo lo mismo y dejó pasar esa conversación.

Estaba troceando un pedazo de cerdo cuando entró corriendo un hombre llamando a Connor.

—¡Laird! hombres del clan Munro se acercan a nuestras murallas.

Connor se levantó del asiento y salió corriendo. Detrás de él salió el resto de la mesa y como no, Raquel los siguió. No por cotillear, sino porque quería averiguar a qué se debía tanto alboroto. —Eso es cotillear Raquel, aunque te lo niegues a ti misma.

Una vez fuera, Connor mandó bajar el puente y unos veinte hombres entraron a caballo. Una vez dentro, los tres que iban delante se bajaron y el que parecía el cabecilla se paró ante Connor.

«Joder ¿Qué comían en esta época para estar así de cachas estos tíos?» Espero que haggis no, la verdad.

—Laird McGillivray, vengo a que me devolváis inmediatamente el ganado que nos hurtasteis dos noches atrás.

Connor se adelantó un paso y lo miró directamente a los ojos.

—¿Cómo tenéis la desfachatez de venir a mi casa a acusarme de semejante calumnia, Laird Munro? Nosotros no le hemos hurtado nada.

—¡Si que lo hicisteis! ¡Mis hombres reconocieron los colores del kilt de su clan cuando huían sus hombres por la noche, con el ganado que me robaron!

—¡No voy a tolerar semejante infamia, Laird Munro! Y para que conste, nosotros también sufrimos hurtos por parte de su clan y de muchos otros y no hemos ido a su hogar en ningún momento a pedir explicaciones!

—¡Eso no es cierto! ¡Sois un infame, un mentiroso y lo vais a pagar caro! Sabéis que esto puede significar la guerra, laird McGillivray.

En ese momento, no sé qué fue lo que la impulsó a meterse en esa trifulca, pero cuando se quiso dar cuenta, ya estaba metida entre esas dos moles.

—A ver, a ver. Tranquilidad, ¿ok?

—¿Y vos quién sois, mujer?

—Vos lo habéis dicho, una mujer. ¿Es que no se nota?

—Raquel, no —la advirtió Connor, pero ella no le hizo caso.

—Una pregunta, laird Munro. ¿Era noche cerrada cuando se produjeron los hurtos?

El laird la miró como si fuera un molesto mosquito, cosa que la sulfuró, pero lo dejó pasar.

—Si.

—¿Recordáis si había luna? Luna llena, quiero decir.

Se quedó pensando y Connor respondió por él.

—No. No había luna esa noche. ¿Por qué lo preguntáis?

—Paciencia majete, que a eso quiero llegar —le dijo guiñándole el ojo.

—Entonces, ¿estáis diciendo, laird Munro, que sus hombres distinguieron en una noche cerrada, una noche sin luna... como los hombres del clan del laird McGi..., de nuestro laird, os robaban ovejas, cuando su tartán es de color negro con rayas rojas, las cuales serían imposibles de ver sin luz?

Raquel se cruzó de brazos esperando una explicación y, al ver que no sabía que contestar porque lo había pillado pero bien pillado, el laird Munro simplemente miró a Connor, hizo una inclinación de cabeza y se giró.

Raquel se fijó en como daba un paso, cerraba los puños y elevaba ligeramente la mano derecha.

«Oh oh... malo, malo». —pensó y se preparó.

El laird Munro se dio la vuelta de golpe, alzó el puño para golpearla, pero como ya sabía lo que iba a hacer, simplemente se agachó para evitarlo. La

verdad es que Raquel no quería golpear al líder de otro clan, porque sabía que si lo hacía se metería en graves problemas.

Raquel se enderezó y así como el puño izquierdo se dirigía a su cara, otra mano, la cual pasó velozmente por su lado derecho la detuvo. La sujetó con fuerza y empujándola fuertemente la retiró.

—Sino sabéis aceptar una derrota, laird Munro, lo mínimo que podríais hacer es disculparos. Os habéis equivocado en vuestra acusación y lo sabéis. Así que, salid de mis tierras inmediatamente y dejadnos en paz.

—Esto no acabará aquí —le dijo a Connor entrecerrando los ojos—. Y vos, mujer, aprended donde está vuestro lugar y cerrad esa boca de víbora que tenéis. Porque la próxima vez que os vea, si volvéis a abrirla, acabaréis atravesada por mi espada.

—¿Es una amenaza? —le preguntó con los brazos en jarras y con una sonrisa socarrona.

Al ver su pose, el laird Munro se acercó un paso y Connor se situó delante de ella.

—Es una promesa. Y mis promesas las cumplo. Estáis avisada.

Raquel bufó para hacerle ver que se pasaba sus promesas por donde no salía el sol y se giró para entrar en el castillo. Caminó hacia el interior, pasando olímpicamente del laird Munro y sus manezas, y, una vez dentro se encontró con un panorama que no se esperaba en absoluto.

Capítulo 8

En cuanto Raquel entró por las puertas del castillo se detuvo y miró a su alrededor. Las mujeres, todas, estaban mirándola con los ojos abiertos como platos. Algunas incluso cuchicheaban entre ellas. Raquel escuchaba palabras como loca, increíble, mano dura, y más barbaridades.

Sabía que había hecho mal actuando como lo hizo, pero odiaba las injusticias y no podía consentir que acusaran al clan de Connor, fueran o no fueran ciertas las acusaciones. Sabía que haciendo lo que hizo se la estaba jugando, ya que, realmente, no sabía si hubo luna llena o nueva esa noche. Gracias a Dios esa noche no hubo luna y le salió bien la jugada, pero sabía que no podía volver a hacerlo por lo que pudiera pasar. Lo que sí tenía claro, es que se había ganado un enemigo y que tenía que ir con cuidado. Había herido el orgullo de ese highlander delante del líder de otro clan y sabía que esa ofensa se la acabaría pagando en algún momento.

Tendré que ir con pies de plomo —pensó al mismo tiempo que sintió como una escalofrío la recorría de arriba abajo. La cara de ese hombre daba miedo y sabía que la había cagado y a lo grande.

Se adentró en el castillo, pasó por delante de las mujeres, las cuales le abrieron paso, como si de un bicho raro se tratara y mientras seguía escuchando los cuchicheos, empezó a subir las escaleras.

—¿Cómo habéis sido capaz de hablarle en ese tono al laird Munro, muchacha? ¿Es que no estimáis en absoluto vuestra vida?

Raquel se dio la vuelta y miró a la mujer que le había dedicado esas palabras.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó a la mujer regordeta que la miraba con el ceño fruncido.

La mujer se adelantó un paso, la miró desafiante y levantó el mentón.

—Ingrid, señora.

—Señorita.

—¿Cómo?

—Que soy señorita. No estoy casada, por tanto, soy señorita.

Escuchó de nuevo cuchicheos y Raquel carraspeó.

—Bien. Admito que no tendría que haber hecho lo que hice, sé que me la jugué, pero no podía consentir que un extraño le hablara así a Connor. Y más aún que lo acusaran de haber robado solo porque a ese tipejo le dio por ahí. ¿Quién se cree que es para venir a las tierras de alguien y faltar al respeto a su dueño?

—Es el laird Munro, señorita. Y hay que ir con cuidado con él. No se anda con bromas —le contestó otra muchacha.

—Por mí como si es el papa de Roma. Me la suda quién sea. ¿Acaso ese imbécil no sabe lo que es la educación? Pues ya le enseñaré yo a que la conozca, coño. ¿Me quiere tocar los ovarios? Pues que vaya con cuidado porque como me caliente, le voy yo a tocar los cojones de tal manera que se le irán las ganas de volver por aquí.

Las mujeres empezaron a discutir entre ellas al escucharla. Unas le daban la razón, otras se la quitaban, algunas la llamaron desvergonzada, loca, mal hablada, e incluso le dirigieron unos cuantos adjetivos malsonantes que prefirió pasar por alto.

—Nos vais a buscar problemas, mujer. Los asuntos y problemas que pueda tener nuestro laird con otro, no la incumben en absoluto. De esos temas se ha de hacer cargo nuestro laird. No es normal que una mujer lo haga, no es normal que una mujer actúe por su cuenta, ¡usted no es normal!

Al escuchar eso, Raquel descendió los pocos escalones que había subido y se enfrentó a la tal Ingrid.

—¿Con que no es normal eh? Entonces, si el laird está en problemas vosotras os callareis y bajaréis la cabeza, ¿no? Si lo acusaran de algo injustamente, os desentenderíais, ¿verdad? Si se encontrara en peligro pensaríais, que se arregle él solito, son cosas de hombres. ¡Solo os falta decirme que si un hombre os dice que os tiréis por un puente, como lo dice él y su palabra por lo visto es lo importante, lo haríais! ¡¿Dónde puñetas tenéis vuestro amor propio!? Solo he hecho lo que creía justo, nada más. No podía consentir que ese imbécil le hiciera eso a vuestro laird, no me daba la gana esperar a que ese hijo de su madre ganara ni siguiera recriminándole nada a Connor por el simple hecho de ser un laird de otro clan. ¡Odio las injusticias, que lo sepáis! Y si veo una intervendré, os guste o no. ¿He sido clara?

Muchas mujeres asintieron y la miraron orgullosas, sin embargo, otras la miraron con odio y con inquina... como si lo que les había dicho fuese un

pecado capital. Incluso la tal Ingrid la miró como si la quisiera dar un par de hostias bien dadas.

Raquel se dio medio vuelta para volver a su habitación, pero un grito, el cual retumbó por todo el castillo, la detuvo de golpe.

—¡Quieta ahí, mujer!

Raquel volvió a darse la vuelta y vio a Connor andar hacia ella. Llevaba una cara de mosqueo brutal y la miraba como si quisiera cargársela. La cogió por el brazo en cuanto estuvo a su altura y empezó a subir las escaleras arrastrándola tras él.

Se giró y vio como Ingrid sonreía. «Bruja» —pensó al ver como disfrutaba esa mujer al ver la bronca que le iba a caer.

—Sé caminar solita desde que tenía trece meses, Connor. ¡No hace falta que me arrastres!

—Será mejor que os calléis, mujer. Estoy a punto de perder la paciencia. Así que será mejor que os calléis sino queréis ser castigada.

¿Cómo que castigada? ¿Pero este quien cojones se ha creído que es para amenazarme con eso?

—¡Oye majo! ¡Para el carro, que no eres mi padre para castigarme, joder!

—Doy gracias por eso. Creo que si fuera su padre me avergonzaría de vos.

Raquel se paró de golpe al escuchar esas palabras y se soltó de su agarre con un fuerte tirón.

—Antes de hablar de mi padre límpiate la boca, Connor. No te voy a consentir que lo menciones. No lo conociste, no sabes qué clase de persona era, ¡así que callate la puta boca antes de volverlo a nombrar sino quieres que te la cierre yo de una hostia, so capullo!

Raquel se adelantó, abrió la puerta de su habitación y así como fue a cerrarla, Connor la detuvo, la empujó, haciendo que Raquel retrocediera y la cerró a su espalda con un fuerte portazo.

—Volved a repetirme lo que me habéis dicho si tenéis valor.

Connor se lo pidió con los dientes apretados y con un fuego tan intenso en su mirada, que Raquel no supo que hacer. Si repetirlo, o no, ya que esa manera de mirarla, tuvo que admitir que la medio acojonó.

Pero claro estaba, Raquel no se podía mantener callada ni debajo el agua, así que, con toda la chulería que sabía que llevaba dentro, se cruzó de brazos y lo miró a los ojos.

—¿Qué parte quieres que te repita, laird? —le dijo con un deje de desprecio—. La parte en la que te digo que te cerraré la boca de una hostia, o

la parte en la que te llamo capullo?

Esa última palabra la dijo entre dientes y la alargó; pero lo que no se esperó fue la reacción de Connor.

Sintió como si de repente le reventaran la mandíbula y después un fuerte golpe en la espalda. Cuando se dio cuenta de lo que había pasado y miró a Connor, vio arrepentimiento en sus ojos. ¿La había golpeado y la había tirado al suelo por la fuerza del golpe y ahora se arrepentía? «Ya te daré a ti arrepentimiento, so cabrón».

Se levantó de golpe del suelo, llena de rabia e impotencia por dentro por haber recibido el golpe sin haberlo visto siquiera llegar y se lanzó de golpe contra Connor. Se subió encima de él, le rodeó la cintura con las piernas, lo agarró del cabello y le metió los dedos pulgares en los ojos.

Connor, el cual no se esperaba esa reacción por parte de esa mujer, retrocedió y acabó con la espalda pegada a la puerta. Cogió a Raquel por las muñecas y le retiró las manos de los ojos. Sabía que si la dejaba era capaz de sacárselos. ¡Esa mujer estaba fuera de sí!

—¡Quieta, loca!

—¡Te voy a hinchar a hostias, so mamonazo! ¡A mí no me vas a volver a poner las manos en tu puta vida, cabrón!

Se bajó de un salto y le dio una patada frontal en el estómago. Connor se dobló a causa del dolor y gruñó.

Se lanzó de nuevo a por él, le cogió la parte de atrás de la cabeza, aprovechando que estaba doblado, subió su rodilla y la impactó contra la nariz de Connor. Escuchó un crack, un alarido de dolor y vio a Connor caer al suelo sentado.

Raquel se retiró y se puso en guardia por si le daba por arremeter de nuevo contra ella.

Connor la miró como sino la reconociera y ella le devolvió tal mirada de odio y de dolor, que Connor supo en ese mismo momento que la había herido mencionando a su padre. Lo que no sabía era que había pasado con ese hombre para que ella acabara reaccionando como una salvaje.

La puerta de la habitación se abrió de repente y golpeó con tanta fuerza a Connor en la parte trasera de la cabeza, que acabó inconsciente en el suelo.

Kirk, al ver el panorama, sacó su espada y apuntó a Raquel. Vio la cara de ella golpeada y como un hilillo de sangre caía por la comisura de su labio y cuando miró a Connor y vio como la nariz le sangraba abundantemente, se envaró.

—Levantad las manos y no oséis hacer ningún movimiento, mujer. Esta vez os habéis excedido con nuestro laird. No solo le habéis faltado al respeto y habéis actuado por vuestra cuenta delante del laird vecino, sino que le habéis quitado la autoridad que ostenta delante de él. No solo os habéis metido en una conversación que no os incumbía, sino que con vuestra actuación, habéis hecho que nuestro clan esté en el centro de miras del laird Munro a partir de ahora. Así que no nos dejará tranquilos por vuestra culpa.

—Pero yo no quería...

—¡Silencio! ¡Callaos de una vez, maldita sea! —Le gritó sin dejarla de apuntar con ese espadón en ningún momento —. ¡Duncan! ¡Entrad!

Raquel vio al tan Duncan entrar junto a otros dos.

—Encerradla en las mazmorras hasta que nuestro laird despierte. Él decidirá que se hace con ella. Hasta entonces, que no se mueva de allí. Cuando la hayáis encerrado, volved aquí y llevaremos a Connor a sus aposentos. Y llamad a Ingrid para que se ocupe de él. Hay que limpiarle esa sangre y me da que habrá que enderezarle la nariz. Esta mujerzuela se la ha roto.

—¡Y una mierda! —gritó Raquel cuando escuchó donde la querían llevar —. A mí no me vais a encerrar en ninguna mazmorra, joder. ¡No lo voy a permitir!

—¿Ah no? Muy bien. —le respondió levantando los hombros.

Raquel vio como el tal Kirk salió por la puerta y así como se adelantaba para cerrarla, uno de los que lo acompañaba, la cogió por ambas manos, el otro por los pies y sintió como caía al suelo. Pero antes de tocarlo, se vio alzada de pies y manos y como los dos hombres la llevaban por los pasillos del castillo en dirección a su nuevo destino... las mazmorras.

Capítulo 9

Cuanto más se removía Raquel para deshacerse del agarre de esas dos bestias, más fuerte la sujetaban de las muñecas y los tobillos. Estaba segura de que después le quedarían los dedos marcados ya que era de piel sensible y un simple golpe le salía enseguida.

Cuando vio por donde la llevaban, un estrecho, oscuro y húmedo pasillo, el cual iba descendiendo más y más por unas sucias y mohosas escaleras, a Raquel se le fue apagando el genio y se quedó quieta de golpe; y no por cansancio ni nada por el estilo, no, sino porque desde que era bien pequeña le tenía pánico a la oscuridad, y ese pasillo apenas iluminado por alguna que otra antorcha colocada estratégicamente en alguna esquina, apenas iluminaba.

Cuando se detuvieron, Raquel se puso rígida y esperó. Seguían sin soltarla y no la pusieron de pie. Escuchó como el que iba delante de los tres abrió una cerradura y una puerta, la cual chirrió por el desuso y en cuanto estuvo abierta la lanzaron al interior como si de un saco se tratase y se golpeó fuertemente contra el suelo. Escuchó un crack, gritó a causa del dolor que sintió en la zona del hombro y cadera izquierda y el portazo, que fue el que le hizo darse cuenta de que se encontraba sola, herida y desamparada en una mazmorra oscura, maloliente y muy muy húmeda.

Se intentó sentar poco a poco y soltó algún que otro quejido a causa del dolor que sentía, sobre todo en el hombro, el cual tenía agarrado con su mano derecha porque se dio cuenta de que no lo podía mover.

Palpó la zona y se percató de que lo tenía dislocado a causa del golpe. Lo tenía en un posición anti natural y sabía que se lo tenía que intentar enderezar, porque cuanto más tiempo pasara con el hombro así sería peor.

Miró a su alrededor y solo la rodeaba la oscuridad, ni siquiera un pequeño resquicio de luz pasaba por debajo de la puerta de la mazmorra aun siendo de día. Se puso de pie, aguantando el dolor del hombro y de la cadera y empezó a moverse por el lugar poco a poco, tanteando con los pies por si se encontraba

algo en el suelo para no tropezar.

A parte de no encontrar absolutamente nada, ni una silla, ni un camastro, nada, se dio cuenta de que el lugar era minúsculo. Tenía muy poco espacio para caminar, más que una mazmorra aquello era un agujero.

No se lo pensó más y decidió ocuparse del hombro. Se sujetó el brazo herido por la parte del codo, se puso de cara contra la pared, contó mentalmente hasta tres y estampó el hombro contra ella.

Gritó muy fuerte a causa del dolor, escuchó el crack y supo que el hombro había vuelto a su lugar. Arrastró la espalda por la pared hasta quedar sentada en el suelo y se puso a llorar como hacía años que no hacía. Lloró por el dolor que sentía, por la rabia de verse en esa situación y porque finalmente, se dio cuenta de que si quería sobrevivir en esa época de neandertales, tenía que aplacar su genio y morderse la lengua por mucho que le costara.

Se tumbó sobre el frío suelo, cerró los ojos y pensó en lo que tendría que hacer en cuanto saliera de allí. ¿Cabrearse con Connor? ¿Cargarse a esos tres energúmenos que la habían metido en ese pequeño agujero oscuro y maloliente? ¿Empezar a comportarse como una mujer de esa época y decir «sí señor» a todo?

—¿Qué vas a hacer, Raquel? —susurró en la fría oscuridad de ese horrible lugar mientras lloraba sin consuelo.

Estuvo largo rato pensando y después de darle vueltas a diferentes opciones, se decidió por lo que sería más cabal y mejor para ella, aunque por dentro hirviera de rabia, y era, el intentar comportarse como una mujer de esa época y tragarse sus opiniones le gustara o no. De paso, aprovecharía para conocer el castillo, sus alrededores, la gente que vivía allí, vería como trabajaban, todo. Pero sabía, que tenía que salir de ahí lo antes posible, porque notaba como el frío húmedo que la rodeaba se le estaba metiendo hasta los huesos, y que si seguía mucho tiempo así, acabaría cogiendo una buena pulmonía. Sabía que en esa época no tenían Paracetamol, ni antibióticos ni nada por el estilo y tenía claro que se podían ir al otro barrio por culpa de unas fiebres.

Suspiró, se hizo un ovillo y cerró los ojos.

«Tal vez si me duermo todo pase más rápido». Sabía que no le costaría nada acabar *k.o.*, porque la verdad es que lo estaba. No podía con su alma,

estaba agotada, dolorida, se podía decir que le dolían hasta las pestañas. Así que cerró los ojos y se dejó llevar.

Connor abrió los ojos muy despacio. Cuando sintió la luz que entraba por las ventanas los cerró de nuevo y gimió. «Por San Ninian, ¡siento como si me estuvieran machacando la cabeza!»

Respiró profundamente y los abrió de nuevo. El dolor en la parte trasera del cráneo persistía, pero ya podía enfocar mejor. Miró a su alrededor y vio a Kirk sentado en una silla dormido en una postura un poco rara.

Carraspeó para llamarlo y en cuanto se dio cuenta del sonido, Kirk abrió los ojos, miró atontado a su alrededor y cuando lo vio mirándolo se levantó como un resorte de la silla, se tambaleó y se acercó a él.

—Connor, gracias a los dioses que estáis bien. Creíamos que no despertaríais; hasta la curandera dijo que no sabía qué hacer. Solo nos dijo que había que esperar a que abrierais los ojos por vos mismo, porque los golpes en la cabeza eran muy delicados.

«¿Golpe en la cabeza?» Ahora lo recuerdo todo.

Levantó su mano para tocar su nariz pero Kirk se la cogió y lo detuvo.

—No os preocupéis, señor. Vuestra nariz ya está enderezada. Esa bruja os la rompió pero la curandera os la enderezó. Menos mal que estabais inconsciente y no os percatasteis del dolor. Intentad no tocarla, laird. Hay que dejar que el hueso se ponga fuerte de nuevo.

Connor asintió e intentó recordar todo lo que pasó. La discusión que tuvo con ese terremoto de mujer, lo que se dijeron, bueno... más bien lo que yo él le dijo, ya que recordó que el mencionar a su padre, fue lo que desencadenó todo lo que pasó después. Suspiró e intentó enderezarse.

—Permitidme que os ayude, Connor.

Kirk se puso a su espalda, lo ayudó a incorporarse y le puso la almohada para que estuviera más cómodo. Una vez enderezado, Connor esperó a que la habitación parara de darle vueltas. Madre de Dios, menudo mareo llevaba.

—Y bien, —le preguntó a Kirk cuando vio que ya no se movía todo a su alrededor— ¿cuánto tiempo he estado inconsciente?

—Casi dos días, Connor. La verdad es que el golpe que os llevasteis en la cabeza fue bastante fuerte, por lo que me tengo que disculpar.

Connor vio arrepentimiento en sus ojos y negó.

—No te preocupes, Kirk. Si no hubiera estado en el suelo nada de esto hubiera pasado. Voy a tener que hablar con esa mujer y dejarle claras las cosas de una vez por todas.

—Por eso no te preocupes. Ya nos hemos ocupado entre Duncan, Fergus y yo de ella.

Se quedó totalmente paralizado tras escuchar eso y sintió como el pánico empezó a invadirlo.

—¿Qué quieres decir con lo de que, os habéis ocupado de ella? ¿Qué le habéis hecho? —gruñó entre dientes y Kirk se separó unos pasos de la cama al ver la manera en que se había alterado.

—Pues, verás, Connor. Cuando entramos en la alcoba de esa mujer después de haberte escuchado gritar y te vimos en el suelo con la nariz sangrando e inconsciente, la verdad es que me asusté, así que les dije a Duncan y a Fergus que la cogieran, a lo que ella se resistió con uñas y dientes, por supuesto. Y ordené que la encerraran en las mazmorras. Y... bueno... ahí sigue.

—¿¿Qué?! —gritó saliendo de la cama de un salto y se puso en pie quedando tal y como Dios lo trajo al mundo —. ¿¿Me estás diciendo que esa mujer lleva dos días metida en las mazmorras, Kirk? ¿Es eso?

Connor lo vio asentir y empezó a notar como una inmensa rabia le empezaba a recorrer el cuerpo. ¡Esa mujercita no sobreviviría dos días en las mazmorras! ¡Las mandó construir minúsculas a propósito, para que los hombres sintieran ahogo al estar ahí dentro y hablaran enseguida en un interrogatorio.

Dos días, cuarenta y ocho horas metida en ese infame agujero, sola y a oscuras —pensó mientras terminada de vestirse con la camisa y el kilt.

—Me disculpo laird si tomé una mala decisión. Pero es que cuando vimos la situación en la que estabais... ¡Sabéis que el atacaros se paga con la muerte! Simplemente hice lo que creí correcto, Connor. La mandé encerrar hasta que estuvierais bien para tomar vos la decisión. ¿Qué iba a hacer sino?

—¡Pues lo mismo pero en su alcoba! ¡Encerrarla en su alcoba, Kirk! ¡Bien sabes cómo son las mazmorras, hombre! ¿Cómo crees que me encontraré a esa mujer cuando baje, eh? ¡Dime! ¡¿Cómo!!

Kirk miró al suelo y se encogió de hombros.

—Más os vale que cuando llegue ahí se encuentre con vida o rodarán cabezas. Entiendo que cuando yo no puedo, seas tú el que tenga que tomar las decisiones porque así lo decidí, Kirk. Pero en esta has errado, y mucho.

Connor abrió con ímpetu la puerta de su alcoba, salió al pasillo y empezó a gritar órdenes a diestro y siniestro.

—¡El que tenga la llave de las mazmorras que venga conmigo ahora mismo! ¡Tú! —gritó señalando a una muchacha que pasaba por ahí en ese momento — Corre a llamar a la curandera, pero antes ves a la cocina y diles a las mujeres que preparen todo lo necesario para limpiar y curar a una enferma —. La mujer se quedó estática y con los ojos abiertos como platos haciendo que eso lo terminara de enervar —. ¡Corred a hacer lo que os he ordenado, mujer!

La mujer hizo una rápida reverencia y salió corriendo en dirección a las cocinas.

Cuando tuvo a Fergus y a Duncan frente a él, Connor se puso delante y los miró a ambos seriamente.

—¿Quién tiene la llave de la mazmorra?

Fergus la sacó de un bolsillo y se la entregó a Connor, el cual se la quitó de mala manera de las manos.

—Coged cada uno de vosotros una antorcha y seguidme. Más vale que la muchacha siga con vida, o pagaréis vosotros con la vuestra —se giró y empezó a bajar las escaleras que llevaban a las mazmorras.

Los tres hombres se miraron y tragaron saliva. Sabían que cuando Connor estaba enfadado, o muy enfadado como era ese caso, lo mejor era correr y salir de su camino.

Siguieron a su laird y cuando llegaron a la puerta donde metieron a esa mujer hace dos días guardaron todos silencio. Esperaron escuchar algo, un quejido, un lloro, un gemido... pero el silencio que había allí era sepulcral, no se escuchaba absolutamente nada y eso hizo que se asustaran.

Connor abrió la puerta, entró con la antorcha en la mano y los tres hombres detrás. Esperó a que su visión se acostumbrara a la luz que daba la antorcha; miró a su alrededor y la vio. Abrió los ojos como platos al ver el estado en que se encontraba. Se acercó lentamente al pequeño bulto amarillo que estaba hecho un ovillo en un rincón y al llegar se agachó y le retiró con mucho cuidado el pelo de la cara.

Le tocó la mejilla con el dorso de la mano y estaba pálida, amoratada por el bofetón que él le dio y fría, muy fría. Le puso dos dedos debajo de la nariz y al ver que salía aire caliente de su interior, supo que la mujer seguía con vida, aunque su aspecto era deplorable. Se fijó más en su rostro y vio que sus labios también estaban morados. El precioso vestido que llevaba, el cual era de un

amarillo reluciente esa misma mañana, ahora estaba rasgado en la zona del hombro y lleno de porquería y manchas. La pobre mujer olía fatal y supuso que era porque debía haber orinado en algún lugar de la mazmorra y también por la falta de higiene.

La cogió entre sus brazos con mucho cuidado, escuchó como gemía pero no abría los ojos y se dio cuenta de que apenas pesaba nada. ¡Un niño de ocho años debía pesar más que ella!

La atrajo a su pecho, la abrazó intentando no apretar mucho para no hacerle daño y miró a sus hombres.

—¿Quién de vosotros se ha ocupado de bajarle comida y agua?

Los tres se señalaron entre ellos y al darse cuenta de que ninguno le había dado de comer ni de beber en dos días, Connor sintió una gran ira en su interior.

—Largaos de mi vista los tres ahora mismo porque no respondo. Lo que le habéis hecho a esta pobre mujer no tiene nombre. Ni a un prisionero enemigo se le niega la comida y el agua y la habéis tenido a ella cuarenta y ocho horas sin comer y sin beber. Solo os diré una cosa... si le llega a pasar algo, si llega a morir por culpa de vuestra incompetencia, vosotros acabaréis como ella ¿os ha quedado claro?

Connor le echó una última mirada a Raquel y salió por la puerta con los tres hombres cabizbajos detrás de él. —Más les vale que sobreviva —pensó Connor sintiendo como el pánico lo invadía al pensar que podría pasarle algo. No se lo quería admitir a sí mismo, pero sabía que estaba empezando a sentir algo por esa extraña, peculiar e increíble mujer. Pero lo que no sabía... era exactamente el que.

Capítulo 10

Tres días después

Raquel estaba cansada de estar en cama. Es cierto que cuando despertó no era capaz de mover un músculo a causa de la debilidad que llevaba encima por la falta de alimento. Pero poco a poco y a base de caldos el primer día para que su estómago no se revelara y comida solida más adelante, acabó cogiendo fuerzas y ahora se encontraba mucho mejor. La verdad es que tenía ganas de salir de esa cama y sentarse en la silla que había al lado de la ventana, pero Ginny, la mujer que la estuvo cuidando no se lo permitió y más aún porque llevaba el brazo en cabestrillo y le hacían saber cada dos por tres que tenía que guardar reposo e intentar no moverlo.

Ginny y ella al principio no es que se llevaran muy bien, Raquel no quería comer, esa comida era insípida, sobre todo los caldos que le daban. Pero Ginny era muy cabezota y no se movió de su lado hasta que cogió el tazón y vació todo el contenido. Y así estuvo esa mujer durante todo un día. Cada cuatro o cinco horas, la alimentaba a la fuerza con ese asqueroso caldito de las narices.

Del caldito pasó a patatas cocidas con verduras y ayer por la noche le trajeron al fin su primer trozo de carne, el cual devoró como si del manjar más exquisito se tratase. Y ahora... ahora se encontraba sentada en la cama, aburrida y sin tener nada que hacer.

Y en cuanto a Connor ¿qué podía decir? Pues que no le vio el pelo en ningún momento. Supo por Ginny que él preguntaba por ella y por su estado de salud cada día. Si había descansado, comido, dormido, etc. Pero a Raquel, en el fondo le dolió el no verlo en persona. La verdad es que no sabía el porqué, pero en el fondo, ella sabía que necesitaba verlo aunque fueran unos minutos para hablar con él. Lo echaba de menos.

Suspiró y se agachó a coger su petate. Le pidió a Ginny hace unas horas que se lo dejara cerca de la cama por si necesitaba algo.

Cuando se despertó días atrás se encontró en el dormitorio de Connor, pero al día siguiente pidió que la trasladaran al suyo, ya que supo por una de las que limpiaban en el castillo que Connor esa noche durmió en el salón con sus hombres para no molestarla. Y le molestó, ¡vaya si lo hizo! Y no porque le hubiera cedido su cuarto, sino porque se enteró de que después de sacarla de las mazmorras, en vez de recuperarse del golpe y descansar como tendría que haber hecho, simplemente se fue al salón, se puso a beber como un cosaco hasta caer borracho y durmió allí la mona.

Decidió dejar de pensar en él y sacó su MP4 del petate. Lo encendió y al ver que estaba perfecto de batería se puso a buscar una canción relajante. Se puso los auriculares, se tumbó y finalmente se decidió por la canción *Te buscaría* de Cristian Castro. En cuanto empezaron los acordes de la canción, Raquel sintió como se le erizaba la piel. Tenía que admitir, que esa era una canción que le tocaba el corazón. La mezcla de la letra junto con la música, hacían que para ella fuera un *cocktail* brutal y hacía que a veces acabara soltando alguna lágrima.

Empezó a cantar la canción muy bajito con los ojos cerrados, se relajó y se dejó llevar por lo que decía la canción.

*Si acaso te volviera yo a encontrar, alguna vez
Si el tiempo dejara de vagar y diera un paso atrás.
Las mismas locuras del ayer, contigo volvería a cometer,
si el tiempo dejara de vagar.*

*Volver a aquel lugar donde el amor se nos perdió.
Tus ojos reflejaban gris de otoño en nuestro adiós.*

*Si el tiempo dejara de vagar, volvería azul el gris de
tu mirar, si acaso te volviera yo a encontrar.*

*Si supiera donde estás, en qué lugar te encuentras hoy,
te buscaría, para decirte que mi vida no tiene sentido...
sin tu vida*

*Pero que lejana estás, por hacer este sueño realidad,
todo daría, pero sigo mirando tu fotografía.*

*Si acaso te volviera yo a encontrar alguna vez.
Las cosas que aprendí de nuestro amor haría renacer.
El leño del hogar ya empieza a arder, imagino estás
conmigo como ayer, mi voz que ya empieza a cantar
nuestra canción, tú canción.*

*Si supiera donde estas en qué lugar te encuentras
hoy, te buscaría...*

Raquel sintió una caricia en su mejilla y abrió los ojos muy despacio. Se había relajado tanto con la canción que cuando se fijó en quién tenía delante, una dulce sonrisa apareció en sus labios, haciendo que todo el enfado que había sentido se evaporase completamente.

—Connor —susurró y no apartó su mirada de la de él en ningún momento.

Connor llevó su mano a la oreja de Raquel, le quitó el pequeño dispositivo que llevaba y después de echarle un rápido vistazo se lo colocó él también en la oreja.

Cuando escuchó a un hombre cantar por ese pequeño dispositivo, Connor se lo retiró de la oreja, lo miró con curiosidad y se lo volvió a colocar. Ese hombre seguía cantando, así que se dejó ese bulto redondo negro dentro de su oreja y miró a Raquel. Se fijó en que tenía en la mano un cuadrado de color rojo muy brillante y alargó la mano para cogerlo, pero Raquel apartó la mano y negó.

—Ah no, Connor. —dijo con énfasis—. Si quieres que te lo deje, primero tenemos que hablar —aclaró y se colocó el MP4 detrás de su espalda.

Connor se fijó en como escondía el dispositivo fuera de su alcance y la miró. La verdad es que era cierto que tenían que hablar, pero después del duro día que había tenido, solo tenía ganas de descansar, relajarse y dormir durante unas cuantas horas.

—Tenéis razón, Raquel, sé que tendríamos que hablar, pero voy a ser sincero con vos. La verdad es que estoy destrozado, agotado. He tenido un día

horrible y sinceramente, esos pocos segundos que he escuchado de esa melodía, ha conseguido que me relajara.

Raquel lo miró y se admitió a sí misma que le encantó escuchar esas palabras. Ver que no se estaba comportando como el aguerrido y fuerte guerrero que era delante de ella, sino como una persona normal, le hizo descubrir un lado que no conocía de ese hombre, un lado que le gustaba mucho. Así que se hizo a un lado y dio dos golpecitos con la palma de su mano en el colchón, dándole permiso para que se colocara a su lado.

Connor se sorprendió pero no se lo pensó. Se colocó a su derecha, subió sus largas piernas en la cama y apoyó la espalda en el respaldo. Raquel lo miró, le sonrió y le pasó el auricular para que se lo pusiera en el oído.

—¿Podrías poner la misma canción que estabais escuchando?

Raquel sacó el MP4 de su espalda, encendió el reproductor, buscó la canción y pulsó el *play*.

Se fijó en Connor y vio como suspiraba, apoyaba la cabeza en el respaldo y cerraba los ojos.

—¿Me traduciréis algún día la letra, muchacha? La verdad es que la melodía me gusta mucho, pero sinceramente..., me gustaría también saber lo que dice – le preguntó en un tono muy bajo, casi como si fuera un ronroneo.

Raquel colocó su mano en su bíceps, él la miró y ella sonriéndole aceptó. Le cambió el auricular de oreja, se acercó a él y poco a poco fue traduciéndole al inglés la letra.

Connor pasó su brazo izquierdo por detrás de los hombros de Raquel y ella apoyó la cabeza en su pecho. Escuchó los suaves y rítmicos latidos del corazón de su corazón y cerró los ojos. Raquel sintió como la mano de Connor acariciaba su brazo de arriba abajo y así y mientras le iba traduciendo poco a poco la canción, finalmente, se quedó dormida.

Capítulo 11

Connor miró a Raquel completamente dormida y relajada entre sus brazos, y tuvo que admitirse así mismo que hacía mucho tiempo que no se sentía tan bien. Sentir el pequeño cuerpo de esa mujer pegado al suyo, su suave respiración en su cuello, su pequeña mano apoyada en su pecho... era una sensación indescriptible para él, una sensación que quería que durara mucho tiempo.

La verdad era que no quería apartar a esa mujer de su lado, quería tenerla cada noche durmiendo con él, quería sentir la paz que estaba sintiendo ahora mismo en su interior. Había algo en Raquel que lo calmaba, algo que hacía que se planteara incluso empezar algo con ella. Pero sabía que era totalmente imposible. Y no por ella, sino por las circunstancias que la rodeaban.

La procedencia de Raquel, el no saber cuánto tiempo estaría en su época, su manera de ser, la manera en que su pueblo la miraba... Todo hacía que el plantearse un cortejo por su parte fuera imposible. Pero su interior al saberse negado de un posible «algo», se rebelaba a aceptarlo. Su cabeza le decía «no», pero su corazón le decía que sí. ¿Y qué tenía que hacer? Como laird de su clan sabía que tenía que pensar con la cabeza, pero como hombre... como hombre tenía una clara respuesta y era la opuesta.

Cuando se enteró de dónde estuvo hace unos días, encerrada en esa mugrienta mazmorra y sin comer ni beber nada en dos jornadas enteras, estuvo a punto de matar a esos inútiles. Pero sabía que ellos miraron por él, por su seguridad y entendió que habían tomado la decisión que creyeron correcta en aquel momento. Pero lo que a Connor le dio rabia, fue el ver como se desentendieron de ella una vez que la encerraron allí.

El estado en la que se la encontró cuando la fue a buscar fue tan horrendo, que sintió como si le hubieran pegado un puñetazo en el estómago y lo hubieran dejado sin aire. Sintió miedo, pánico más bien; y ahí, fue cuando se percató de que empezaba a sentir algo muy intenso por ella. Porque esa reacción era excesiva, y más si era por una mujer que apenas conocía.

Connor se centró de nuevo en el presente y sonrió al escuchar un pequeño ronquido.

La miró y se retiró el artefacto sonoro de la oreja. La verdad es que lo que le tradujo Raquel de esa canción era precioso. La letra era muy romántica e intensa. Decía cosas muy bonitas, palabras y frases llenas de mucho sentimiento. ¿Acaso ese hombre que cantaba había pasado por una mala experiencia amorosa y echaba de menos a su amada? Connor tenía muy claro de que jamás querría pasar por esa experiencia, ya que debía ser horrible sentir ese inmenso vacío en el corazón. Amar a una mujer con toda tu alma y perderla, sabiendo que nunca más la volverás a ver o volverás a saber de ella. Tener la certeza de que jamás volverás a sentir sus besos, sus caricias. Darte cuenta de que no volverás a mirar esos preciosos ojos pardos, ni volverás a escuchar su risa...

¡Alto! —se dijo interiormente al darse cuenta de por dónde iban sus pensamientos — deja de pensar eso, hombre. No te hagas daño a ti mismo. Lo que tenga que ser, será. Hasta entonces céntrate en ti y en tu pueblo, hombre; ya bastantes problemas tienes como para añadirle uno más. Aunque sea un precioso problema.

—Connor... sí, sí... —escuchó a Raquel susurrar al mismo tiempo que gemía — Sigue, dame fuerte... no pares...

¡Por San Ninian! ¿Qué demonios estaba soñando esa mujer?

La miró y vio como sonreía.

—Esta muchacha acabará conmigo como siga así, maldita sea. —Susurro entre dientes.

No, no esto no, por favor —rogó al sentir como Raquel subía su pierna izquierda encima de las suyas y se empezaba a frotar en su muslo mientras gemía y jadeaba audiblemente —. Dioses no, no...

Connor sintió como su miembro crecía y maldijo. ¿Pero cómo le hacía eso esa muchacha? Vale que ella no era consciente de lo que le hacía, pero él estaba empezando a sentirse mal. Tenía ganas de tumbarla de espaldas y comérsela entera. Quería levantarle las faldas e introducirse por completo en su interior. Quería que los gemidos que salieran por su boca fueran por sentirlo a él realmente y no por lo que le estuviera haciendo en un sueño.

Escuchó como Raquel soltaba un gemido largo y como se relajó de golpe. La oyó suspirar, y vio cómo su brazo bajaba en dirección sur. Lo detuvo de golpe antes de que llegara a su destino y lo retiró lentamente de su cuerpo, cosa que le costó la vida, misma porque esa simple caricia lo dejó más

dolorido de lo que ya estaba.

Cerró los ojos, gruñó y supo que tenía que salir de esa cama inmediatamente, sino quería acabar haciéndole el amor en ese mismo momento. Porque tenía que admitirse que las ganas que tenía eran inmensas y que su fuerza de voluntad pendía de un hilo.

Salió de la cama muy despacio, intentando no despertarla y una vez fuera la miró.

Raquel se había quedado boca arriba, con el vestido subido un palmo por encima de sus rodillas y dormía totalmente relajada.

Fue ver esas preciosas, morenas y torneadas piernas y Connor no pudo evitarlo. Se acercó, pasó la palma de su mano por una de ellas y la acarició. Le encantó la suavidad de su piel y supo que nunca había acariciado unas piernas con la suavidad que poseían las de esa mujer. Incluso se fijó en que estaban totalmente exentas de vello.

Pensó en si estaría igual en todo el cuerpo, y desgraciadamente, eso hizo que se excitara de nuevo. Así que, para evitar la tentación y para dejar de hacerse daño, se dio la vuelta y abandonó silenciosamente la habitación.

Suspiró en cuanto cerró la puerta y se apoyó en ella.

—Maldita sea. Esta mujer acabará conmigo. Si durmiendo ha hecho que me excite como un jovencito inmaduro, prefiero no averiguar qué pasaría si estuviera despierta.

¿O sí? —se preguntó. — Y se dio cuenta de que en su fuero interno se moría de ganas de saberlo.

Bajó las escaleras y se dirigió a la sala principal. Algunos de sus hombres estaban sentados alrededor de la mesa hablando; así que se acercó y se sentó en su sillón.

Al verlo llegar, todos se pusieron en pie, y una vez Connor se sentó, se sentaron los demás.

—¿Algo interesante que contarme? —preguntó mirándolos uno a uno.

Kirk carraspeó y Connor lo miró. Aún seguía un poco enojado con él por lo que pasó con Raquel, y Kirk era plenamente consciente de ello, pero eran muy buenos amigos y ambos sabían que sus diferencias se arreglarían enseguida.

—Pues... verás Connor —dijo con inseguridad en su voz—. Nos

estábamos planteando unas cuantas cosas con respecto a la extranjera.

Al escuchar eso Connor se enderezó y frunció el ceño.

—Habla —le inquirió secamente.

—Mira, Connor. —lo miró a los ojos fijamente y no le apartó la mirada—.

No sabemos exactamente de donde viene esa mujer. Solo sabemos su nombre, que no es escocesa, ni inglesa, que su inglés es muy extraño, que las mujeres del clan no confían en ella, que sus costumbres, su manera de ser, su manera de hablar y su actitud son horribles. No se comporta como una mujer, Connor. Se comporta como si fuera un hombre. Se mete en nuestras conversaciones, no te tiene ningún respeto como laird y para colmo te habla como si fueras su igual y... bueno, pues..., que hemos estado hablando y no confiamos en ella. Creemos que es una espía o algo parecido.

Connor sintió como le hervía la sangre después de escuchar la perorata que le había soltado Kirk. Sabía que tenía razón en todo lo que le había dicho, pero también tenía muy claro que no podía desvelarles la verdad sobre Raquel. Ese era un tema muy peliagudo, un inconfesable secreto que se tendría que llevar con él a la tumba; porque si se llegaba a descubrir, tenía muy claro de que la vida de esa mujer correría un inminente peligro.

Connor miró a todos sus hombres a los ojos y por último a Kirk.

—Muy bien. ¿Así que pensáis que esa pequeña mujer es una espía de algún clan enemigo?

Sus hombres asintieron y otros negaron.

—A ver si os ponéis de acuerdo. ¿Sí o no?

Duncan se puso en pie después de vaciar la jarra y la dejó con un sonoro golpe en la mesa.

—A mí particularmente no me gusta esa mujer, laird. Hay algo en ella que no entiendo. Y no es solo su comportamiento en general, como ha dicho Kirk — lo señaló con la cabeza — Sino que es también por la manera que tiene de desafiarnos a todos. Nos trata como si fuéramos sus enemigos, laird. Y no le hemos hecho nada para que se comporte de una manera tan... salvaje.

«En mi trabajo no hay diferencias entre hombres y mujeres, Connor. Además de trabajar todos juntos y ayudarnos cuando estamos en acción, también nos respetamos. Por ese motivo, cuando hay alguien a quien quiero en peligro, reacciono. Y me da igual si es hombre o mujer. Yo solo actúo. Me enseñaron eso, a defenderme por mí misma y a no necesitar a ningún hombre en caso de que me encuentre en peligro».

Connor recordó esa conversación que tuvo con Raquel días atrás. La

verdad es que no entendía eso de la igualdad entre sexos, pero también había cosas inentendibles e imposibles para él y las terminó aceptando, ya que las había visto con sus propios ojos. Estaba de acuerdo en lo que le decían sus hombres; pero también entendía a la muchacha. No era de allí y sabía que le estaba resultando difícil adaptarse a otro lugar, a otro tiempo y a otras costumbres.

Así que se puso en pie y les habló.

—Entiendo lo que sentís y lo que me decís, lo entiendo, de verdad. Pero quiero deciros una cosa. He hablado con esa muchacha y os aseguro que no es ninguna espía ni nada por el estilo. Sé que os cuesta confiar en ella, pero al contrario que vosotros, yo lo hago. Confío en ella completamente. Así que, como laird, solo os pido una cosa. Dadle una oportunidad, no la juzguéis por lo que habéis visto hasta ahora por muy extraño que os parezca. Raquel... —bufó pensando en cómo proseguir—. Raquel es de mi entera confianza. Y si confiáis en mí, os pido que esperéis un tiempo y la vayáis conociendo, por muy extrañas que os parezcan sus actos, sus palabras o sus hechos. No es nuestra enemiga. Solo es una muchacha que ha venido de un lugar muy muy lejano, de un lugar que nosotros no conocemos y, por ese motivo, además de que está completamente sola, os pido que tengáis paciencia. Solo eso. ¿Confiáis en mí?— les preguntó y esperó expectante a que le respondieran.

Todos asintieron, excepto Duncan, el cual parecía sumergido en sus pensamientos.

Pero al ver que Connor lo miró esperando su respuesta, él solo asintió y se marchó.

Connor se volvió a sentar en su sillón, cogió una jarra, la llenó de cerveza y se puso a beber.

Pero de lo que ninguno se percató, fue que detrás de la pared que separaba el salón del pasillo, estaba Raquel escondida y llevaba una inmensa sonrisa en sus labios.

Capítulo 12

«Confío completamente en ella, dadle una oportunidad».

Esas palabras de Connor se repetían constantemente en la mente de Raquel desde que las había escuchado hace unos minutos.

Connor confía en mí, me cree, le ha pedido a su gente que me dé un voto de confianza —pensó y sonrió—. Tengo que darle las gracias. Quiero que sepa lo mucho que han significado para mí esas palabras.

Raquel esperó escondida en esa pequeña esquina, y unos diez minutos después y en cuanto vio salir por la puerta al último de los hombres, dejando a Connor solo, Raquel salió y lo miró.

Connor estaba con los codos apoyados en la mesa y las manos en su cabeza. Tenía la mirada baja y fija en su plato vacío.

Raquel no lo pensó y se acercó a él lentamente intentando no hacer ningún ruido. No pretendía asustarlo ni nada por el estilo, solo quería acercarse a él y darle las gracias por su voto de confianza.

Llegó a su lado y vio que tenía los ojos cerrados. Le puso la mano en el hombro pero el respingo que dio Connor y la manera en que la miró, hizo que retirara su mano de golpe.

—¡Ah! Eres tú, muchacha —susurró soltando el aire.

—Perdona, no pretendía asustarte —contestó al ver su reacción.

Connor simplemente negó, apoyó la espalda en su sillón, colocó los brazos en su regazo y la miró. ¡Y qué manera de mirarla! La miraba como si se la quisiese comer, pero también había algo, en esos maravillosos y cristalinos ojos azules que a Raquel la inquietó. Ansia, tristeza... ¿dolor? Esos ojos tan expresivos que tenía le demostraban muchas cosas que él llevaba dentro.

—¿Puedo ayudarte en algo? —le preguntó sacándola de sus pensamientos.

¿Y qué le iba a decir? ¿Que sí? ¿Que se estaba dando cuenta de que necesitaba su ayuda para entender algo que ni ella misma comprendía? ¿Qué cada vez que lo miraba a los ojos, sentía como su corazón se ponía a mil por hora y que no hacía ni decía nada por miedo a como se lo pudiera tomar?

Así que, tomó una rápida decisión, «cosa normal en ella lo de actuar sin pensar». Se acercó a él, se sentó en su regazo, le pasó los brazos por el cuello y lo abrazó.

Notó como Connor se tensó y como segundos después se relajó. Sintió los brazos de Connor rodearle la cintura y estrechar su abrazo, cosa que le encantó. Así que no se lo pensó dos veces y actuó.

Sabía que se iba a arrepentir, o tal vez no, pero lo hizo. Se separó de él, lo miró a los ojos, acarició sus mejillas y le dio un tierno, dulce e intenso beso, que provocó que se le pusiera la piel de gallina. Retiró sus labios de él en cuanto se dio cuenta de que si no lo hacía eso iría a más, así que, le susurró un «gracias» y se marchó corriendo porque sabía que si se quedaba, acabaría haciéndose daño.

Se dirigió a la cocina y vio que no había nadie, ni un alma.

—Qué raro. Normalmente a esta hora suele estar llena hasta los topes.

Salió por la puerta que daba al patio y aparte de ver a unas cuantas personas —menos de la mitad de las que normalmente solía haber— las cuales estaban haciendo sus tareas, se fijó en que todo estaba demasiado tranquilo.

Pensó en subir a su habitación pero se lo sacó de la cabeza enseguida. ¿Qué iba a hacer allí de todas maneras? Aburrirse. Así que, ya que tenía la cocina para ella sola, decidió experimentar y hacer algo útil. Cocinaría. Prepararía alguna comida con los ingredientes que hubiera por ahí y así se entretendría.

Empezó a mirar lo que había por ahí disponible y aparte de muchas hierbas, carne de toda clase y verduras, no vio gran cosa.

¿Qué puedes cocinar, Raquelita? —pensó mientras miraba a su alrededor—. Lo que daría por poder preparar una gran pizza casera. Pero me da que por aquí no deben tener queso mozzarella ni jamón.

Suspiró y pensó que ya haría algo.

Música, lo primero que necesito es música para recargar las pilas.

Así que sin pensárselo, corrió escaleras arriba, entró en su habitación y cogió su mp4, el cual estaba encendido y tirado entre las sábanas. Lo miró y vio que la batería estaba a la mitad.

«Maravilloso. Este hombre lo ha dejado encendido. Me da que si quiero que el tema música me dure más tendré que ir con más cuidado».

Se lo guardó en el escote ya que no disponía de ningún bolsillo, se puso los auriculares y mientras iba de vuelta a la cocina, buscó entre las canciones que tenía descargadas alguna que le metiera marcha al *body* para ponerse a

trabajar.

Se metió en la despensa y miró lo que tenía a su alrededor al mismo tiempo que tarareaba *I need a hero* de Bonnie Tyler. Cogió un saco pequeño de harina y lo sacó. Volvió a la despensa y vio lo que parecían champiñones, un trozo de queso y una cesta con tomates. Al ver eso supo enseguida lo que tenía que hacer. Así que, lo cogió todo y se colocó detrás de la mesa.

Decidió que al final haría pizza y que ya se las arreglaría para rayar ese queso y los tomates.

Vale que no sería la pizza cien por cien como tenía que ser, pero esperaba que por lo menos gustara.

Mezcló los ingredientes para empezar a hacer la masa y en cuanto fue a meter las manos en la masa para empezar a amasarla, en el mp4 empezó a sonar una canción que encontró muy graciosa en su momento, y más cuando vio en Youtube el vídeo por primera vez. Así que, como sabía que estaba sola en la cocina, se animó, y empezó a bailar, imitando o por lo menos lo intentó, el bailecito que vio en ese video.

«Me ha besado, me ha besado... »

Connor no se lo podía creer. Raquel se había acercado con una dulce sonrisa en sus labios y lo había mirado a los ojos intensamente. Se percató del anhelo en su mirada, de como ella dudaba y seguidamente, de su determinación. Pero lo que nunca se hubiera imaginado ni se le hubiera pasado por la cabeza, era de que Raquel se acabaría sentando en su regazo y que le daría un tierno y perfecto beso.

Un beso que lo dejó ansioso de más. Un beso que hizo que se quedara paralizado al ver como después de un suave «gracias», ella se iba corriendo.

Pero, ¿por qué no la detuviste idiota? ¿Por qué? –gruñó interiormente y se dio un par de patadas mentales—. Pues porque con ese beso te ha dejado atontado, Connor, por eso. Porque te ha pillado totalmente desprevenido y con la guardia baja, o de lo contrario, sabes que no se hubiera escapado de entre tus brazos.

Connor suspiró y se levantó del sillón.

Tengo que buscarla y tengo que hablar con ella. Necesito saber el porqué de ese beso y porque me ha dado las gracias.

Así que, sin pensárselo más, salió por la puerta principal y echó un vistazo

a su alrededor intentando localizarla, cosa que fue imposible, ya que aunque preguntó, nadie supo dónde se encontraba Raquel.

Volvió a entrar y mientras avanzaba por el pasillo, un ruido procedente de la cocina hizo que se dirigiera en esa dirección. Le extrañó mucho, ya que según le informaron ayer, la gran mayoría de las mujeres del castillo y de la aldea, iban a estar hoy en la feria del pueblo acompañadas por sus maridos y algunos guardas del castillo.

Escuchó la voz de Raquel cantando en su idioma mientras se acercaba a la puerta, pero cuando se asomó y miró en su interior, no se pudo creer lo que vieron sus ojos.

Raquel estaba de espaldas a él, con las manos detrás de la nuca y meneando la pelvis de adelante a atrás mientras cantaba una frase que decía «dame tu cosita, ah, ah».

Fue ver esa imagen tan sugerente, ver a Raquel moviéndose como si estuviera realizando el acto sexual, y Connor tuvo una erección instantánea

Se la imaginó tumbada sobre esa mesa, con las faldas por encima de su cintura y a él enterrado hasta el fondo repitiendo esos movimientos pélvicos.

Se quedó de pie en el umbral de la puerta y siguió mirando el increíble espectáculo que le estaba proporcionando esa mujer. Lo que tenía claro, era que lo primero que haría en cuanto pudiera, sería pedirle la traducción de esa frase que tanto repetía.

—Dame tu cosita, ah, ah, dame tu cosita, ah —Seguía repitiendo ella y continuaba moviendo las caderas sensualmente de adelante a atrás.

En ese momento, Raquel se giró con las manos en la nuca, la pelvis hacia delante y se quedó de piedra. Connor sonrió de forma socarrona al ver cómo lo miraba; con los ojos abiertos como platos, la boca abierta formando una «o» y también se percató de cómo se ponía del color de la grana. Su tez iba volviéndose más roja por momentos, y sus ojos se abrían más.

—Jooder —la escuchó decir, lo que provocó que no pudiera aguantar más y se empezara a reír a carcajadas.

Capítulo 13

En cuanto vio cómo Connor se reía, Raquel sintió como se le subían los colores. La había pillado y bien pillada haciendo el imbécil, pero cuando le dijo que tenía que traducirle la letra, ahí sí que se sintió mortificada. ¿Cómo iba a explicarle a él lo que significaban esas tres palabras? Ni de coña, vamos. Como que no. Ya se inventaría alguna excusa, pero no le traduciría eso de ninguna manera.

Connor seguía riéndose y Raquel lo miró bien. La verdad es que era un hombre súper atractivo. Cuando sonreía y perdía esa seriedad que lo caracterizaba, Raquel tenía que admitir que estaba para comérselo, porque, aparte de un cuerpazo de escándalo, era increíblemente guapo. Se quedó mirándolo de arriba abajo, desde sus fuertes piernas, a sus grandes y anchos hombros, sus marcados bíceps, su musculado tórax; la verdad es que le hizo un examen completo.

Cuando dejó de escuchar la risa de Connor, lo miró y vio en sus ojos un hambre voraz, la miraba como si se la quisiera comer, al igual que ella lo miraba a él, como si fuera un pastelito de chocolate al que quisiera meterle un buen bocado.

—Muchacha... —lo escuchó decir — como me sigáis mirando así...

—Que —le respondió ella al mismo tiempo que daba un paso hacia él.

—No sabéis lo que estáis haciendo. No os conviene seguir por ese camino, mujer.

—¿Por qué no me tuteas de una vez? —lo vio fruncir el ceño y se lo explicó —. A ver, sé que en tu tiempo el hablar de «vos», es lo normal, Connor. Pero la verdad, es que me encantaría... no... necesitaría que me llamaras por mi nombre. No creo que te cueste mucho, ¿verdad? Yo te llamo Connor, ¿por qué no me llamas tú Raquel?

Raquel se fijó en su expresión. Parecía que se lo pensaba y no sabía el porqué. A ver, sí que lo sabía, pero tampoco entendía tanta ceremonia. ¿Qué le costaba llamarla Raquel y no mujer, muchacha o cosas así?

—De acuerdo—esas palabras la sacaron de sus pensamientos —. Te llamaré por tu nombre y dejaré contigo los formalismos. Pero será solo contigo. Delante de mi gente, no.

Raquel asintió y Connor se acercó un poco a ella.

—Bien y ahora... ¿me dirás qué significaban esas palabras que cantabas?

Raquel le dio la espalda y suspiró. Cerró los puños, los ojos y cuando sintió las manos de Connor en su cintura, se tensó.

—Me imagino, que, aunque no sepa el significado... por tus movimientos debía ser algo bastante excitante, ¿verdad?

Connor le pasó la lengua por el contorno de la oreja y le dio un ligero mordisco al lóbulo.

—Dime que me equivoco, Raquel... niégame que no es lo que me estoy imaginando.

Pegó la pelvis en la parte alta de su espalda y Raquel sintió la excitación de Connor.

«Así que se ha puesto cachondo viéndome bailar» —pensó y sonrió imperceptiblemente.

Se giró y lo miró.

—¿Cómo era? Dame... dame... —Connor no recordaba como seguía, así que Raquel se puso de puntillas y le susurró al oído.

—Tu cosita —le dijo y, sin vergüenza alguna colocó su mano sobre su erección—. Cosita, Connor —le repitió mientras se la empezó a masajear poco a poco.

En ese mismo momento, Connor sintió como si un rayo lo atravesara de arriba abajo y no pudo contenerse más. La levantó por la cintura y estampó sus labios contra los suyos.

Raquel rodeó su cintura con sus piernas y le devolvió el beso con el mismo ímpetu y ganas con que la estaba besando él.

Se empezaron a devorar mutuamente. Mordían, lamían, gemían... ese beso fue una batalla entre ellos dos. Raquel sintió como él quería imponer su beso, pero ella no se dejó avasallar y se lo devolvió con las mismas ganas.

Connor la agarró de las nalgas, la tumbó sobre la mesa de la cocina, subió sus faldas y sin poder esperar más, porque la urgencia que sentía por poseerla era bestial, le abrió las piernas y enterró su cara entre sus muslos.

Raquel gimió fuertemente por el gran placer que sintió. La lengua de Connor estaba haciéndole maravillas ahí abajo. Levantó la pelvis para pegarlo más a ella y colocó las manos en su cabeza. Se agarró a él y empezó a

aumentar sus movimientos, necesitaba sentirlo más. Sabía que si seguía a ese ritmo, que si Connor no paraba de devorarla de esa manera, se correría en nada, pero entonces él hizo algo que no se esperaba. Le pegó un pequeño mordisco en el clítoris y lo absorbió con tal fuerza, que hizo que Raquel no pudiera soportarlo más y se corriera con un fuerte grito.

Connor se incorporó, se desató el cinturón, tiró el *kilt* al suelo y sin dejar que ella se recuperara, se introdujo de una estocada.

Escuchó el gemido de Raquel, lo que hizo que se enardeciera más y empezó a moverse sobre ella como un poseso. Las embestidas eran rápidas y fuertes, subió las piernas de Raquel a sus hombros, lo que hizo que su penetración fuera más profunda y aceleró el ritmo. Se sujetó fuertemente de sus caderas, sabía que la agarraba muy fuerte y que al día siguiente tendría sus dedos marcados, pero no le importó. Lo que le importaba, lo que le estaba volviendo loco, era lo que sentía estando en su interior. Nunca había sentido algo tan fuerte y placentero. El calor que lo rodeaba, el fuego, el cosquilleo que empezó a sentir en la parte baja de su columna, le hizo ser consciente de que le faltaba poco para alcanzar el clímax. Pero no quería llegar antes que ella. Quería que ella alcanzara su placer antes que él... así que, colocó un dedo sobre su clítoris y lo masajeó.

Escuchó a Raquel gemir más fuerte, suspirar, decir palabras en su lengua, las cuales no entendía y finalmente, sintió como sus paredes apretaron su miembro y la oyó gritar su nombre en medio de un fuerte orgasmo que la arrasó, e hizo que él la siguiera también soltando un fuerte alarido de placer.

Connor sintió como temblaban sus piernas y bajó su cabeza al pecho de ella. Necesitaba apoyarse en algo porque sabía que si no lo hacía, caería al suelo.

Sintió las manos de Raquel acariciándole la cabeza y la espalda y después un fuerte suspiro. Levantó la cabeza y la miró.

Raquel estaba con los ojos cerrados, su respiración estaba agitada y eso provocaba que su pecho subiera y bajara delante de él. Un pecho que parecía perfecto a sus ojos.

Levantó la mano y lo acarició por encima de la ropa. Raquel abrió los ojos y lo miró.

—No me digas que te has quedado con ganas de más, laird.

Connor se carcajeó y la besó. Se incorporó, salió lentamente de ella, lo que los hizo gemir de nuevo a los dos y se empezó a vestir.

Se dio la vuelta, recogió su *kilt* del suelo y una palmada en su trasero lo

hizo girarse de golpe. Miró a Raquel, la cual le guiñó un ojo y se acercó de nuevo a ella.

Raquel ya se había incorporado y se había bajado la falda del vestido. Pero al ver el perfecto trasero de Connor delante de ella, no lo pudo evitar y le dio una pequeña nalgada, lo que causó que Connor se girara de golpe y la mirara.

—¿Qué?... —se encogió de hombros y le guiñó un ojo—. No lo he podido evitar, hombre. Ha sido ver ese perfecto pandero y he tenido que meterle mano, ¿qué quieres que haga? La carne es débil, laird.

Connor abrió las piernas de Raquel y se colocó entre ellas.

Así que te gusta mi... ¿pandero? —la besó suavemente y se incorporó—. Pues es todo tuyo, *mo chòmhlán-beag*.

Raquel frunció el ceño al escuchar esas palabras que no entendía y cuando fue a preguntarle, Connor puso un dedo en sus labios y negó.

—Ya te lo diré... o más bien, ya lo descubrirás. Porque así como tú me vas a enseñar tu lengua, yo te enseñaré también la mía.

Raquel negó y Connor afirmó.

—Sí, Raquel. Aquí el gaélico es lo que predomina, lo que todos hablamos. Y encuentro necesario que lo vayas aprendiendo poco a poco, que vayas entendiendo lo que hablamos, lo que discutimos entre nosotros. Me encantaría que, si alguien te dijera algo, tú lo entendieras y fueras capaz de responderle también. Quieras o no, el saber eso hará que esté más tranquilo.

Raquel sabía que tenía razón. Sabía que todo lo que le decía Connor era cierto. Así que finalmente no puso ningún impedimento. Asintió y él la abrazó.

—¿Y cuándo empezaremos con las clases, laird?

Connor cogió su mano, le besó la palma, la bajó de la mesa y la empezó a guiar a la salida de la cocina.

—Pues ahora mismo, Raquel. Te voy a llevar a la alcoba, te voy a amar de nuevo y después, si nos quedan fuerzas, empezaremos con las clases de lengua.

Raquel se rio por el doble significado que implicaban esas palabras y salieron por la puerta. Empezaron a subir las escaleras y cuando llegaron arriba, unos gritos hicieron que los dos se giraran de golpe.

La puerta principal se abrió con un estruendo y un hombre enorme la atravesó.

Raquel notó como Connor se tensaba, apretaba su mano y gruñía.

Lo miró y el odio que destilaban sus ojos al mirar al desconocido la impactaron. Connor miraba a ese hombre con tanto rencor, que se le puso la piel de gallina y sintió como se le aceleraba el corazón.

Raquel miró a ese gigante, porque la verdad es que era inmenso y se fijó en su vestimenta. Llevaba una camisa negra, unos pantalones ceñidos a su cuerpo también negros de cuero y unas botas de la misma tonalidad. Lo miró a los ojos y se estremeció. Esa negra mirada estaba vacía, hueca... era una mirada carente de calidez y de... ¿alma?

«Pero ¿quién puñetas era aquel hombre?»

Empezó a caminar hasta ellos y cuando llegó a las escaleras, levantó la vista y la miró. Se percató de sus manos unidas, miró a Connor de nuevo, giró la cabeza y miró a su izquierda, lo que hizo que Raquel viera una horrenda cicatriz que atravesaba su cara desde la sien hasta la comisura de su boca.

Los miró de nuevo y estrechó su mirada.

—Vaya, primo. Nunca me hubiera imaginado que metieras a rameras en la casa de tu difunto padre y en el hogar de mi madre. Menuda falta de respeto ¿no te parece?

Raquel fue a hablar, pero Connor la rodeó por la cintura y la detuvo. Lo miró y él negó haciéndola entender que era mejor que no dijera nada.

—¿Querías decirme algo, mujer?

Raquel negó y ese hombre sonrió perversamente. Lo miró, la miró y al ver que no le retiraba la mirada porque no la amedrentaba en absoluto, él se empezó a reír.

—Connor, me da la impresión de que tienes entre tus manos a una mujer sin educación y totalmente indisciplinada. ¿Acaso no le has enseñado a tu puta que ante sus superiores tiene que bajar la cabeza y que la falta de respeto se castiga con unos buenos latigazos?

Ahí sí que no se pudo callar y, aunque Connor desde un principio le dijera que guardara silencio, lo enfrentó. Salió la leona que habitaba en su interior, la que no soportaba que la menospreciaran y dando un paso adelante, le contestó.

Capítulo 14

—¡¿Pero quién cojones se ha creído?! ¡Usted no me conoce de nada, imbécil! —Le increpó echado chispas por los ojos —. Entra aquí como si fuera Dios, me llama puta, me menosprecia, habla al laird —señaló a Connor—, con un deje de superioridad que no le consiento a nadie, ¿me escucha? ¡A nadie! Así que será mejor que coja su cara de... —

Connor le tapó la boca para que se callara, le rodeó la cintura y la atrajo hacia él. Raquel siguió soltando sapos y culebras por la boca al mismo tiempo que Connor retrocedía con ella sin dejarla hablar. Veía la cara de su primo y sabía que si no paraba la perorata de Raquel de golpe, se metería en grandes problemas. Ella no lo conocía, pero él sí, y sabía que ese hombre no tenía ningún problema en tomarse la justicia por su mano. Le daba igual si era hombre, mujer, o niño. Simplemente sacaba su *Claymore* y terminaba con el problema de inmediato. Era el diablo en persona, no tenía conciencia ni remordimientos y para evitar problemas, prefirió cortar por lo sano y llevarse a Raquel de allí y apartarla de su presencia.

Le dio la espalda a Bruce y la encaminó pasillo abajo. Raquel seguía moviéndose entre sus brazos intentando liberarse, pero Connor no la soltó.

Abrió la puerta de su alcoba y entraron. Cerró la puerta dando un portazo y la soltó.

—¡Que sea la última vez...!

—¡No, Raquel! ¡Se acabó! ¡Entiende una cosa de una vez, maldita sea! ¡No estás en tu época, sino en la mía, la mía! —le gritó para que se callara y lo escuchara de una vez —. ¡Aquí no se puede ir respondiendo a la gente a tu antojo! —Suspiró, inspiró hondo y se intentó calmar. Se dio cuenta de que estaba perdiendo los estribos y no era conveniente ya quería explicarle la situación tranquilamente y no a gritos, así que, la cogió de la mano, la sentó en la cama y él se situó a su lado —. Mira... —bajó el tono y le habló —. Mi primo no es una buena persona, Raquel, es el diablo. Si he hecho lo que he hecho, ha sido para evitarte problemas. Tú no lo conoces, pero yo sí. Solo te

diré, que si hubieses seguido por ese camino, hubieras acabado con su espada clavada en tu cuerpo en cualquier momento.

—Venga ya. ¿No estás exagerando un pelín?

Él simplemente negó. Le acarició la mejilla y Raquel la apoyó en su mano. Tenía que admitir que le encantaba sentir su calor, su tacto.

—Mira... Bruce es un mal hombre, temible a decir verdad y no confío en él, cielo.

—¿No? —Connor negó y se levantó de la cama. Empezó a dar vueltas por la habitación y Raquel se dio cuenta de que lo que le tenía que decir debía ser difícil para él.

—Bruce es el hijo bastardo de la hermana de mi padre.

Al ver la cara de Raquel en plan —no entiendo nada — Connor decidió ser más preciso.

—Cuando mi padre se casó con Mary, mi madre, él ya era el laird. Su primera mujer murió dos años antes de conocerla a causa de unas fiebres y, bueno, digamos que encontró a Mary, se enamoró y con el tiempo se casó con ella. El mismo día de las nupcias, mi tía apareció y pidió hablar con su hermano urgentemente. La cuestión fue, que mi tía estaba embarazada de un hombre que la abandonó en cuanto lo supo, y como comprenderás, eso era una deshonra y más para una mujer de su estatus. Una mujer que no estaba casada, embarazada... ya me entiendes. —Raquel afirmó ya que entendió perfectamente lo que quería decir —. Mi padre la quiso acoger, pero mi abuelo se negó. Él era un hombre de fuertes convicciones, y cuando se dio cuenta de que su hija había deshonrado el apellido McGillivray, la echó.

—Pobre mujer —susurró Raquel, a lo que Connor negó.

—No, cielo, no. No era una pobre mujer en absoluto. Mi tía juró vengarse y con el tiempo lo hizo... vaya si lo hizo —susurró Connor y Raquel se fijó en la mueca de dolor que puso.

—¿Qué pasó?

—Asesinó a mi padre.

—¿Qué!? ¿Tú tía mató a tu padre!?

—No, no mi tía. Fue Bruce. Juró ante su madre moribunda que se vengaría de la humillación que los McGillivray le habíamos inflingido y, con los años y mediante artimañas, mentiras y engaños, los cuales te contaré en otra ocasión... mientras mi padre dormía acabó con él. De eso hace casi diez años.

—¿Y cómo se supo que fue él el asesino?

—Pues porque se jactó de ello. Se puso delante de mí a la mañana

siguiente cuando se encontró el cuerpo sin vida de mi padre en su lecho. Me cogió y me susurró al oído que su venganza estaba cumplida. Que había cumplido con la última voluntad de su madre y así como me reveló eso, dio media vuelta, se fue y no volvió a aparecer por aquí... hasta hoy. ¿Y sabes que es lo que más me enerva de todo? —Raquel negó—. Que toda la culpa fue de mi abuelo y no de mi padre. Él quería cuidar de ella, darle cobijo, al contrario que mi abuelo. Pero como mi padre no pudo hacer nada por ella, ya que, aunque mi abuelo no fuera el laird en aquel entonces, Yebsta era su hija. Al final, Raquel mi padre acabó pagando el pecado de mi abuelo cuando realmente no tuvo ninguna culpa. El hecho de sentirse abandonada por su familia y repudiada, causó eso. Que se vengara a través de mi primo.

Raquel se levantó, se acercó a él y lo abrazó. Necesitaba darle consuelo, quería que supiera que no estaba solo, que la tenía a ella.

—Espera, déjame acabar con la historia. Siéntate, por favor.

Raquel lo llevó con él e hizo que se sentara a su lado. Le sujetó las manos y no se las soltó en ningún momento.

—Bien... —carraspeó—. Durante todos estos años, he estado escuchando historias acerca de Bruce. Historias aterradoras, historias que pondrían el vello de punta al más valiente de los hombres. Por eso te he forzado a callarte. Porque lo conozco, porque sé de lo que es capaz y porque sabiendo como es, estoy totalmente seguro de que ya te tiene en su punto de mira. Te hará daño, Raquel, lo sé.

—Entiendo tu preocupación, Connor, pero por favor, entiéndeme tú a mí. Sé que aquí, en este tiempo, como mujer se espera que siga las órdenes de vosotros los hombres, que las acepte enseguida. Se que tendría que bajar la cabeza y decir que sí a todo. Pero también tienes que entender, que al contrario que vuestras mujeres, las cuales no se saben defender ante el ataque de un hombre, mi caso es el contrario. Yo he sido entrenada desde la adolescencia para cuidar de mi misma, Connor. Me enseñaron a manejar toda clase de armas, defensa personal, sé esgrima, sé cómo actuar en combate, sé qué hacer y qué no en situaciones comprometidas. Te juro, que si tu primo me ataca, el que acabará mordiendo el polvo será él. Bueno... tú mismo has conocido parte de mis aptitudes, ¿no? —le explicó guiñándole el ojo.

—Raquel...

—¿Acaso no confías en mí? ¿No me crees capaz de defenderme?

—Uf, sí que te creo capaz, Raquel, sí que te veo. Pero entiende que el temor lo llevo dentro porque, en quien no confío es en Bruce. No sé por qué

está aquí, ignoro el por qué ha vuelto ni lo que pretende, cosa que averiguaré, desde luego. Pero lo que sí te pido, es que hasta que llegue ese momento te mantengas alejada de él. Más que nada para prevenir, por favor. No quiero que te pase nada si yo no estoy cerca de ti para cuidarte.

—Pero ya te he dicho...

—Sí, me lo has dicho, pero aun así, te pido que no te acerques a él. Prométemelo por favor. Prométeme que te mantendrás alejada de ese hombre.

Al ver la seriedad con que se lo pedía y el ruego en su mirada, a Raquel no le quedó más remedio que aceptar y se lo prometió.

Connor la abrazó y le susurró un «gracias» en el oído.

—Tú también tendrás cuidado, ¿verdad? Tampoco quiero que te pase nada, Connor, y más sabiendo como es. Desconfía siempre, ten ojos en la nuca, vigila constantemente tu espalda y no te quedes a solas con él. Si yo voy a tener que ir con cien ojos, tú también ¿ok?

—Aye.

—¿Qué?

—Te he dicho que sí, en mi lengua.

—Aps, vale.

Al ver la cara de circunstancias de Raquel, Connor sintió tal ternura en su interior, que no pudo resistirse y sujetando sus mejillas con ambas manos, la acercó a él y depositó un dulce beso en sus labios.

—¿Sabes? —Raquel cogió aire y soltó lo que llevaba dentro —. Estoy enamorada de ti, Connor —le dijo en castellano para que Connor no supiera qué le había dicho, ya que Raquel era consciente de que, aunque sus sentimientos hacia él eran muy intensos, demasiado a decir verdad, todavía no tenía valor para decírselo a la cara, ya que no sabía lo que él sentía por ella y no quería arriesgarse a que no sintiera lo mismo y sufrir una humillación.

—¿No me lo vas a traducir ahora tú?

Raquel simplemente negó.

—Un día te lo diré, Connor. Y el día que lo haga, será en gaélico.

Connor aceptó y la miró intensamente.

—Pues espero que no tardes mucho en decírmelo, la verdad, porque me has dejado con la intriga.

Raquel asintió y Connor se levantó. Se dirigió a la puerta y antes de salir la miró.

—Permanece aquí dentro hasta que venga a por ti, por favor. No bajas ni para comer. Haré que te manden una bandeja con comida en breve y te lo

contaré todo en cuanto sepa a que ha venido.

Raquel asintió y Connor salió de la alcoba.

Una vez fuera, se apoyó en ella y agachó la cabeza.

—A mí no me engañas, cielo. A mí no —susurró—. Puede que me hayas querido ocultar el significado de tus palabras usando tu idioma, pero tus ojos no han podido hacerlo. Solo con mirarme me he dado cuenta de lo que me has dicho, Raquel. Tus ojos son el espejo de tu alma y ellos no me engañarán nunca.

Connor empezó a caminar por el pasillo sonriendo, pero también sabiendo que su vida iba a dar un cambio radical. Algo dentro de él le decía que las cosas irían de mal en peor de ahora en adelante. Pero lo que tenía clarísimo, era que no se iba a dejar manejar por ese maldito hombre. El laird era él, y aunque se tuviera que dejar la vida, miraría por las personas que amaba y por su pueblo, antes de dejar que ese malnacido les hiciera daño a alguno de ellos.

Capítulo 15

En cuanto Connor atravesó las puertas del salón, se encontró a Bruce sentado como si estuviera en su casa, comiendo sin haber sido invitado y tirando los restos de comida que no quería al suelo. Pero lo que más le enervó, fue que estuviera utilizando el lugar que siempre le ha pertenecido al laird, en la cabecera de la mesa.

Ver eso llenó de rabia a Connor y se dirigió hacia allí hecho una furia. ¡¿Cómo tenía la maldita osadía de ocupar el lugar que un día fue de su padre?! ¡Malnacido, fuera!

—Levantaos ahora mismo de esa silla, Bruce. No tenéis ningún derecho a sentaros ahí.

—¿No? —le respondió sin mirarlo y siguió comiendo con una tranquilidad pasmosa—. ¿Y quién dice que este lugar no me pertenece, muchacho? ¿Tú?

Connor cerró los puños en sus costados y avanzó un paso.

—Mira... chico. Que haya estado ausente durante una década y haya dejado tranquilo a tu clan, es una cosa. Que te haya dejado dirigirlo es otra. Pero que me hables a mí, con esa falta de respeto, no se la voy a consentir a nadie... ni siquiera a ti por muy...laird que seas —contestó con un deje de desprecio al mencionar el título que ostentaba Connor como jefe de su clan.

Connor avanzó y se situó enfrente de él sin amedrentarse. Por dentro estaba de los nervios, ya que sabía que la persona que tenía enfrente era implacable e impetuosa y no te podías imaginar cual podía ser su reacción. Pero como laird, tenía que sacar valor y saber qué hacía ese maldito demonio en su casa y qué pretendía.

—Explicaos pues. ¿Qué demonios habéis venido a hacer a mi casa?

Bruce tiró de mala manera el trozo de carne que estaba comiendo sobre el plato, se limpió las manos con un trozo de tela y se levantó.

Avanzó hacia Connor y se puso delante de él.

En ese momento, el primero al mando de Connor atravesó las puertas de la fortaleza y al ver la tensa situación, se colocó detrás de él. No le gustó nada la

mirada de ese individuo. Era una mirada fría, dura, una mirada que pondría el vello de punta a cualquiera. Pero no a su amigo, no. Su mejor amigo y laird, le enfrentaba esa mirada con otra prácticamente igual y vio como no se dejaba amedrentar, cosa que lo enorgulleció.

Bruce se empezó a reír a carcajadas y le dio la espalda a Connor.

—Vaya, vaya... veo que tienes arrestos, primo. Se nota que eres un maldito McGillivray.

—Al igual que tú.

Fue decir esas cuatro palabras, y Bruce desenvainó su espada. Lo hizo tan rápidamente, que Connor no tuvo tiempo de reaccionar y ya la tenía con la punta clavándose en su cuello.

—¡Yo no soy un maldito McGillivray! —bramó soltando todo el desprecio que llevaba dentro de él—. ¡Renuncié a ese apellido al morir mi madre! ¡Un apellido maldito que solo nos trajo desgracias a ella y a mí durante toda nuestra maldita vida!

—Bruce...

—¡Silencio! —miró a Connor y lo mandó callar, importándole bien poco que fuera el laird. Envainó de nuevo su espada y con una dura mirada le hizo entender a Connor que no abriera la boca—. Nunca supe el apellido de mi padre, ya que fue un secreto que mi madre se llevó a la tumba... simplemente soy Bruce. Así que nunca vuelvas a poner ese apellido sobre mí, o por muy primo mío que seas te atravesaré con mi espada sin contemplaciones. ¿Te ha quedado claro!?

Connor no le respondió ni movió un músculo de su cara. Simplemente se le quedó mirando fijamente .

—¿Te ha quedado claro!? —le repitió a viva voz acercándose a él.

—¿A qué has venido? —preguntó sin responder la pregunta de su primo.

Bruce se cruzó de brazos y elevó una ceja. Miró a Connor de arriba abajo y se dio cuenta de que el enclenque chaval que dejó diez años atrás había desaparecido completamente.

Delante de él se encontraba un hombre. Un hombre con valor, con fuertes ideales y un hombre difícil de amedrentar. Un hombre que para desgracia suya se parecía demasiado al cabrón de su padre, el malnacido que hizo que su madre acabara convirtiéndose en una paria y no volviera a ser aceptada en ningún clan, lo que la hizo vivir siempre en soledad y morir de igual manera.

—¿Así que quieres saberlo? ¿Quieres realmente saber el motivo que me ha traído aquí? ¿Estás seguro... laird?

Y otra vez ese tono despectivo al decir su título. La verdad es que Connor ya se estaba empezando a cansar de la superioridad con que le hablaba ese maldito hombre.

—¿Crees que si no lo quisiera saber te lo habría preguntado?

Connor se cruzó de brazos y frunció el ceño. Adoptó una pose en la que daba a entender que estaba empezando a perder la paciencia, así que, para darle mayor énfasis, resopló y esperó.

Bruce le dio la espalda y volvió a sentarse de nuevo en el sillón del laird. Connor se tensó al ver la desfachatez de ese hombre pero no movió ni un músculo. No quería demostrarle que estaba perdiendo la paciencia, ni lo mucho que lo molestaba ver a ese estúpido arrogante sentado en el sillón de su padre.

—Pues bien. Será mejor que te sientes porque lo que te tengo que contar es muy importante.

Al ver que Connor no se movió ni un ápice, Bruce se empezó a enojar. ¡Menudo valor tenía ese hombre! Otro en su lugar, por el simple hecho de haberle mostrado ese pasotismo e indiferencia ya habría sido ensartado por su espada. Pero tenía que tener paciencia, muchísima paciencia si quería que sus planes salieran bien. De lo contrario...

—Bien, haz lo que quieras. Quédate en pie.-Dijo con indiferencia.

Connor sintió la mano de su mejor amigo en el hombro y un ligero apretón, con el cual le dio a entender que estaría a su lado pasara lo que pasara.

Connor cabeceó ligeramente para hacerle ver que sabía que estaba allí y esperó a que Bruce hablara de una maldita vez.

—Te vas a casar.

Esas cuatro palabras dejaron a Connor sin saber que decir ni cómo reaccionar. ¡¿Casarse?! ¡Estaba loco! Definitivamente su primo había perdido la cabeza. Casarse decía...

Al ver que su primo no decía nada y que se había quedado estático y mirándole como si no hubiera escuchado nada, Bruce se levantó de la silla y golpeó fuertemente la mesa con sus puños.

—¡Me has escuchado! —gritó fuera de sí—. ¡He dicho que te vas a casar!

Connor dio un paso y lo enfrentó.

—Claro que te he escuchado, Bruce. Te he oído perfectamente. Y si no te he contestado, ha sido porque no tengo nada que decirte. ¿Ya lo dicen no? A palabras necias, oídos sordos.

Connor vio como Bruce empezaba a enrojecer de la rabia que lo empezaba

a consumir, pero no se echó atrás. No cambió su expresión en ningún momento dándole a entender que no lo haría jamás.

¿Quién se creía que era para aparecer en su hogar y decirle como si tal cosa que se tenía que casar? ¡Menuda desfachatez la suya!

—Bien. ¿Esa es tu respuesta, primo? Una negativa, ¿verdad?

—Sí, Bruce. Una férrea negativa, quiero que eso te quede bien claro. Mi respuesta es y siempre será, no. Y no solo por el hecho de pedirme que me case con alguien a quién no conozco, sino por el simple hecho de que, además, me lo has ordenado como si fueras alguien, cosa que no eres. No eres nadie para mí, Bruce, nadie. Ni siquiera para mi clan. Solo eres un hombre que ha aparecido por aquí de improvviso, ordenando a su antojo, insultando, faltando al respeto, cosa que no consiento y...

—¡Ah! Ya veo... —cortó las palabras de Connor y lo miró de una manera que no le gustó nada—. Todo tiene que ver con la ramera que tienes ahí arriba, ¿verdad? —señaló con la cabeza hacia las escaleras y empezó a reírse a carcajadas—. Por favor, primo... no me digas que vas a permitir que tu clan caiga en desgracia por culpa de esa buscona que no tiene nada que ofrecerte.

—¡No te consiento!

—¡Sí! ¡Sí me consientes! ¡Y lo harás porque te tengo cogido por las pelotas, Connor!

Al escuchar eso, Connor dio un paso atrás y sintió como se le aceleró el corazón. ¿Qué quería decir?

—Si quieres que tu clan esté en paz, te casarás dentro de un mes con la hija del laird Munro.

¿Munro? ¿Con la hija del malnacido que intentó hacerle daño a Raquel días atrás? Ah no, eso sí que no. Lo llevaba claro si pensaba que accedería a esa locura. Y más sabiendo que no soportaba a esa bruja sin escoba. Esa insulsa mujer que lo miraba por encima del hombro cada vez que la veía, esa... estirada con voz chillona que lo despreciaba por el simple hecho de ser el clan que rivalizaba con el de su padre. No, nunca se casaría con esa arpía.

—Nunca —le dijo a su primo con toda la convicción que pudo—. ¿Me has escuchado? ¡Nunca me casaré con esa mujer! ¡Esa arpía no se convertirá en mi esposa!

—Bien. Pues no te cases. Así sabrás que, con esa decisión, acabas de condenar a tu clan a la penuria y a constantes batallas de las cuales serás solo tú el culpable.

—¿Qué has hecho? —preguntó entre dientes y se acercó un paso más a él

con la mano ya colocada en su espada.

—¿Yo? Nada importante, primo. —Se encogió de hombros y empezó a caminar por el salón—. Simplemente recorrer todas las tierras altas durante un tiempo, visitar a diferentes clanes, contar una historia que les convenía saber a tus enemigos, urdir un plan y reunir a un majestuoso y enorme ejército, que arremeterá contra ti y tu clan sino accedes a lo que te he dicho.

—Estas mintiendo.

—¿Yo? —se carcajeó y negó—. No primo, no miento. Verás... ¿te suenan de algo unas incursiones nocturnas en diferentes clanes? ¿Unos hurtos?

Sonrió de lado y esperó a que Connor se diera cuenta de por dónde iba.

—Si primo —le aseguró al ver la cara de sorpresa de Connor—. Fui yo. Bueno... la orden fue mía, mis hombres, los cuales he ido tomando bajo mi mando en todos estos años... renegados, por cierto... han sido los que han llevado las incursiones en todos los clanes, haciéndoles creer a todos ellos que tú clan es el causante de todos sus males. Y claro está... ¿cuál era la única manera de resarcirlos? Pues contrayendo nupcias con la hija del clan más poderoso de las highlands y haciendo que nazca un heredero. Un niño que llevará también sangre Munro y que en un futuro liderará este clan.

—Por encima de mi cadáver.

—Bien. Ya que esta es tu respuesta definitiva... quiero que sepas que en un mes estallará la guerra. Y creo que ya sabrás lo que pasará ¿verdad? Tu clan desaparecerá por completo de la faz de la tierra. El clan McGillivray dejará de existir y tus tierras serán Munro, ya que es el clan más próximo al tuyo. Y para igualmente cobrar la ofensa de no querer casarte con su hija, el laird también las acabará liderando. Y tú querido primo, acabarás muerto o desterrado. Eso ya se verá cuando haya acabado todo.

Connor estaba ardiendo de rabia por dentro. Ese malnacido lo había hecho bien. Si quería acabar con él tenía una perfecta baza a su favor. Maldita sea, sabía que se encontraba en una grave encrucijada. O se casaba y salvaba a su clan, o no lo hacía y lo llevaba a la destrucción. La respuesta era clara... sino quería ser egoísta tenía que casarse con esa maldita mujer, pero su corazón se negaba completamente a ello, ya que sabía, que, si hacía eso, perdería completamente a la mujer que realmente amaba y que lo esperaba en su alcoba.

Connor suspiró y con rabia e impotencia, dejó salir las palabras que sabía le hundirían la vida para siempre.

—Está bien, Bruce. Tú ganas. Me casaré con la hija del laird Munro en

dos semanas.

Bruce asintió enseñándole a Connor una sonrisa triunfal, y Connor después de ver eso, dio media vuelta y salió a grandes zancadas del salón.

—Vas listo si voy a dejar que le hagas eso, maldito hijo de la gran puta — susurró una persona que estaba escondida detrás de una esquina en el salón —. No sabes quién soy, no me conoces realmente, pero con lo que acabas de hacer, acabas de declararme la guerra, maldito cabrón.

Capítulo 16

Raquel se dirigió hacia las cocinas, e ignorando a las personas que había allí realizando sus tareas, salió por la puerta trasera que daba al patio. Vio que los hombres de Connor estaban entrenando como normalmente hacían, ajenos a lo que se había desarrollado en el interior del castillo. Los lugareños trabajaban en sus pequeñas parcelas de cultivos, los niños correteaban de un lado a otro jugando, otros perseguían a los animales y algunas madres gritaban llamándoles la atención.

Lo miró todo atentamente y vio que, a pesar de que vivían de una manera muy arcaica para lo que ella estaba acostumbrada, eran felices con la vida que llevaban. Una vida que se iría al garete por culpa del horrible hombre que estaba comiendo tranquilamente en el interior del castillo.

Pensó en qué podía hacer para ayudar a Connor. No podía permitir que ese indeseable lo chantajeara de esa manera. Connor era un buen hombre, un buen laird por lo que veía y su gente lo quería y lo admiraba. Sabía que, en caso de necesidad, esa gente daría su vida por él y él haría lo mismo a cambio, Raquel no lo dudaba, y más viendo el sacrificio que él había hecho por ellos. Pero ella no iba a consentir tal sacrificio. Algo le decía que, detrás de ese chantaje había algo más... pero, ¿el qué?

Raquel estaba dándole vueltas al asunto en su cabeza, cuando vio a lo lejos a Kirk, el mejor amigo de Connor y su segundo al mando. Era su mano derecha y sabía que Connor tenía su absoluta confianza. Se fijó cuando estaba escondida en como Kirk lo apoyó mientras Bruce le soltaba toda esa perorata y supo enseguida, que tenía que conseguir su ayuda. Ta vez, dos cabezas pensarán mejor que una y él podría echarle un cable. Así que, sin pensárselo, arrancó a andar hacia él.

Cuando estaba a pocos metros, lo llamó pero lo él no se giró. Se le veía meditabundo y metido en sus pensamientos, así que Raquel en cuanto lo tuvo a su alcance, le puso una mano en su hombro y Kirk al no esperárselo, se giró rápidamente con el puño levantado para atacar y cuando lo lanzó, Raquel se

agachó enseguida para evitar el golpe.

Kirk al ver a esa mujer, frunció el ceño y se enderezó.

—Uf, por poco —resopló Raquel y lo miró después de erguirse delante de él—. Menuda reacción, hombre. No llego a tener mis reflejos y me habrías partido la cara.

Al ver que Kirk no decía nada, Raquel se calló. Lo miró y la mirada de hastío que le dedicó a Raquel no le gustó nada. Pero sabía que, si quería ayudar a Connor tenía que aguantar la manera despectiva con que la miraba e intentar convencerlo.

—Mira... sé que no te caigo bien, Kirk. Y quiero disculparme por todos los problemas que te haya podido causar.

Raquel extendió su mano en señal de paz para que se la estrechara, pero Kirk siguió mirándola sin mover un solo músculo e ignoró su mano. Así que Raquel la volvió a bajar y carraspeó.

—Bien. Me da que lo voy a tener difícil contigo, ¿eh machote? —le sonrió intentando aligerar el ambiente, pero de nada sirvió—. Vamos hombre, échame un cable, por favor. Solo quiero ayudar a Connor, nada más. No quiero que ocurra nada de lo que ha dicho ese gilipollas y por eso he venido a buscarte. Necesito que me ayudes a evitar ese matrimonio.

Kirk la seguía mirando impertérrito y Raquel bufó. Se cruzó de brazos y frunció el ceño.

—¿Pero qué cojones te pasa? ¿Es que no quieres ayudar a tu amigo, hombre? ¿Acaso eres un cobarde y no me había dado cuenta?

Se ve que eso hizo reacción en él, porque Raquel vio como apretaba sus puños a sus costados y gruñía imperceptiblemente.

—Daos la vuelta, mujer y dejad de importunarme sino queréis que mi ira caiga sobre vos.

—Buenooo, así que tienes lengua. Ya era hora —le sonrió ampliamente y le guiñó un ojo.

—¡He dicho que me dejéis tranquilo! —le gritó pero ella no reaccionó a su exabrupto—. Tengo muchos problemas ahora mismo como para tener que aguantar vuestra lengua viperina.

¿Lengua viperina? —Pensó Raquel riéndose interiormente—. Si me conociera bien sabría lo que es realmente una lengua viperina. Lo miró y no se movió del sitio donde estaba.

—¿Entonces no me vas a ayudar? ¿No me vas a echar un cable con Connor para evitar esa boda y de paso mandar a tomar por culo a ese cabronazo que

hay ahí dentro? —preguntó Raquel señalando con la cabeza en dirección al castillo.

Kirk no la soportaba, lo sabía, pero mirándola detenidamente, vio en esa extraña e insufrible mujer algo que en el fondo, muy en el fondo, le gustaba. Algo que las mujeres que conocía carecían. Valor y tesón. Algo que tenían todos los hombres, pero de lo que carecía una mujer.

Siguió callado observándola y le hizo gracia la manera en que lo enfrentaba y tuteaba. La verdad es que nunca había escuchado a nadie esa manera tan peculiar de hablar. Esa confianza que demostraba, ese extraño vocabulario que utilizaba... todo hacía que le resultara una mujer muy extraña y de poca confianza. Pero después de escuchar como quería ayudar a su mejor amigo e impedir esa boda, algo dentro de él le hizo replantearse su opinión sobre ella.

Así que... tomando una fuerte inspiración, y sabiendo que quizás se arrepentiría en un futuro, decidió escucharla.

—Hablad —le dijo simple y llanamente—. Contadme vuestros planes, mujer.

—¿Yo? ¿Mis planes? —preguntó Raquel al ver que estaba dispuesta a escucharla, pero sin saber qué contestarle—. A ver, Kirk. Que aquí el que puede tener una ligera idea de que se podría hacer, eres tú. Yo te diría que cargárselo estaría el tema finiquitado, pero me da que sería una burrada hacer eso, ¿no?

—¿Cargárselo? ¿A dónde os lo queréis cargar, mujer? Ese hombre es demasiado pesado para vos para que lo carguéis ¿no os parece?

Al escuchar esas palabras, Raquel no lo pudo evitar y se echó a reír a carcajadas. La verdad es que si lo miraba desde el punto de vista de Kirk, cargárselo quería decir precisamente eso.

—Matarlo, Kirk, quería decir matarlo. ¿No crees que sería la perfecta solución a nuestros problemas? Una vez muerto el perro, adiós a los problemas. ¿Verdad?

Esa mujer estaba loca. ¿Quería matar al demonio? ¿Acaso había perdido la cabeza?

—No —respondió y negó con la cabeza—. Olvidaos de eso, mujer. Es demasiado peligroso y arriesgado. Os aseguro que es imposible matar a ese hombre. Al contrario, él es el que siempre ha acabado con la vida de quien lo ha desafiado. Siempre.

—¿Y? —Raquel se encogió de hombros y Kirk frunció el ceño sin entender

a qué se refería —. Tú lo has dicho, no yo. Hombres, Kirk, no has dicho mujeres y por si no te has dado cuenta, aquí hay una, y bien dispuesta a realizar el trabajo —le dijo señalándose de arriba abajo—. Por Connor mataría a un ejército yo sola, Kirk. Eso no lo dudes.

Kirk se quedó de piedra al escuchar esas palabras. ¿Pero es que esa mujer quería morir? ¿Ella pretendía matar a ese monstruo? Definitivamente había perdido la cabeza.

—Marchaos. Me acabáis de demostrar que no estáis en vuestros cabales, muchacha. Dejadme solo. Necesito pensar y me distraéis.

Cuando Kirk se giró para seguir caminando, Raquel lo detuvo agarrándolo por el brazo de nuevo y corrió a situarse frente a él.

—Sé lo que ha parecido, ¿vale? Sé que a tus ojos solo soy una simple e insulsa mujer que no vale nada. Y te entiendo, en serio. Es a lo que estáis acostumbrados por aquí. Pero por favor, Kirk, por favor —pidió con una inmensa súplica en su mirada —, déjame demostrarte de lo que soy capaz. Ponme a prueba si quieres, venga. Haré lo que sea para que te des cuenta de que soy perfectamente capaz de hacerlo. Por favor.

Al ver el valor y la seguridad con que esa mujer le pedía que la pusiera a prueba, no se lo pensó dos veces. ¿Quería eso? ¿Quería que la pusiera a prueba? Pues bien, lo haría. La dejaría por los suelos y le acabaría demostrando lo que siempre había pensado. Que no era más que una bravucona lengua larga que no tenía nada que hacer.

—Bien, seguidme —le dijo Kirk y empezó a caminar en dirección al bosque.

Se internó en él y después de unos minutos caminando, llegaron a un claro y se detuvo. Kirk desenvaino su espada y apuntó a Raquel. Al mirarla y ver la pasividad en ella, la tranquilidad que demostraba, se dio cuenta de que definitivamente esa mujer estaba mal de la cabeza.

—¿Y la mía? —preguntó Raquel a lo que él se quedó de piedra —. ¿No pretenderás que me defienda sin un arma verdad?

¿Así que eso quería? —pensó con diversión—. Pues bien, eso le daría.

Se agachó y sacó una daga de su bota. Se la tendió a Raquel y ella enarcó una ceja.

—Creo que no estás siendo justo, hombre. ¿Un espadón contra un cuchillito? ¿En serio? —le recriminó cruzándose de brazos, pero al ver que él seguía en sus trece, ella se encogió de hombros.

Se adelantó y cuando fue a coger el cuchillo, él lo retiró de su alcance.

Raquel se detuvo, lo miró y se dio cuenta de su estrategia. Realmente no la tomaba en serio y actuaba como si estuviera perdiendo el tiempo con ella. Así que, sin pensárselo, reaccionó a su desafío y actuó.

Se ladeó, levantó la pierna derecha y le dio una fuerte patada a la espada, haciendo que saliera disparada de su mano y acabara en el suelo a pocos metros. Seguidamente, y aprovechando su distracción, ya que Kirk no se esperaba eso, Raquel se adelantó, sujetó con dos manos la muñeca de Kirk, la dobló en una posición que sabía que le causaría daño y sin ningún esfuerzo, le arrebató la daga. Saltó hacia atrás, haciendo dos volteretas y acabó en el mismo lugar que estaba al principio. Cogió la daga por el filo, apuntó y la lanzó, clavándola en el tronco del árbol que había detrás de Kirk.

Cuando él se quiso dar cuenta de lo que había pasado, fue demasiado tarde. Esa mujer lo había desarmado por completo y apenas fue consciente de que lo había hecho. No le había hecho ningún daño, excepto en la muñeca, pero fue un dolor momentáneo. Le había quitado las dos armas utilizando unos movimientos totalmente desconocidos para él y lo había hecho muy rápido. Pero... ¿De dónde había salido esa... esa... valkiria?

—¿Cómo...?

Raquel levantó la mano y negó.

—Mira, sé lo que debes pensar, lo sé, en serio. Pero por ahora, no te puedo contar nada, Kirk. Solo te pido que confíes en mí aún sin conocerme, porque te aseguro... no, te juro... que solo quiero librar a Connor del embrollo en que está metido. Quiero ayudarlo, hombre. Solo deseo eso, nada más.

—¿Lo amas? —preguntó a lo que Raquel se quedó de piedra, ya que no se esperaba esa pregunta de su parte—. ¿Lo amaba? ¿Amaba a Connor? —se preguntó a sí misma, aun sabiendo cual era la respuesta.

Raquel lo miró y asintió.

Kirk la miró fijamente a los ojos y vio que ella era totalmente sincera con lo que le había dicho. Realmente esa muchacha amaba a su amigo. Así que, sin dudar, dio un paso hacia ella y extendió su mano sorprendiendo a Raquel con ese gesto. Y ella, mostrándole una inmensa sonrisa, la aceptó y se la estrecharon.

—Voy a confiar en ti, mujer. Pero te juro que como me falles...

—No te preocupes, Kirk. Haré todo lo que pueda para ayudar a Connor, evitar ese matrimonio y de paso, cargarme a ese imbécil que tenéis en el castillo comiendo como un puerco. Tienes mi palabra, te lo juro. Amo a ese

laird cabezota que tienes, Kirk, lo amo... y no consentiré que se tenga que sacrificar por nadie. Ni siquiera por mí.

Durante dos semanas estuvieron planeando qué hacer para evitar la boda de Connor con esa mujer, la cual según le había explicado Kirk días atrás, no era más que una mimada consentida que solo se preocupaba por ella. Era una mujer muy egoísta a la vez que terca. Tenía la mala costumbre de mirar a todo el mundo por encima del hombro, haciendo que todos se sintieran inferiores a ella.

Esos días en los que se estuvieron reuniendo en el bosque para entrenar, Raquel le enseñó a Kirk algunos movimientos básicos de defensa personal, y él a cambio, a manejar una espada utilizando ambas manos. Le costó muchísimo al principio utilizar una que Kirk le prestó, ya que era demasiado pesada para ella, pero poco a poco y medida que fueron pasando los días, empezó a manejarla con mayor facilidad y en varias ocasiones, él incluso acabó dándole la enhorabuena.

En esas dos semanas la amistad entre ellos fue creciendo y hoy por hoy estaban en un punto en el que ambos se trataban con una camaradería más propia de dos hombres que de un hombre y una mujer.

-Tengo que admitir que me sorprendes, Raquel. Haces movimientos con la espada que nunca había visto. ¿Dónde los has aprendido?

-Clases de esgrima. De adolescente di clases y bueno... aquí tienes los resultados.

-Pues dale la enhorabuena a tu maestro. Porque realmente son sorprendentes.

Raquel le dio un pequeño golpe en el bíceps con el puño y se agarró a su codo.

-Venga, volvamos al castillo. Estoy famélica.

Kirk se carcajeó y empezaron el camino de vuelta.

Capítulo 17

Connor se asomó por la ventana de su alcoba y echó un vistazo a todo lo que le rodeaba. Las montañas que se divisaban a lo lejos, altas, majestuosas, inalcanzables, unas montañas que a simple vista no eran gran cosa, pero que a él lo maravillaban. El contraste de estas junto al mar que rodeaba su castillo por el otro lado, hacían que amara el lugar donde vivía. Un lugar que peligraba por culpa de un salvaje y diabólico hombre que estaba actualmente en su hogar.

Bajó la vista y se fijó en las gentes de su clan. Todas eran personas que lo respetaban, personas que lo querían como laird, como jefe, y como protector. Connor sabía que todo lo que amaba podría desaparecer de un plumazo sino se sacrificaba, un sacrificio que estaba dispuesto a hacer por todos ellos. No quería que esa gente acabara en manos de su primo y mucho menos de la persona que más aborrecía actualmente, el laird Munro.

Ese hombre era perverso, vengativo. Tenía a su clan bajo un yugo de opresión y terror y Connor nunca permitiría que las pobres, humildes y excelentes personas que vivían con él acabaran en sus horrendas y maléficas manos.

En ese momento vio a Raquel salir de la espesura del bosque al lado de Kirk, su mejor amigo, y le extrañó mucho que ambos rieran. ¿Cuándo habían empezado a llevarse bien esos dos? Según recordaba, Kirk no la soportaba, por lo tanto, algo tenía que haber pasado que se diera tal cambio por parte de él.

Connor empezó a sentir como los celos aparecían, pero decidió no hacerles caso. Conocía muy bien a su amigo y sabía, que él no sería capaz de hacer nada que le causara daño. Aunque claro estaba, Kirk no tenía ni idea de los sentimientos que él tenía hacia Raquel.

Raquel... Cada vez que pensaba en ella un fuerte sentimiento de posesión se apoderaba de él. Connor ya la consideraba suya y sabía que ella también tenía fuertes sentimientos hacia él. Bueno... o eso pensaba. La verdad es que

después de la situación en la que se encontraba actualmente, lo que tenía muy claro era que tenía que averiguar que sentían exactamente el uno por el otro. Connor estaba seguro de que se estaba enamorando de ella, lo sentía en su interior. ¿Pero, qué sentía ella por él?

Esta misma mañana, al dejarla sola en su alcoba, creyó ver en su mirada y en las palabras que le dijo en su idioma que ella lo amaba. Palabras que le había repetido en varias ocasiones. Pero también tenía dudas de que hubiera sido solo un espejismo. Algo que él ansiaba que sucediera, pero que igualmente había podido malinterpretar.

Todas esas dudas hacían que Connor quisiera gritar de rabia. Iba a sacrificar su felicidad y su futuro por su clan, pero ante todo, por ella.

Solo pensar que alguno de esos horribles hombres podrían tener a Raquel a su alcance, hacían que su corazón latiera enloquecido por el miedo y la ansiedad. La conocía y sabía que ella, siendo como es y en caso de que sucediera algo, no se quedaría quieta ni callada, y siendo como eran esos dos, hacía que él temiera por ella, y mucho.

Volvió a fijar su vista en donde estaban antes y no los vio. Recorrió el patio para localizarlos, pero solo vio a Kirk desenvainando su espada preparándose para entrenar, pero a ella no la divisaba por ningún lado.

Estaba metido en sus pensamientos, cuando unos golpes en la puerta lo devolvieron al presente. Dio permiso para que entrara a quien fuera, pero lo que no se esperaba era que al abrirse la puerta, Raquel estuviera detrás ya que, en dos semanas apenas la había visto. Parecía que lo evitaba y no sabía realmente por qué.

Entró en la habitación y no le retiró la mirada en ningún momento. La miró de arriba abajo y se fijó en que llevaba un simple vestido de color verde claro, el cual se ceñía perfectamente a su silueta en los lugares adecuados, haciendo que sus senos y caderas resaltaran sobre la tela.

Notó como se le tensaba la ingle al mirar el escote que le hacía el corpiño. La blanca piel que asomaba, el tamaño, la suavidad que sabía que ese trozo de piel poseía, hicieron que su boca empezara a salivar. Se moría de ganas de acercarse a ella y enterrar su boca en ese trozo de piel. Quería abrazarla, besarla, hacerle el amor como si fuera la última vez. Quería poseerla por completo en cuerpo y alma. Pero tenía claro que ese sentimiento, podría ser

que no fuera recíproco.

—Hola

Connor la miró a los ojos en cuanto ella le habló y vio algo que nunca había visto en su mirada. Miedo.

—Hola —. Le respondió y apretó los puños—. ¿Puedo ayudarte en algo?

Raquel asintió y tomó aire. Connor vio que quería decirle algo, pero que no se decidía, cosa que le extrañó mucho, ya que ella era de las que no se guardaba nada dentro. Si tenía algo que decir, lo decía sin más.

—Bien, iré al grano, Connor. —Se adelantó dos pasos, elevó la barbilla y lo miró fijamente. Puso sus manos en la cintura y frunció el ceño—. Quiero que sepas que en cuanto tenga alguna posibilidad... —tomó aire de nuevo — mataré a tu primo. No consentiré que hagas semejante sacrificio, Connor. No dejaré que ese chantajista hijo de la gran puta, te obligue a hacer nada que no quieras hacer, y menos aún, algo tan sagrado como es el matrimonio.

Connor se quedó de piedra al escucharla decir todo eso. ¿Matar a su primo? ¿Ella? Pero... ¿cómo se había enterado de todo eso?

Entonces recordó que había estado con Kirk y que había sido él el que le había puesto sobre antecedentes.

—Veo que mi mejor amigo se ha ido de la lengua —la miro y la vio negar—. No lo niegues, Raquel. Él conocía la conversación que mantuvimos mi primo y yo porque estaba presente en ese momento. Y la verdad es que no tenía ningún derecho a decirte nada ya que eso me incumbía solo a mí.

—Te equivocas. Él no me ha dicho nada, Connor. Lo escuché todo de primera mano. Estaba oculta detrás de una pared y oí todo lo que ese gilipollas te dijo, todo. Por eso hablé con Kirk; fui yo la que fue tras él para pedirle ayuda, quería impedir que tuvieras que casarte con esa... ¿cómo la llamaste? ¡Ah, si! Arpía. Y por eso estoy aquí. Para comunicarte que no permitiremos ni él ni yo que tengas que hacer tal sacrificio por tu clan. Entre los dos planearemos algo para hacer desaparecer a tu primo de la faz de la tierra, de manera que así puedas librarte de ese odioso matrimonio.

—Un momento, un momento... ¿Me estás diciendo que, después de pedirte que no abandonarás tus aposentos, igualmente lo hiciste y te aventuraste a bajar aun sabiendo que la cosa podría acabar mal? ¿Me desobedeciste, Raquel?

Raquel se enderezó y sonrió. Simplemente se encogió de hombros y asintió.

—Vaya, y encima te hace gracia por lo que veo. Y dime..., nena, ¿qué te

impulsó a aventurarte y a desobedecerme?

¿Nena? Cuando Raquel escuchó esa manera de llamarla, casi despectivamente, se dio cuenta de que Connor estaba enfadado, muy enfadado. Y no por el «nena», sino por la manera en que se lo dijo.

—Te has enfadado ¿verdad? —le preguntó aun sabiendo que no se equivocaba, ya que Connor estaba echando chispas por los ojos. Sabía que temía por ella, sabía que había hecho mal, pero también sabía que tenía que hacerle entender, que ella, no era de las que se quedaba quieta y esperando a que llegaran los acontecimientos. No le gustaba que la pillaran por sorpresa. Siempre procuraba estar informada de todo, siempre, y se lo tenía que hacer entender de cualquier manera.

Raquel avanzó hasta él y le puso una mano en la mejilla. Se la acarició y lo miró, intentando hacerle entender con esa mirada, que adoraba que se preocupara, ya que eso significaba mucho para ella, pero que no tenía nada que hacer con respecto al tema de recibir órdenes.

Connor apoyó la mejilla en su palma, la acarició y suspiró. «Maldita seas, mujer, ¿cómo puedo negarme a ese ruego que he visto en tus preciosos ojos?» La había leído perfectamente. Raquel tenía una mirada muy expresiva, era muy fácil de leer y supo enseguida lo que le pedía. Libertad. No quería que la coartara con ninguna orden, ni que se impusiera sobre ella. Quería que la dejara tomar sus propias decisiones, cosa que le resultaba muy difícil y más aún sabiendo cómo era él. Una persona protectora en extremo con los que amaba. Y como la amaba a ella con delirio, pues...

¿La amaba? —se preguntó finalmente y se dio cuenta de que no había ningún tipo de duda ni de vacilación—. Sí, la amaba. Y sabía que si quería que ese sentimiento fuera recíproco, tenía que dejarle la libertad que tanto ansiaba. Pero... ¿a qué precio? ¿Poniendo en riesgo su vida? ¿Sería capaz de darle lo que ella necesitaba, sabiendo que podría morir sino actuaba con cautela? Porque precisamente ella era todo lo contrario. Era una mujer impetuosa, una mujer que actuaba por instinto. Era visceral, actuaba según sus sentimientos le ordenaban y eso, era muy peligroso, demasiado. Era literalmente hablando, una mujer indomable.

—¿Sabes que me pones de los nervios? —le dijo y ella se tensó—. Retiró su mano de su mejilla, pero él se la volvió a poner donde la tenía. Adoraba sentir la suavidad de su palma en su piel y no quería dejar de sentir tan placentera sensación—. No lo decía para incomodarte, Raquel. Es solo que tengo miedo. ¿Querías oírmelo decir? ¡Pues sí, tengo miedo! —le gritó entre

dientes—. Odio tener esa sensación aquí dentro, mujer —le recriminó poniendo su palma sobre el corazón—. No quiero estar cada minuto del día pensando en qué estarás haciendo cuando no esté a tu lado. Odio tener que estar temiendo constantemente y pensando en cómo estarás, si habrás hecho algo que te haya puesto en peligro. ¡No puedo! ¿me entiendes? ¡Es superior a mí! ¡Compréndeme de una maldita vez, Raquel! ¡Tengo miedo! Porque si te llegara a suceder algo yo... yo... —Connor negó y bajó la cabeza.

Raquel se quedó maravillada al escuchar esas palabras. Le había dicho que se preocupaba por ella y que la quería. No literalmente, pero la manera en que se las dijo, el tono que usó, el miedo que vio en su mirada, todo... le hizo ver que Connor la amaba aunque no se lo hubiera dicho directamente. Y ella también lo amaba, vaya si lo hacía. Y saber eso, saber que sus sentimientos eran correspondidos, fue lo que la hizo dar otro paso hacia él, levantarle la barbilla, mirarlo a los ojos, alzar su cabeza y depositar un dulce y tierno beso en sus labios. Un beso en el que intentó demostrarle, todo lo que sentía por él.

Al sentir los dulces labios de Raquel sobre los suyos, Connor no se pudo resistir, rodeo su cintura y la estrechó fuertemente contra él. Intensificó el beso, pasó su lengua sobre su labio inferior y escuchó como ella gemía. Aprovechó ese gemido para introducir su lengua en su interior y al sentir como ella se abandonaba a ese beso y se lo devolvía con la misma pasión e intensidad que hacía él, eso, fue su perdición.

Capítulo 18

Raquel no ser podía creer que se encontrara en esa tesitura. Creía que Connor estaría muy cabreado con ella, que le recriminaría su desobediencia. Y bueno, lo hizo, pero lo que a Raquel la sorprendió, fue que la entendiera con solo una mirada. Que entendiera que ella no era como las demás mujeres, que era una mujer que necesitaba involucrarse en sus problemas, que necesitaba ayudarlo. Y eso, le demostró que la conexión que había entre ellos, era más fuerte e intensa de lo que se había imaginado.

Cuando se acercó a Connor y lo besó, no sabía que él le devolvería el beso de una manera tan intensa. La besó como si la necesitara, como si hubiera esperado durante mucho tiempo sus besos. La besó como si hubiera estado sediento de ellos. Se abrazó fuertemente a él y pensó en todo lo que había sucedido antes de acabar devorándose mutuamente.

Raquel sabía que para ella, sentir sus besos y sus caricias, hacían que se derritiera entre sus brazos como si fuera mantequilla. Adoraba sus enormes manos y la manera en que la acariciaban. Unas manos que tenían la fuerza suficiente para derrotar al enemigo y ternura y suavidad para acariciarla a ella.

La verdad es, que nunca se hubiera imaginado que en esta arcaica e intensa época, acabaría enamorándose locamente de un maravilloso highlander. Un hombre lleno de fuerza y poder, de valentía y amor para con su pueblo... un hombre con un corazón de oro, el cual, deseaba poder atesorar algún día. Si, deseaba el gran corazón de Connor McGillivray y que él tuviera el suyo.

—¿Estás conmigo, Raquel?

Esa pregunta la sacó de sus pensamientos y lo miró. Le sonrió y al ver como la miraba, con esos preciosos ojos azul hielo demostrándole lo mucho que la amaba, Raquel no se pudo resistir y se lo dijo, abrió su corazón y aun sabiendo que se arriesgaba a que no le devolviera las palabras, hizo lo que su corazón le pedía.

—Te amo, Connor.

Connor se quedó estático y con los ojos abiertos como platos. ¿Lo amaba? ¿Había escuchado bien? Miró esos ojos pardos que tanto adoraba, buscando en ellos algo que le hiciera saber que no eran ciertas las palabras que había escuchado, pero no lo encontró. En esa preciosa mirada, la verdad que asomaba imperaba sobre cualquier duda. Así que, bajó sus labios a los suyos y esta vez, fue él el que empezó el beso.

La alzó entre sus brazos y caminó con ella hasta el lecho. Una vez allí se subió a él, se arrodillo y tumbó de espaldas a Raquel. Connor se situó entre sus piernas, las cuales Raquel abrió para hacerle sitio y empezó a besar todo su cuerpo de arriba abajo al mismo tiempo que iba deshaciéndose de las ropas de ambos.

Raquel gimió al sentir la boca de Connor en uno de sus pechos. La mezcla de placer dolor que sintió, al morderle ligeramente un pezón, hizo que se excitara más de lo que ya estaba. Lo necesitaba en su interior, y lo necesitaba ya. Así que rodeó sus caderas con las piernas y agarró su trasero con ambas manos. Un trasero que estaba duro como una piedra, un trasero que la volvía loca. Raquel empujó y levantó sus caderas, haciéndole entender lo que necesitaba y escuchó a Connor reírse.

—*¿A bheil feum agad air mo ghaol?*

—Sí, sea lo que sea que me hayas preguntado, es sí, Connor, sí —gimió cuando sintió la mano de Connor acariciar sus pliegues.

Raquel elevó sus caderas por la necesidad que sentía, ya no podía más.

—¡Joder, Connor, métemela ya! —gritó en castellano sin percatarse de que lo había hecho.

—No sé lo que me acabas de pedir, cariño, —le dijo riéndose por dentro por la mezcla que habían hecho con sus idiomas— pero haré lo que creo que necesitas. Tus jadeos, tus suspiros, el rubor de tus mejillas, todo... me grita que quieres que me entierre en ti. Y no te voy a decepcionar, cariño. No lo haré.

Y sin pensárselo, ya que Connor sabía por la humedad de su sexo que estaba preparada, colocó su verga en su entrada y la penetró de un firme y seco empellón, lo que hizo que Raquel gritara su nombre al mismo tiempo que arqueaba su cuerpo y echaba la cabeza hacia atrás.

Connor se sujetó sobre sus codos, y empezó un vaivén lento al principio, pero a medida que sentía como ella lo iba apretando más y más con su interior, supo que le faltaba poco. Así que bajó su mano a su clítoris y lo empezó a acariciar con movimientos firmes y cada vez más rápidos, hasta que Raquel lo

absorbió por completo y lo estrechó de tal manera, que Connor no pudo aguantar más su clímax y después de escuchar el fuerte grito que soltó Raquel, tres empellones potentes después, la siguió el con un rugido que haría temblar a un león.

Connor cayó sobre ella y sintió el corazón de Raquel latir alocadamente, al igual que lo hacía el suyo. Nunca, en sus treinta y un años de vida, había sentido tal placer y conexión con ninguna otra mujer. Nunca. Y eso lo hacía saber que ella, era la mujer que había tanto tiempo esperado y con la que quería compartir el resto de su vida. Ella era su destino, su alma gemela. Un alma, que, desgraciadamente había nacido muchos siglos en el futuro y que ahora y por circunstancias del destino, se encontraba entre sus brazos.

—Yo también te amo, Raquel. *Bidh gaol agam ort gu bràth*.

Al escuchar esas palabras, Raquel lo abrazó y le besó en el centro de su corazón. Un corazón que sabía que le pertenecía a ella, igual que el de ella le pertenecía a él.

—Me gusta cómo ha sonado, Connor. Por favor, dime que significa.

Connor la miró y sujetó sus mejillas con ambas manos.

—Te amaré eternamente, Raquel. Eso significa.

Raquel no lo pudo evitar y dejó caer una solitaria lágrima por su mejilla, la cual Connor retiró con un beso.

—*Bidh gaol agam ort gu bràth*, Connor. —le repitió lentamente—. Pase lo que pase, y esté donde esté. Sea aquí entre tus brazos, o donde el tiempo me lleve. Te amo y siempre te amaré. Mi alma y corazón siempre serán tuyos pase lo que pase.

—Pase lo que pase —repitió él.

Connor la besó intensamente y entre caricias, dulces palabras de amor y risas, volvieron a amarse nuevamente durante toda la noche y finalmente cayeron rendidos, cuando el sol estaba asomando en el horizonte.

Raquel y Connor se encontraban abrazados, acariciaban sus cuerpos desnudos y sudorosos después de una nueva ronda, la cual los había dejado totalmente extenuados. Raquel había perdido la cuenta de las veces que habían hecho el amor y de la cantidad de orgasmos que ese maravilloso hombre le había dado. Lo que tenía claro, era que nunca en toda su vida, había experimentado tanto placer como el que había sentido entre sus fuertes y

tiernos brazos.

—¿Sabes? He tenido una idea, cariño. Creo que sé cómo podríamos averiguar si hay alguna manera de que vuelvas a tu tiempo y si la hay, evitarla.

Raquel se incorporó y lo miró.

—¿Me estás diciendo que no quieres que me vaya?

—¿Pero, qué clase de pregunta es esa, mujer!? —le preguntó frunciendo el ceño—. Te he declarado mi amor, te he dicho lo mucho que te amo, ¿y tú me preguntas si quiero que te vayas? Maldita sea, Raquel, ¡por supuesto que no quiero que te vayas! Te quiero a mi lado el resto de mi vida. Quiero que seas mi mujer, la madre de mis hijos. ¿Acaso has dudado en algún momento de mis sentimientos hacia ti durante estas horas que hemos estado juntos? ¿He hecho algo que haya planteado dudas en esa cabecita tan complicada que tienes?

Raquel negó y suspiró.

Quedarse en esa época para siempre junto a él. ¿Realmente quería eso? ¿Quería dejar atrás su antigua vida? ¿Su trabajo?

Lo pensó detenidamente y se dio cuenta de que realmente le daba igual, porque sabía que, si volvía a su tiempo, cosa que no quería en absoluto, perdería a Connor para siempre y eso, era algo que no podría superar. El volver a su tiempo sabiendo que el amor de su vida llevaría siglos muerto y enterrado. Además, la situación ahora mismo era muy complicada y tenía que hacer algo para evitar el horrible destino que le deparaba al hombre que amaba con toda su alma.

—No, Connor. Le he dado vueltas al tema y realmente no quiero regresar a mi tiempo. Puede que esta no sea mi época. Puede que me cueste muchísimo habituarme a ella, ya que estáis faltos, muy faltos a decir verdad, de cosas que echaré en falta y que utilizaba en mi día a día. Pero me conozco y sé que tarde o temprano terminaré adaptándome. Y más aún, sabiendo que a mi lado tendré a un maravilloso guerrero highlander, que me dará todo el amor que tiene en su inmenso corazón, el mismo amor que yo siento por él. Así que, sí, Connor, me quedaré aquí, junto a ti, para siempre. Y si para lograrlo tengo que comerme un cerdo crudo, ten por seguro que lo haré. Incluso me comeré ese plato horrible que me pusieron delante el primer día que llegué. Ese que atufaba de mala manera y que por poco hizo que me dieran arcadas.

Connor se puso a reír al recordar ese día y el asco que le dieron a Raquel los *haggis* en cuanto le pusieron el plato delante.

—No hace falta que hagas nada de eso, muchacha. Nunca te pediría tal sacrificio —le dijo riéndose a carcajadas al ver como ella se enfurruñaba y se

cruzaba de brazos —. Simplemente iremos a ver a la curandera o hechicera del clan, cielo. Si hay alguien que nos pueda echar una mano, será ella.

—¿Hechicera? ¿Tenéis una bruja? —preguntó Raquel, y sintió un escalofrío recorriendo todo su cuerpo.

—Tranquila, cielo. No es una bruja —la abrazó al ver como se ponía lívida y la besó en la coronilla—. Solo es una mujer que sabe de hierbas, y pocas cosas más. Pero es muy muy inteligente e intuitiva. Tiene algo que hace que muchas personas de mi pueblo vayan a ella a por consejo y siempre, siempre, hace que todo salga bien.

Raquel le dio vueltas a lo de una mujer bruja, y se dijo que no tenía nada que temer, por mucho «yuyu» que le produjera la idea. Connor estaría a su lado y no permitiría que le pasara nada malo. Nunca. Eso lo tenía más que claro. Así que tomando valor, aceptó.

—Bien, iré. Vayamos a conocer a tu hechicera. Pero con una condición, Connor. No quiero que te separes de mi lado bajo ningún concepto ¿me lo prometes?

—Raquel, ¿acaso tienes miedo? ¿Es eso?

Ella simplemente se encogió de hombros.

—Como me dejes sola, te aviso, Connor... — colocó su dedo índice en su pecho y le dio pequeños golpes con cada palabra que pronunció— porque si lo haces, conocerás a una mujer totalmente cabreada, cielo. Y no te gustará conocer mi lado oscuro de la fuerza. Solo te diré que Darth Vader, parecerá el osito de Mimosín a mi lado. ¿Entendido?

Connor la miró en plan «no entiendo nada de lo que me has dicho» y la abrazó. «¿Darth Vader? No sé por qué, pero me da la impresión de que ese tipo no me gustaría un pelo».

Capítulo 19

Bien entrada el alba, Raquel y Connor empezaron a dirigirse a la linde del bosque donde se encontraba situada la cabaña de Finoa, la hechicera del clan.

Desde que era bien pequeño, esa mujer le causó mucha curiosidad. Y no porque se mantuviera apartada de su gente, sino por las habladurías que escuchaba por su parte. Que si hacía magia negra, que hablaba con el diablo, que sus conocimientos no eran para hacer el bien, y mil y una tonterías más. Pero a medida que fue creciendo, Connor vio como esa pobre mujer, ayudando a las personas que estaban desesperadas y haciendo que sus malestares, enfermedades, incluso nacimientos, todo, acabara con éxito... se fue ganando su confianza y acabo siendo indispensable para ellos.

La verdad es que él nunca fue un hombre supersticioso. Sabía que si actuabas con honradez y tratabas con respeto a las personas y hacías el bien, tu alma estaría tranquila y podrías descansar bien por las noches. Por ese motivo, siempre procuró ser una buena persona y un buen y justo laird para con los de su clan.

Raquel carraspeó y eso lo sacó de sus pensamientos.

—Estás muy callado. ¿Va todo bien?

Cogió su mano y entrelazó sus dedos con los suyos.

—Por supuesto que sí, *mo bheatha*. Todo bien —le sonrió.

—Me encanta el gaélico, ¿sabes? Suena muy dulce a mis oídos. Ojalá pueda lograr aprenderlo poco a poco y, con el tiempo, poder llegar a hablarlo, o por lo menos entenderlo —se carcajeó.

Connor se sintió orgulloso de ella. El saber que la mujer que amaba con toda su alma quería aprender su lengua, hacía que se le hinchara el pecho de felicidad.

—Igualmente, cielo. Me encantaría aprender tu idioma para así poder entender lo que dicen esos hombres que cantan por tu extraño aparato. ¿Qué por cierto..., cómo se llamaba?

—MP4 —le contestó y le guiño un ojo—. Me da la impresión de que ese

aparato te ha conquistado, ¿no?

Connor rio y asintió.

—La verdad es que disfruto mucho escuchando música por ese artefacto. Me relaja.

—Pues te aconsejo que no le metas mucha caña, cariño, no sea que se quede sin batería y se te acabe el chollo.

«¿Meterle caña? ¿Chollo? Me da que esas expresiones las voy a tener que aprender también porque no he entendido que me ha querido decir con todo eso».

Siguieron caminando unos minutos más, hasta que un ruido a su espalda, el cual sonó como si se partiera una ramita hizo que los dos se giraran al momento y miraran a su alrededor.

Connor escuchó atentamente por si podía ubicar la dirección de donde había venido ese sonido por si se volvía a escuchar, o por el contrario, a la persona que parecía seguirlos. Pero después de unos minutos de no escuchar nada más, reinició la marcha, pero estuvo bien atento por si surgía cualquier eventualidad.

Raquel, sin embargo, estaba nerviosa y Connor lo veía por su actitud. Miraba a su alrededor constantemente, le apretaba la mano con un fuerte agarre y estaba tensa, muy tensa.

—¿Qué te inquieta? —le pasó un brazo por los hombros y la atrajo hacia él.

—Nada.

Al ver como ella miraba al suelo y no lo miraba a los ojos, se dio cuenta de que no era nada en absoluto.

—No me mientas, por favor y dime que te aflige, Raquel.

Ella suspiró y se detuvo.

—Verás..., es que no sé qué pensar de todo esto, Connor.

—¿De qué exactamente?

—De todo... de la situación en la que estamos, de lo que va a pasar en unos minutos con esa mujer y si todo va a ir bien en unos días... Hay demasiadas incógnitas, Connor, demasiados problemas, problemas gordos, a decir verdad y no estoy acostumbrada a eso. Estoy acostumbrada a tenerlo todo listo y planificado hasta el último detalle. Y la verdad... es que el saber a dónde nos dirigimos ahora, me llena de aprensión.

Connor entendió perfectamente a qué se refería con tenerlo todo bien controlado, ya que a él le pasaba exactamente lo mismo. Como laird, tenía que estar al día de todo lo que pasaba en sus tierras, de todo. Y por ese motivo no

le extrañaba la inquietud de Raquel.

—Mira —señaló una pequeña cabaña a unos cincuenta metros de donde estaban— allí es.

Raquel se detuvo y Connor se fijó en como miraba con desconfianza a su alrededor.

—No sé...

—Raquel, mírame.

Ella levantó sus preciosos ojos pardos hacia él y Connor sintió como le latía acelerado el corazón ya que esos ojos lo miraban con amor.

—Nunca, ¿me oyes? Nunca haría nada que te pusiera en peligro, cariño, nunca. Eso quiero que lo tengas muy claro. Sabes que te amo, sabes que deseo tener un futuro contigo, sabes que te quiero a mi lado para siempre. Así que... ¿crees realmente que si supiera que esta visita podría hacerte más mal que bien, habría accedido a hacerla?

Raquel negó y Connor la abrazó fuertemente. En parte para calmarla y darle ánimos y a parte porque lo necesitaba. Necesitaba sentir su tibio, dulce y suave cuerpo pegado a él en ese momento.

La sintió relajarse contra él y sonrió. La verdad es que a pesar de ser dos personas totalmente distintas, Connor sabía que ellos dos se entenderían a la perfección, ya que él era un líder y necesitaba a su lado a alguien tan fuerte como él para que lo acompañara. Y sabía que, Raquel era esa persona, era la mujer que tanto tiempo había estado ansiando y esperando.

Cuando se percató de que Raquel se había calmado, se pusieron nuevamente en marcha y cuando llegaron a la puerta, Connor llamó.

Pocos segundos después, una mujer de unos ochenta años, o eso aparentaba a simple vista, apareció ante ellos dos, y al ver a Connor le sonrió y lo abrazó.

—Mi pequeño, ¿cómo has estado? Hace mucho que no te pasabas por aquí, muchacho. ¿Ha pasado algo malo, dragoncillo?

Raquel al escuchar ese apelativo sonrió y bajó la cabeza. Connor sintió en su agarre como ella se estaba aguantando la risa por el apelativo que le había puesto Finoa y se prometió que cuando estuvieran a solas se lo haría pagar; pero de una manera muy muy placentera para ambos.

—Hola Finoa — la besó en la coronilla y estrechó su abrazo.

Raquel vio como esa pequeña mujer desaparecía entre los brazos de su amado gigantón y le hizo gracia, ya que apenas le llegaba al hombro.

—¿Tienes un momento? Necesitaría hablar contigo sobre un tema algo

urgente.

Connor vio como Finoa miraba a Raquel de arriba abajo y luego intensamente a los ojos.

—Ya veo... —susurró y les hizo un ademán con la mano para que la siguieran.

Raquel carraspeó y Connor la besó en la mejilla.

—Tranquila, ¿vale?

Ella asintió y entró junto a él, sin soltarle la mano en ningún momento.

Ella sabía que, si la veía cualquiera, a simple vista pensaría que era una cobarde. Pero lo que nadie sabía, era que ella a las cosas esotéricas, y de ese tipo les tenía un poco de grima. Bueno..., mucha, a decir verdad.

—Sentaos —les ofreció Finoa a ambos y ellos lo hicieron.

Finoa se quedó de pie enfrentándolos y volvió a mirar a Raquel a los ojos, la cual, al ver su intensa y negra mirada, hizo que los retirara inmediatamente y los bajara.

—No hagas eso, niña. Entiendo tu reticencia para conmigo, de verdad que sí. Pero te aseguro que no tienes nada que temer, ¿de acuerdo? Solo estoy intentando averiguar una cosa, pequeña, nada más.

—¿Y por qué no me lo pregunta directamente?

Raquel se tapó la boca con la mano, al ver que las palabras que había pensado salían de sus labios sin haberse dado cuenta, pero al ver como esa anciana se echaba a reír, se relajó.

—Vaya, dragoncillo. Me da que tenemos a un buen ejemplar. Me gusta, tiene valor.

Raquel carraspeo y se disculpó, a lo que Finoa hizo un movimiento con la mano quitándole importancia.

—Bien, mi niño, dime... quieres saber qué pasará finalmente con los planes que tu primo tiene para ti y con ella, ¿verdad?

Connor asintió y Finoa se sentó, cogió la mano derecha de ambos y la puso con sus palmas hacia arriba.

Al ver eso, Raquel sintió enseguida como le desaparecía el miedo y la aprensión que llevaba poseyéndola toda la mañana. «¿Leer las palmas? Venga ya. Esto sí que no me lo trago, señora» —pensó sabiendo que todo sería una pérdida completa de tiempo.

—Bueno, bueno... vienes de muy muy lejos, niña. Demasiado lejos, diría yo —corroboró Finoa y la miró.

Al escuchar eso, Raquel se irguió y puso sus cinco sentidos en esa anciana.

La vio trazar las líneas de su mano con su arrugado y un poco deforme dedo índice y fruncir el ceño. Seguidamente, agarró la mano de Connor, lo miró a los ojos, volvió a mirar su mano, y suspiró.

—Esto es muy muy raro, muchachos. Mucho.

—¿Qué quieres decir, Finoa? —preguntó Connor.

Ella se encogió de hombros, se recostó en el respaldo de su silla y se cruzó de brazos sin apartar la mirada de las palmas de ambos, intercambiando la mirada de una a otra cada poco tiempo.

—A ver como os lo explico. Sé que ella no es de aquí, sino del futuro. También sé que es tu destino, Connor, es tu alma gemela, tu pareja destinada por los dioses, pero...

Connor sonrió al empezar a escuchar esas palabras, pero al escuchar ese último «pero», su sonrisa desapareció y se irguió en la silla. Intercambió una preocupada mirada con Raquel, a la cual se la veía también preocupada y carraspeó.

—¿Pero?... —le preguntó esta vez Raquel.

Capítulo 20

No os lo puedo confirmar. Hay... algo. Os veo juntos, pero también separados. No os lo puedo explicar, muchachos —negó con una mirada preocupada cogiendo las manos de ambos.

Finoa levantó la cabeza de golpe y miró hacia la puerta. Entrecerró los ojos y dejó caer los hombros.

—¿Qué pasa? —preguntó Connor al ver su mirada.

Miró por última vez su palma y la soltó con un suspiro, negó y volvió a fijar su mirada en la puerta.

—Os tenéis que ir ahora mismo. Han llegado al castillo gentes del clan del laird Munro.

Connor se levantó de golpe de la silla, dejándola caer con un fuerte estruendo y Raquel se levantó también.

—Finoa... —rogó Raquel con temor.

—No os preocupéis por nada, muchachos. Solo os puedo decir una cosa que me ha quedado clara y es que la boda con la hija del laird no se celebrará. Es lo que veo después lo que no tengo claro. No veo vuestro destino definido. A parte del inmenso amor que os tenéis... y de que sois almas destinadas... no veo nada más. Lo siento muchachos; lo siento mucho.

Raquel forzó una sonrisa y miró a Connor. Él la abrazó y depositó un beso en su sien.

—No te preocupes, cielo, no te preocupes. Todo se arreglará, ¿de acuerdo? Me ocuparé de ello. Nada en este mundo nos separará, te lo juro.

Raquel asintió sin separarse de su abrazo, el cual necesitaba como el aire para respirar y suspiró.

Connor la separó lentamente de él, la sujetó por las mejillas y dejó en sus labios un dulce beso. Un beso en el que depositó todo su amor y devoción por ella.

—Marchad, por favor. Idos, o llegaréis tarde.

Raquel y Connor se despidieron de Finoa. Ambos la abrazaron con cariño

y salieron por la puerta.

—Que los dioses os protejan muchachos –susurró y se sentó en la silla con un deje de agotamiento—. Te esperaré, Connor. No te preocupes muchacho, que aquí estaré cuando me necesites.

En cuanto Raquel y Connor atravesaron la estancia principal se quedaron de piedra por el jaleo que había allí organizado.

Hombres del clan Munro estaban sentados en la mesa del salón y su primo y el laird del clan enemigo bebían y comían a su antojo. Su primo, como no, estaba sentado en la silla que le pertenecía a él como laird y estaba riéndose de algo que Murdock, le estaba contando.

Sus propios hombres, incluido Kirk, su mejor amigo, estaban apartados en una pared, como si hubieran sido echados de la mesa y dejados aparte.

Connor, al ver esa situación apretó los puños y dio un paso al frente, pero Raquel al darse cuenta de sus intenciones, lo detuvo cogiéndole del brazo.

—Cálmate, cielo. No solucionarás nada enfrentándote a ellos ahora mismo.

—Pero ¿no ves lo que está pasando aquí? Mi maldito primo y mi enemigo acérrimo se han hecho con mi casa, Raquel. ¿Cómo puedes pedirme que me calme?

—Maldita sea, fíjate en lo que te rodea, hombre –susurró entre dientes—. Estás rodeado de enemigos, Connor, os ganan por mayoría. Es cierto que no hay derecho, en eso te doy la razón; pero has de mantener la mente fría y pensar en lo que realmente te conviene, cariño... no en lo que tienes realmente ganas de hacer. Piensa que si actúas sin pensar, y te dejas guiar por tus sentimientos, ahora mismo os derrotarían a todos, tus hombres morirían y tu clan sufriría. ¿Quieres eso?

Connor negó y suspiró.

—Síguelos la corriente, Connor. Por mucha rabia que te dé, aunque tengas ganas de saltar al cuello de esos dos cabrones, aguanta por tu gente, cielo. Aguanta... Ya llegará tu oportunidad, tu momento. Pero este, Connor... este no es.

—¡Hombre, primo! –gritó Bruce a lo que Raquel y Connor miraron en su dirección— ¡Al fin apareces! ¿Dónde te habías metido? Tenemos invitados muy importantes, como puedes ver. Venga, venga, —hizo un ademán con su

mano hacia Raquel mirándola para que se marchara— despide a tu puta y únete a nosotros. En pocas horas llegará tu prometida y tenemos que comer juntos y celebrarlo.

Raquel apretó la mano de Connor y dio un paso al frente, pero Connor a ver sus intenciones la frenó rápidamente sujetándola por la cintura.

—Tranquila, fiero —susurró—. Recuerda lo que me has dicho hace nada. Aguanta y no te precipites.

—Te juro que... -dijo entre dientes.

—Lo sé —susurró y la apretó más contra él —te entiendo. Vamos. Juntos.

Connor la cogió de la mano, se acercaron con sus manos entrelazadas a la mesa y al verlo, Bruce frunció el ceño y el laird Munro se tensó.

—¿Primo? —preguntó Bruce —¿Me puedes explicar qué significa esto? — señaló sus manos.

—Eso mismo quisiera saber yo —afirmó Murdock Munro al ver que el hombre que tenía que casarse con su hija aparecía sujetando la mano de esa mujerzuela y luego la rodeaba por la cintura. Y precisamente la mujer que no podía soportar. La mujer que se había reído de él y que había jurado hacérselo pagar.

Connor y Raquel se colocaron al final de la mesa y los enfrentaron. Raquel miró a Kirk y le guiñó un ojo, a lo que él simplemente asintió.

Connor se fijó en ese intercambio y disimuló. No quería que esos dos cabrones, —como los llamaba Raquel—, se percataran de que sus hombres, aun estando retirados, los apoyaban completamente.

—Muy mal, primo, muy mal —negó Bruce y chasqueo la lengua—. ¿Por qué no me has hecho caso y has enviado a esa mujerzuela a su alcoba? ¿Acaso me estás retando?

Connor negó completamente serio, colocó a Raquel delante de él, la rodeó con sus brazos y la apoyó contra él.

—¿Sabes, primo? —Contestó Connor —. Una cosa es que me impongas una boda que no deseo, que tenga que estar forzado a aguantar tu presencia, la cual me asquea, por cierto. También tengo que aguantar la presencia de mi enemigo en mi casa por tu culpa, cosa que no me queda más remedio que aceptar. Pero lo que no te voy a consentir bajo ningún concepto, y quiero que te quede muy muy claro... es que insultes y menosprecies a la mujer que amo más que a mi vida.

Raquel lo miró, abrió los ojos como platos asustada y negó imperceptiblemente.

Connor supo que la había fastidiado bien en cuanto dijo eso, ya que había dado a conocer a sus enemigos su mayor debilidad, ella. Pero era tal la rabia que llevaba encima, que no pudo aguantar y se le soltó la lengua.

En cuanto vio la sonrisa de suficiencia de Murdock Munro, como si él se hubiera dado cuenta de su fallo, lo miró con el ceño fruncido sin apartarle la mirada incitándolo a que dijera algo, pero el laird, al contrario de lo que Connor esperaba se recostó apoyando la espalda en el respaldo, sonrió ampliamente y se cruzó de brazos.

—Ya veo —dijo Bruce y se levantó de su sillón.

Se empezó a pasear por el salón con las manos en la espalda y la mirada elevada.

Parecía que estaba pensando, dándole vueltas a algo y el silencio sepulcral que había a su alrededor, hicieron que Raquel se empezara a poner más nerviosa de lo que ya estaba.

—Han llegado a mis oídos, por cierto... comentarios algo inquietantes acerca de tu... —carraspeó— mujer. Comentarios que la verdad me gustaría que ella me corroborara para saber si son ciertos o simples habladurías.

Al escuchar eso Raquel y Connor se miraron y ella luego miró a Kirk, el cual negó. Eso le hizo saber que él no había dicho nada que la comprometiera.

—Decidme, mujer... ¿es cierto que manejaís la espada como si fuerais un hombre? Qué sabéis pelear y defenderos y que cuando lo hacéis... utilizáis movimientos... ¿Cómo podría denominarlos? ¿Especiales? ¿Nunca vistos?

Raquel se quedó totalmente inerte y callada. Iba listo si creía que le contestaría a esa pregunta. A él no le importaba nada saber de lo que ella era capaz. Y si de ella dependía, nunca lo sabría.

Bruce se giró y la miró.

—¿No me vais a contestar? —preguntó a Raquel y se dirigió hacia ella.

Raquel negó y se enderezó al ver que Bruce se acercaba.

Connor hizo ademán de colocarla detrás de él, pero ella no se lo permitió.

—¿No? —preguntó de nuevo Bruce y ella negó nuevamente.

Bruce se empezó a reír a carcajadas y se encogió de hombros. Se dirigió hacia la pared donde estaban situados los hombres de Connor, sacó su espada rápidamente y la ensartó en el estómago de un hombre que estaba a la derecha de Kirk.

Después de ese movimiento y de ver como el hombre caía muerto a sus pies, Connor soltó a Raquel y se dirigió hacia su primo totalmente lleno de rabia y enajenado, ya con la mano en el mango de su espada y dispuesto a

desenfundarla. Pero Bruce, al ver a Connor ir hacia él, colocó su *Claymore* en el cuello de Kirk y apretó levemente, lo que originó que se formara una pequeña herida y esta empezara a sangrar. Ver eso, hizo que Connor se detuviera en el acto.

—¡Basta! —gritó Raquel al ver como ese demonio no se iba a detener hasta que ella le respondiera.

—¡Sí! ¿De acuerdo? ¡Sí! —gritó y se acercó a él pasando por al lado de Connor, el cual no tuvo tiempo de detenerla y se situó a poca distancia de ese cabrón—. ¡Todo es cierto! ¡Las habladurías que has escuchado sobre mí son todas verdaderas! ¿De acuerdo? ¿Te ha quedado claro, maldito hijo de siete madres? —continuó gritándole llena de ira y echando chispas por los ojos, lo que causó que Bruce se empezara a reír a carcajadas.

—Yo de ti controlaría a esta... mujer —le dijo a Connor mirándola con desprecio.

—No tengo que controlarla, Bruce. Yo no soy quién para controlarla.

—¿Ah no? ¿Y se puede saber por qué?

—Pues porque soy incontrolable, pedazo de mamón. Soy indomable.

Capítulo 21

Con que indomable, ¿eh?

Raquel simplemente afirmó y se cruzó de brazos.

Bruce se acarició la barbilla pensativo sin apartar su mirada en ningún momento de ella. Tenía que admitir, que esa extraña mujer tenía mucho valor, más incluso del que tenía alguno de sus hombres.

Se fijó en como ella no le apartaba la mirada en ningún momento, es más, se la mantenía, y eso lo sacó totalmente de quicio. Tenía que deshacerse de esa mujerzuela si quería que sus futuros planes se hicieran realidad y después de ver su comportamiento, se le pasó una excelente idea por la cabeza.

—Muy bien –se adelantó un paso y la enfrentó –Te reto, mujer. Te reto a una pelea a vida o muerte –vio como ella dio un respingo y enseguida se recuperó. Volvió a poner su máscara de indiferencia y colocó las manos en sus caderas.

—¡No! –gritó Connor detrás de ellos.—¡No lo hagas, Raquel! ¡No te lo voy a permitir!

Raquel ignoró las palabras de Connor y siguió mirando a ese monstruo.

—¿Una pelea a vida o muerte? ¿Y qué pasará si yo gano?

Bruce se empezó a reír y le siguieron todos sus hombres.

—Veo que tienes mucha fe en ti, mujer. Pero no me conoces en absoluto. Nunca me han derrotado en una pelea, muchacha, y te aseguro que tú no serás la primera en hacerlo.

Raquel sonrió y miró a Kirk, el cual estaba con el ceño fruncido. Al ver como él negaba imperceptiblemente, Raquel desvió la mirada y volvió a mirar a Bruce.

—Claro que tengo fe en mí, capullo. Y mucha. Tú tampoco me conoces, no sabes de lo que soy capaz. Solo has escuchado habladurías sobre mí, y te aseguro que eso son nimiedades al lado de lo que realmente puedo hacer. ¿Quieres una pelea? Bien, la tendrás. Tú solo di hora y lugar y allí estaré.

—Mañana al alba, en cuanto salga el sol, en el patio del castillo donde los

hombres entrenan. Será mejor que te vayas despidiendo de tu amante, mujer, porque te aseguro que esta noche será la última vez que tus ojos vean su horrenda cara.

Raquel se puso a reír y se colocó al lado de Connor, el cual estaba más tenso que la cuerda de un arco.

—Digamos más bien que la horrenda cara que dejaré de ver mañana será la tuya, imbécil. —¡Ah! Y si gano, quiero que el laird de pacotilla que está ahí sentado comiendo como un cerdo se vaya de este castillo y no se le ocurra volver nunca más. Y cuando digo que se vaya él, incluyo también a la arpía de su hija. Que por cierto, me han dicho que cuando abre la boca y habla, su tono de voz hace que te duelan los oídos... ¿Será verdad? — dijo señalando al laird Munro con la cabeza, el cual al escuchar esas palabras dejó de comer instantáneamente, se levantó como un resorte de la silla y desenvainó su espada.

—¡Quieto! —grito Bruce mirando a Munro—. No te exaltes, hombre. Mañana por la mañana, en cuanto esta puta haya muerto se celebrará la boda con tu hija, descuida. Incluso te dejaré que le insertes tu espada en la parte del cuerpo que quieras una vez tenga su cadáver a mis pies.

—Hecho —dijo Munro con una sonrisa de suficiencia y se volvió a sentar—. También quiero un pedazo de esa mujerzuela ensartado en mi espada.

—Mañana al alba. Recuérdalo, mujer. Más te vale aparecer, o de lo contrario, las gentes de este clan, todas, pagarán por tu cobardía.

—Lo mismo te digo, inútil fanfarrón.

En el momento en que Bruce se dio la vuelta y se dirigió de nuevo a su mesa, Connor agarró la mano de Raquel y la sacó del salón a rastras.

Raquel tuvo casi que correr para poder seguir su ritmo y en cuanto vio que se dirigía a las escaleras que daba a las habitaciones, supo que le iba a caer una buena bronca. Pero la verdad es que le daba igual. Ella sabía porque iba a pelear, y le pesara a quién le pesara, no pensaba cambiar de opinión, y más sabiendo lo que había en juego. Además, Finoa les dijo que la boda no se iba a celebrar, por tanto, eso le dio a entender a Raquel que ella iba a ser finalmente la ganadora de la pelea.

Connor entró en la habitación con Raquel detrás y cerró la puerta de un portazo. Soltó su mano, y la miró a los ojos. Raquel también lo hizo, pero al

ver que no decía ni hacía nada, es más, no movía ni un solo músculo de su cara, supuso que estaba realmente cabreado, o que no sabía cómo empezar a echarle la bronca.

—No lo hagas –susurró él—. Por favor, Raquel no lo hagas.

Raquel no se esperó esas palabras por su parte. Bueno... las palabras sí, pero no precisamente susurradas y soltadas con tanto... ¿miedo?

Si, miedo es lo que vio en sus facciones. Un miedo atroz a perderla y eso hizo que ella corriera a sus brazos.

Connor la abrazó con todas sus fuerzas y Raquel escuchó como le decía «no lo hagas, no lo hagas, no lo hagas» y estrechaba más su abrazo cada vez que se lo decía.

Raquel se separó lentamente de él y lo miró a los ojos.

—Connor, te entiendo, créeme que te entiendo perfectamente. Pero tengo que hacerlo.

Él empezó a negar y ella levantó la mano deteniéndolo.

—Sí, Connor, sí. Tengo que hacerlo. Y no solo por ti, sino también por las gentes de tu clan. Sabes que tu primo no es buena persona, sabes que su aparición repentina es por algo, cielo, y no es por nada bueno. Tengo un pálpito y siempre me he fiado de ellos, ya que en muchas ocasiones me han salvado la vida. Por favor, cielo, por favor..., confía en mí y en mis aptitudes. Solo te pido eso.

Connor se sentó en la cama y colocó ambas manos en su pelo y lo peinó hacia atrás. Raquel se sentó a su lado y le cogió la mano.

—Sabes que confío en ti. Lo sabes. Es en él en quien no confío, Raquel. Tengo la impresión de que algo saldrá mal y de que te perderé. ¿Me entiendes? ¡Tengo miedo, maldita sea! Yo también tengo esos pálpitos de los que hablas y tampoco me han fallado.

Raquel cogió la cara de Connor entre sus manos e hizo que la mirara. Se fijó en sus brillantes y preciosos ojos azules y en el amor que había en ellos. Su mirada se lo decía todo. Que la amaba más que a su propia vida y que temía perderla por encima de todo.

—Claro que te entiendo, Connor. La verdad es que yo también tengo miedo, y mucho. Pero sé que eso hará que mantenga todos mis sentidos alerta y al cien por cien. No pienso ir confiada a esa pelea, al contrario... iré esperando lo inesperado y sé que eso me ayudará. Además, sabes que poseo conocimientos que ningún hombre de tu época conoce. ¿No crees que eso será un gran punto a mi favor?

Connor suspiró y ella le guiñó un ojo y sonrió.

—Solo te pido que tengas muchísimo cuidado, solo eso. Si te pierdo, Raquel... si algo te llegara a suceder... yo... yo...

Connor negó, se levantó y se dirigió a la ventana. Suspiró hondo y apoyó la cabeza contra la piedra.

—¿Por qué no aprovechamos las horas que nos quedan en lugar de estar haciendo suposiciones de lo que pasará o lo que no? Creo que sería mejor que te pasaras toda la noche haciéndome el amor, a que estuvieras mirando el paisaje de esa ventana por muy bonito que sea, ¿no te parece?

Connor se giró rápidamente y la mirada llena de fuego y ansia hizo que a Raquel se le pusiera la piel de gallina y se le erizara todo el vello del cuerpo.

Se acercó a ella, como un depredador lo haría al intentar cazar a su presa, y cuando la tuvo delante la sujetó de la cintura, la levantó y la lanzó en la cama, haciendo que ella rebotara sobre el colchón y se echara a reír a carcajadas.

—Te voy a dar una noche que no olvidarás en toda tu vida, cariño. Te lo garantizo —se lamió los labios mientras se acercaba a la cama y empezaba a quitarse el *kilt*.

—Aquí te espero, mi highlander —se incorporó y empezó a quitarse también su vestido—. Hazlo. Haz que nunca la olvide.

A la mañana siguiente, cuando el alba empezaba a despuntar en el horizonte, Raquel abrió los ojos y sintió los brazos de Connor rodeándola. La tenía abrazada contra él y tenía su cabeza en su pecho. En esa postura, podía escuchar perfectamente el rítmico latido de su corazón; un corazón que sabía latía por ella, al igual que el de ella latía por él.

Se fijó en los tenues rayos de luz que se filtraban por la ventana y supo que tenía que levantarse y prepararse para lo que se le venía encima. Tenía una pelea que ganar y si no iba con mucho cuidado, también mucho que perder.

Salió poco a poco de la cama, intentando no despertar a Connor y se empezó a vestir. Pero no lo hizo con el vestido que llevaba siempre, sino que se puso unos *leggings* negros que cogió de dentro de su petate, una camiseta negra de tirantes, la cual se le ceñía al cuerpo y las botas de su uniforme.

Se peinó y se hizo una cola de caballo bien alta, la cual se acabó trenzando y cuando estuvo lista suspiró.

Sabía que tenía que despedirse de Connor, lo sabía perfectamente, pero el tener que mirarlo a los ojos y decirle adiós era demasiado para ella. No tenía valor de decirle esa palabra, y más sabiendo que quizás no saliera con vida de ese combate.

La duda de saber que, tal vez, ese momento en que lo estaba mirando dormir tranquilamente, fuera la última vez que lo viera, hizo que tomara la determinación de coger lápiz y papel y escribirle una carta; una carta en la que depositaría en palabras todos sus sentimientos.

Así que se sentó en el baúl que había a los pies de la cama, abrió su libreta y empezó a escribir.

Una vez terminada la carta en la que volcó todos lo que sentía, y alguna lágrima mientras le abría a Connor su alma, finalmente la dobló y la dejó sobre el baúl.

Abrió la puerta intentando no hacer ningún ruido, echó una última mirada a la persona que amaba más que a su propia vida y después de un bajo y susurrado —adiós—, Raquel salió y cerró la puerta.

Cuando llegó al patio de entrenamiento, se sorprendió al ver la cantidad de personas que había allí. Se podría decir que estaba prácticamente todo el clan de Connor en un lado y los del laird Munro en el otro, dejando un amplio espacio en el centro para ella y Bruce, el cual por cierto, ya estaba allí esperándola espada en mano.

Raquel inspiró profundamente y pensó en todo lo que le habían enseñado durante los años de entrenamiento. Como actuar, cuando mantener la calma, cuándo cómo y en qué momento atacar y sobre todo, que técnica y movimiento utilizar. Incluso recordó en los movimientos que le enseñó Kirk cuando practicó con él.

Miró a su alrededor mientras se iba acercando a su ponente y vio a Kirk en primera fila. Le sonrió y él le devolvió el gesto poniendo su mano derecha sobre su corazón e inclinó la cabeza en señal de respeto, cosa que a Raquel, en el fondo la emocionó.

—¡Señora! ¡Señora Raquel!

Se detuvo al escuchar su nombre y vio a un anciano acercarse casi corriendo hacia ella. En cuanto lo tuvo delante, el hombre le ofreció una espada. Ella la miró sin saber qué hacer y el anciano carraspeó.

—La ha hecho esta noche mi hijo para vos, mi señora. Todo el clan se ha enterado de la pelea que habría entre usted y ese demonio; así que... bueno, pensamos que tal vez le haría falta para poder defenderse, ya que no sabíamos si ya disponía de una.

Raquel la cogió con mucho cuidado de sus manos y se fijó en las preciosas filigranas que llevaba el mango.

—Está hecha para que una mujer fuerte como usted pueda utilizarla fácilmente. Mi hijo tiene muy buena mano para fabricarlas, y... —carraspeó—, bueno... que espero que le vaya bien y que le traiga suerte.

Raquel se emocionó y abrazó al anciano.

—Muchas gracias, gracias de corazón, señor —susurró en su oído y lo besó en la mejilla, haciendo que el pobre hombre se sonrojara y saliera corriendo de la misma manera que había llegado.

Miró detenidamente la espada, la sopesó entre sus manos y realizó unos cuantos movimientos con ella para ver si estaba debidamente equilibrada. Cuando estuvo satisfecha y vio que podría manejarla perfectamente, miró a las gentes del clan McGillivray e hizo una inclinación de cabeza a modo de saludo. Seguidamente, fijó su mirada en su oponente y se acercó a él, hasta quedar a una distancia que ella encontró adecuada.

—Vaya, vaya... me has sorprendido. Creía que no aparecerías, mujer.

—Pues ya ves que sí. Como puedes ver, yo tengo honor. ¿Podrías decir tú lo mismo, Bruce?

Al ver que él fruncía el ceño, Raquel sonrió interiormente.

—¿Tienes algo más que decirme? ¿Necesitas fanfarronear un poco más delante de esta gente y aparentar lo machote que eres? Porque me da la impresión de que estás perdiendo el tiempo a propósito y estás intentando retrasar lo inevitable.

Bruce se puso a reír y apoyó la punta de su *Claymore* en el suelo.

—Vaya, se ve que tienes prisa por morir —. Proclamó haciendo que las gentes del laird Munro se empezaran a reír.

—Te equivocas —negó— sí que tengo prisa, pero no por morir precisamente. Lo que pasa es que me has sacado de una cama muy calentita y tengo ganas de volver a ella, ya que he dejado a un hombre increíble durmiendo y tengo que volver a su lado antes de que despierte.

Al ver la desfachatez de esa mujer, Bruce no se lo pensó dos veces, levantó la espada con las dos manos encima de su cabeza, avanzó unos pasos y la lanzó en vertical contra Raquel.

Pero ella, que ya conocía perfectamente ese movimiento, en lugar de pararlo con su espada, cosa que hubiera sido un error, ya que ese mandoble caía con mucha fuerza, lo único que hizo fue apartarse a un lado y así como Bruce se dobló hacia delante y la punta de la espada tocó el suelo, Raquel lanzó la suya haciendo un perfecta cinta y le cortó el tendón trasero de la rodilla derecha.

Bruce gritó por el dolor que le causó y se incorporó de golpe. Pero cuando apoyó su pie en el suelo y vio que la pierna no le respondía, se agachó. Apoyó la rodilla izquierda en el suelo y extendió la derecha.

Raquel escuchó los vítores de los McGillivray y las quejas y abucheos por parte de los demás.

—Qué pasa, gallito... ¿Ya te has cansado? ¿Te he hecho pu...

Raquel gritó al sentir un fuerte dolor en su muslo izquierdo y cuando bajó la mirada vio una daga clavada en él. La sujetó por la empuñadura, pero al percatarse del color negruzco de la sangre que le manchaba las manos, supo que si retiraba la daga se desangraría enseguida, ya que parecía que había cortado una arteria importante.

Raquel se enderezó, agarró la espada con ambas manos, e intentó evadirse del brutal dolor que sentía. Inspiró hondo, espiró lentamente y en cuanto Bruce se puso en pie se preparó.

—¿Decías algo, mujer? Creo que te has quedado a medias en una palabra... ¿cuál era? —preguntó empuñando también su espada con ambas manos.

Esta vez fue Raquel la que empezó el ataque realizando perfectos movimientos de esgrima. Sabía que tenía que mantener en su mayor parte el peso en su pierna buena, ya que la otra apenas podía moverla y se alegró al ver que con cada mandoble que daba, su oponente iba retrocediendo a la pata coja. Se ve que las clases que recibió de pequeña junto con las de Kirk al final le fueron de utilidad y agradeció mentalmente a los dos por ello.

Raquel se agachó como pudo al ver que la espada le iba directa a la cabeza y se inclinó hacia atrás realizando un perfecto arco, y en cuanto se enderezó soltó la espada, apoyó las manos en el suelo e hizo un barrido con su pierna buena a los pies de Bruce, causándole a ella un intenso dolor por haber apoyado el peso de su pierna herida para realizar ese movimiento. Apretó los dientes intentando no gritar y esperó.

Bruce intentó saltar para esquivar ese pie pero le fue imposible, y finalmente cayó sentado cuan largo era, cosa que Raquel aprovechó. Recogió

la espada y se enderezó enseguida, corrió cojeando los pasos que le separaban de su oponente con la máxima rapidez que su pierna herida le permitió y lanzó una patada lateral, la cual impactó en su nariz haciendo que se le rompiera, ya que el crack se escuchó perfectamente en cuanto el pie de Raquel impactó en su objetivo.

Bruce gritó y se tumbó en el suelo sujetándose la nariz con ambas manos. Raquel vio como la sangre se filtraba de entre sus dedos y sonrió sabiéndose victoriosa. Colocó la punta de su espada en su cuello y apretó, causándole un corte del que empezó a manar un poco de sangre, haciendo que se deslizara por ambos lados de su cuello.

—¿Te suena de algo, Kirk?! –gritó Raquel—. ¡Este corte es en tu honor! ¡Le devuelvo a este cabrón herida por herida!

El clan entero empezó a vitorearla porque sabían que Raquel había ganado la pelea y Raquel, feliz al ver que había conseguido su objetivo, sonrió.

—¿Te rindes?

Bruce no contestó y la miró con odio. Un odio tan inmenso que hubiera hecho temblar a cualquiera, pero no a ella.

Raquel levantó una ceja al ver que no respondía, así que levantó la pierna buena y aun sintiendo un horrible dolor en la otra, la colocó encima de sus pelotas y apretó, haciendo que Bruce gimiera en alto.

—¡Repito! ¿Te rindes?! –grito bien alto para que ambos bandos la oyeran bien.

—¡Raquel, cuidado!

Levantó la cabeza al escuchar ese grito y vio a Connor con cara de terror correr hacia ella y señalando hacia su espalda. En cuanto se giró y perdió la concentración, supo que había cometido un terrible error, ya que así como vio que una espada era lanzada y se insertaba en el estómago del laird Munro, el cual estaba a pocos metros de ella espada en mano intentando cogerla desprevenida... un horrible dolor hizo que gritara, soltara la espada y mirara hacia abajo.

Vio como el mango dorado de una daga sobresalía de su estómago haciendo que sus fuerzas desaparecieran de golpe. Miro a Bruce y vio su siniestra sonrisa de satisfacción y sus dientes manchados de sangre. Gimió audiblemente, trastabilló hacia atrás y al sentir como sus rodillas ya no la sostenían se dejó llevar por la debilidad y segundos después, sintió un fuerte golpe en la espalda. Se dio cuenta de que estaba tumbada boca arriba ya que ante ella se mostraba un precioso e intenso cielo azul libre de nubes.

Escuchó en la lejanía un fuerte y agónico grito. Un grito de dolor que supo perfectamente a quién pertenecía. Y el saber que él sufría por su culpa, termino de desgarrarle totalmente el corazón.

Capítulo 22

En cuanto Connor se despertó y no vio a Raquel a su lado se levantó de golpe de la cama y se empezó a vestir lo más rápido que pudo. Miró la claridad que se asomaba por debajo del tapiz que cubría la ventana y su corazón empezó a galopar violentamente ya que supo que la pelea ya habría empezado. Solo esperaba no llegar demasiado tarde ya que algo dentro de él le decía que la cosa no iba bien. En cuanto estuvo vestido salió corriendo y al descender las escaleras y ver que el salón estaba totalmente vacío y que ni un alma estaba en el interior del castillo, supo que sus sospechas eran correctas. La pelea ya estaba en marcha y él no estaba al lado de la mujer que amaba más que a su propia vida para apoyarla.

Pero lo que no entendía, era porqué ella no lo había despertado.

Dejó de pensar en eso y corrió. Atravesó la puerta de la cocina, salió al patio y la multitud que había le impidió ver que estaba ocurriendo en el interior de ese círculo que se había formado.

Se hizo paso a empujones y en cuanto estuvo en primera fila y se fijó en la dantesca escena que tenía delante de él, sintió como su sangre se congelaba en sus venas.

Raquel estaba gravemente herida, tenía una daga clavada en el muslo, la cual sangraba abundantemente y cojeaba. Vio como intentaba disimular el dolor que le causaba poniendo una pose seria en su cara, pero sus ojos no lo engañaron, ya que en ellos podía leer lo mal que lo estaba pasando por el dolor que la herida le estaba infringiendo. Pero el saber que ella intentada disimular ese dolor, le hizo ver que se había enamorado de una auténtica guerrera. Una mujer que en la antigüedad bien hubiera podido ser una valquiria. Y eso era ella para él, su valquiria.

Connor sonrió al ver como Raquel ponía el pie encima del miembro de su primo, apretaba y le gritaba a Kirk unas palabras que hicieron que se sintiera muy orgulloso de ella. Pero esa alegría desapareció de su cara en cuanto vio al laird Munro correr hacia ella con la espada desenvainada. Connor puso su

mano en su cintura para desenvainar la suya, y maldijo interiormente al darse cuenta de que con las prisas se había olvidado completamente de ponérsela.

Solo le dio tiempo de correr hacia ella y gritar lo más fuerte que pudo — ¡Raquel cuidado! —antes de que una espada pasara volando por detrás de ella y se clavara en todo el centro del tórax del laird. Espada que vio que fue lanzada por Kirk en cuanto miró en esa dirección.

Dio un paso hacia su mejor amigo, cuando un fuerte gemido lo distrajo. Giró de golpe su cuerpo en cuanto reconoció la voz de quién lo había dado y cuando vio como Raquel trastabillaba hacia atrás y caía desmadejada y de espaldas al suelo con una daga clavada en su estómago, Connor se paralizó.

El terror por lo que veía y la caída de su amada, la cual se repetía una y otra vez en su cabeza, hizo que no pudiera reaccionar. Hasta que los gritos y maldiciones de la gente que lo rodeaba hicieron que saliera de ese trance en el que se encontraba y con un agónico y fuerte grito de rabia, finalmente, Connor corrió a su encuentro.

Pasó de largo a su primo, el cual se encontraba sentado y, en cuanto llegó a Raquel se arrodilló a su lado, le inclinó ligeramente la espalda y pasó con mucha delicadeza su brazo por detrás.

Escuchó como gemía a causa del dolor y en cuanto la tuvo acomodada en su regazo la miró a los ojos.

—No. No, no, no. Raquel mi amor no te vayas, no te atrevas a dejarme — susurró mientras la mecía suavemente entre sus brazos —No me abandones por favor.

Apoyó su frente sobre la de ella y vio como sus lágrimas caían sobre ella. Al verlas se sorprendió, ya que la última que lloró fue por la rabia que sintió al averiguar que su primo fue el causante de la muerte de su padre.

Lo miró al recordar ese día y la rabia empezó a recorrerle de arriba abajo por completo.

Dejó a Raquel con mucha delicadeza de nuevo en el suelo y levantó la mirada al ver unos pies a su lado. Kirk le miraba con una pena y rabia inmensas, un dolor que casi se podía comparar al de él, y Connor asintió.

Así como se levantó después de depositar un suave beso en los labios de Raquel, Kirk ocupó su lugar, la cogió por la muñeca para comprobar el pulso y afirmó. Eso le hizo comprender a Connor que aún permanecía con vida, pero sabía por la gravedad de la herida que no sería por mucho tiempo.

Se encaminó donde estaba tirada la espada de Raquel, la cogió y avanzó a grandes pasos hacia su primo, el cual al verlo llegar intentó incorporarse, pero

a causa de la herida de su pierna derecha le fue del todo imposible.

—¡Muérete de una maldita vez, cabrón!

Lo miró a los ojos y al ver por primera vez pánico en su mirada, Connor se sintió pletórico por dentro. Levantó la espada con ambas manos y con un rápido, seco y fuerte mandoble, cercenó la cabeza de su primo haciendo que esta rodara alejándose de él. Al mismo tiempo el cuerpo decapitado de Bruce cayó de espaldas al suelo y Connor suspiró del alivio que sintió, al ver que su pesadilla al fin había terminado.

Escuchó el silencio que lo rodeaba y miró a su alrededor a toda la gente de su clan y vio en ellos diferentes expresiones. Alegría, pena, sorpresa, rabia... pero lo que más le sorprendió, fue el ver como un niño se acercaba a él. Se fijó bien y lo reconoció como el niño que habló con Raquel el mismo día que ella despertó.

Al llegar y situarse delante de él, el niño simplemente le hizo una inclinación de cabeza y se arrodilló a sus pies. Poco después lo fueron haciendo uno por uno las gentes de su clan, hasta que no quedó ni uno solo en pie.

Connor se emocionó al ver la lealtad que le demostró su pueblo y después de una inclinación de cabeza se giró y se dirigió a los miembros del clan Munro, los cuales estaban alrededor de su fallecido laird.

—Lleváoslo de mis tierras inmediatamente. No quiero volver a ver los colores de vuestro clan cerca de los míos, ni cerca de la frontera de mis tierras jamás, ¿os ha quedado claro? —les dijo mirándolos seriamente—. Como alguno de vosotros tenga la desfachatez de acercarse a un solo miembro del clan McGillivray, será ejecutado de inmediato. ¡Os aviso para lo tengáis en cuenta! ¡No tendré misericordia con ningún miembro del clan Munro a partir de ahora!

Los Munro asintieron, recogieron el cuerpo de su fallecido laird y poco a poco se fueron retirando hasta desaparecer del patio.

—¡Connor! —gritó Kirk —¡Ven, rápido!

Connor corrió y se arrodilló al lado de Raquel, la cual ya respiraba con mucha dificultad. Escuchó los pequeños silbidos que salían de sus labios, los cuales le hicieron comprender que le quedaba poco tiempo. Cogió nuevamente su mano y se la llevó al corazón. Le besó la palma y apoyó su mejilla contra ella.

—Connor —la escuchó susurrar —. La miró y vio en ella una triste sonrisa al mismo tiempo que una lágrima escapaba de sus ojos. Lágrima que

descendió por su mejilla y Connor atrapó besándola. Lamento mucho lo que ha pasado. No he podi...do —Raquel tosió y sangre salió de sus labios. Al ver eso Connor se asustó y le vino de repente a la cabeza un solo nombre.

—¡Finoa! —gritó con todas sus fuerzas.

La anciana llegó renqueante pocos minutos después y se arrodilló como pudo. Puso sus manos en el pecho de Raquel y cerró los ojos. Segundos después simplemente lo miró y negó.

—Lo siento, no puedo hacer nada por ella. Los dioses ya han decidido, Connor.

—Por favor, Finoa, por favor... no me digas eso. ¡No lo voy a aceptar! ¡Ella no puede morir! ¡No puede! —rogó exponiendo sus sentimientos a todo su clan y dejó escapar las lágrimas que había intentado contener. Porque el gran dolor que sentía por dentro, la agonía que sentía su corazón, hicieron que finalmente salieran y recorrieran sus mejillas.

La anciana suspiró y miró a Kirk. Cogió su mano, le miró la palma y abrió los ojos como platos. Seguidamente agarró la de Connor, la miró y sonrió.

—Hay una solución. Pero no es una solución inmediata, Connor.

—Me da igual lo que sea, Finoa, me da igual. Pero por favor, sálvala. Aceptaré lo que sea, te lo juro, lo que sea.

—¿Estás completamente seguro de que aceptarás cualquier cosa, Connor? ¿Cualquiera? ¿Aunque esa decisión te haga sufrir?

Connor asintió y Finoa suspiró.

—Kirk. Déjanos solos por favor y aparta a todas esas personas. Necesito espacio y un poco de intimidad.

—Connor...

Al escuchar su nombre en labios de Raquel, la miró.

—Te a... mo. Quie... quiero que sepas que lo ha...go —tosió — y que siem... pre lo ha...ré.

—No hables mi amor, no hables y reserva tus fuerzas. Finoa te ayudará, cariño, ya lo verás. Ella hará que te pongas bien.

Connor miró a Finoa y al ver la tristeza que había en su mirada, dudó sobre si realmente lo que le había dicho era verdad.

—¿La amas más que a tu vida, Connor? ¿Darías tu vida y tu alma por ella?

Connor no comprendía a santo de qué le hacía esa pregunta, pero no lo dudó en ningún momento y asintió con toda la convicción que pudo.

—Sí. La amo más que a mi propia vida.

—Bien. Pues que así sea.

Finoa se posicionó en el lugar que ocupó Kirk anteriormente. Puso su mano izquierda sobre el corazón de Raquel y la derecha sobre su frente. Cerró los ojos y empezó a entonar un rápido y extraño cántico.

Connor no entendía ni una palabra de lo que decía y eso hizo que se le erizara la piel. Le vinieron a la cabeza todas las historias que había escuchado en su infancia sobre Finoa y sobre lo que era capaz de hacer, y de repente lo invadió la inseguridad.

Sintió como Raquel se ponía rígida y apretaba su mano, la miró y vio que lo estaba mirando fijamente. Sus increíbles ojos pardos brillaban por las lágrimas contenidas y una imperceptible sonrisa se dibujaba en sus labios.

Connor se inclinó hacia ella, la besó y susurró en su oído unas palabras que llevaría para siempre en su corazón.

—*Bidh gaol agam ort, gu bràth.*

—*Gu bràth* –susurró Raquel—. Adiós, mi a... amor.

Y así como levantó la cabeza, vio como el cuerpo de Raquel iba desvaneciéndose poco a poco y como se iba haciendo traslucido a ojos de él, hasta que desapareció por completo, dejando un espacio totalmente vacío donde había estado.

En ese instante, Finoa finalizó el cántico y suspiró.

Al ver eso, al ver como Raquel desapareció, dejando sus manos completamente vacías. Al sentir que donde estuvo su pequeña mano, cogiendo las suyas ya no había nada; Connor miró al cielo, extendió sus brazos y gritó. Gritó con toda la fuerza que tenían sus pulmones y soltó con ese grito, todo el dolor y agonía que llevaba en su interior por haber perdido a la persona que más había amado en toda su vida.

Capítulo 23

Ven Connor, acompáñame –escuchó que le decía una voz, alejándolo poco a poco de su dolor. Un dolor que creía que jamás abandonaría su ahora maltrecho corazón.

Connor miró a Finoa, la cual estaba de pie a su lado.

—Si realmente quieres volver a ver a Raquel, es necesario que vengas conmigo ahora mismo. Tengo mucho que explicarte.

Al escuchar esas palabras, se levantó del suelo y al ver como se iba alejando la empezó a seguir hasta que finalmente llegaron a su cabaña.

—Siéntate y escúchame bien, porque lo que te voy a contar es muy importante.

A regañadientes se sentó y ella lo hizo enfrente de él. Le cogió nuevamente la mano, la miró, pasó su dedo índice por ella y asintió.

—Bien. Raquel ha vuelto a su época. Allí es donde está ahora mismo, Connor.

—¿Cómo es eso? ¿Tú la has enviado de nuevo al siglo veintiuno?

Finoa afirmó.

—Era la única manera de salvarle la vida a tu mujer. Como sabrás, en este tiempo no tenemos los adelantos necesarios para curar una herida de esas características, Connor, pero en el suyo sí que los hay.

—¿Estás completamente segura de ello?

—Completamente. Pero no me preguntes como lo sé, porque hay cosas que no te puedo explicar. Lo tengo prohibido.

—¿Y eso? ¿Quién te lo ha prohibido?

Al ver como ella lo miraba sin mover un músculo de su cara y con una seriedad que nunca le había visto, dejó las preguntas ya que le quedó bien claro que nunca sabría nada que ella no le quisiera contar.

—Bien, como te iba diciendo. Raquel está en su época y te reunirás con ella.

Al ver como Connor sonreía, Finoa levantó la mano y lo detuvo.

—No te alegres tanto, Connor, porque todo esto va a tener un precio muy elevado para ti.

—Me da igual, Finoa. Pagaré el precio que sea necesario con tal de volver a estar a su lado.

—¿Cualquier precio? ¿Seguro? ¿Sea el que sea?

Al ver a Connor afirmar lleno de determinación, Finoa tomó también la suya. Hacía muchos años que no había visto un amor tan grande como el que se profesaban ellos dos, así que, haciendo uso de su limitado poder y sabiendo que después de lo que iba a hacer posiblemente los perdería completamente, se decidió a creer en el amor de esas dos almas gemelas y tomó su decisión. Una decisión que reportaría una pésima consecuencia sobre ella, pero apostó por el amor.

—Llama a Kirk y dile que venga inmediatamente. Lo vamos a necesitar para que lo que tengo pensado salga bien.

—¡Kirk! —gritó Connor, a lo que su amigo entro enseguida por la puerta.

—Vaya, a eso sí que se le llama rapidez —dijo Finoa sorprendida al ver a ese hombre aparecer tan rápido. Supo después de eso que era un hombre de gran corazón, que daría su vida por su amigo y laird y en el que podría confiar plenamente.

—Bien. Kirk siéntate al lado de Connor y escuchad atentamente los dos. Porque de ambos dependerá que todo salga bien, sobre todo por tu parte, Kirk.

Finoa les explicó a ambos su plan, lo que tendría que hacer Kirk llegado el momento indicado, le explicó paso a paso absolutamente todo, sin dejarse nada, y a Connor le contó el gran sacrificio que tendría que hacer y lo que pasaría con el hasta que finalmente lograra reunirse con Raquel.

Una vez terminadas las explicaciones, ambos se miraron, asintieron y se abrazaron.

—Cuenta conmigo, amigo. Bien sabes que estoy y siempre estaré para ti.

—Lo mismo te digo, Kirk. Lo mismo te digo.

—Bien, ya que los dos estáis de acuerdo, nos reuniremos mañana antes de que se oculte el sol en la playa. Tenéis ese tiempo para dejarlo todo atado y bien preparado. Sino estáis aquí mañana, la oportunidad habrá pasado, ya que el solsticio de verano será el momento indicado. Si dejáramos pasar ese momento, todo se habrá perdido y jamás volveremos a tener otra oportunidad. ¿Os ha quedado claro, muchachos?

Ambos asintieron y después de despedirse de Finoa, salieron por la puerta.

Una vez en su alcoba, Connor miró a su alrededor, miró su cama, la cual estaba aún deshecha y recordó la maravillosa noche de pasión que pasó en los brazos de Raquel. Brazos que ansiaba volver a tener a su alrededor, volver a sentir. La echaba terriblemente de menos y solo deseaba que el tiempo volara a su favor para poder volver a besar sus dulces labios y a amar su perfecto cuerpo.

Recordó lo que tenía que hacer y no perdió tiempo. Se dirigió hacia los aposentos que ocupó Raquel y al entrar divisó el petate de ella encima de la cama. Lo agarró, salió de la alcoba y volvió a la suya. Fue a colocarlo encima del baúl que estaba a los pies de la cama, cuando vio un pequeño papel doblado. Un papel que no había visto hasta ahora. Lo cogió, dejó las pertenencias de Raquel en el suelo y se sentó en la cama.

Desdobló esa hoja y al ver una caligrafía preciosa y femenina, supo enseguida que esa carta la había escrito ella.

La apretó entre sus manos al sentir como el dolor por su ausencia empezaba a llenarlo de nuevo y después de inspirar y soltar el aire lentamente, empezó a leer.

Mi amado Connor:

Antes de nada, quiero pedirte disculpas por no haberme despedido de ti, por no haberte despertado y haber dejado que me acompañaras; pero el miedo por una vez me ha superado y la verdad es que soy incapaz de decirte adiós.

Puede que sea una despedida temporal, o lamentablemente definitiva, cielo. Pero me conoces y sabes que no puedo esconderme. No me considero una mujer cobarde y por mucho miedo que tenga ahora mismo, no voy a empezar a serlo.

La verdad es que no sé cómo acabará todo, pero quiero que sepas que, pase lo que pase, estos días que he pasado a tu lado han sido los mejores y más felices de mi vida. Y que te amo. Eso quiero que lo tengas siempre muy presente, Connor. Quiero que no tengas ninguna duda, que nunca haya un «quizás» en tu interior. Lo que siento por ti es tan inmenso, cielo, es un amor tan grande y puro, que a veces siento que mi corazón va a explotar de dicha en mi interior.

Ahora mismo solo me imagino dos opciones, cariño. Que estés sentado

a mi lado leyendo esto, o que desgraciadamente y muy a mi pesar, lo estés haciendo solo. Cosa que te aseguro lamento de corazón, porque lo último que deseo en esta vida es que sufras.

Te voy a echar mucho de menos esté donde esté. Solo espero, que algún día y si Dios lo quiere, nos podamos volver a reunir en el más allá. Ten por seguro que te esperaré cariño el tiempo que haga falta.

Hasta que llegue ese día, espero que seas muy muy feliz y que tengas una vida plena.

Te amo.

Raquel.

Connor inspiró hondo, apoyó la carta en su corazón y en cuanto tuvo fuerzas para levantarse de la cama, guardó la carta dentro del petate de Raquel. Miró en su interior y vio el MP4 y unos cuantos objetos más que no le sonaban de nada. Ojalá hubieran tenido más tiempo juntos, le hubiera encantado conocer más cosas sobre la época de Raquel, pero desgraciadamente...

Agarró el aparatito y también lo que ella llamó cartera y la abrió. Miró su contenido y vio una fotografía reciente, en la que ella iba vestida con la misma ropa que llevaba en día que la conoció. En la imagen sonreía y estaba de pie delante de un aparato enorme con dos largas extensiones a ambos lados. Se quedó mirando la imagen y la cara de felicidad de su mujer y finalmente con ella y el MP4 en sus manos, se dirigió a la ventana. Retiró el tapiz, agarró una silla y se sentó. Encendió el aparato, pulsó el pequeño botón que ella siempre pulsaba, se colocó los pequeños dispositivos en sus orejas y, mirando el precioso paisaje que había frente a él se relajó.

En cuanto empezó a escuchar la letra de la canción que cantaba aquel hombre, la piel de Connor se erizó y su corazón empezó a latir apresuradamente en su pecho. Sintió como se le cerraba la garganta y como le costaba tragar saliva. Miró las letras que se movían de derecha a izquierda en el dispositivo y leyó *How am I supposed to live without you* y un nombre, Michael Bolton.

Apretó contra su pecho la imagen de Raquel, apoyó la espalda en el respaldo de la silla, cerró los ojos y se dejó llevar por la hermosa e intensa letra de esa canción.

—*How am I supposed to live without you* —susurró— y sintió como las lágrimas caían por sus mejillas —. *Now that I've been loving you so long* — repitió junto al cantante— *how am I supposed to live without you. And how am I supposed to carry on, when all that I've been living for... is gone.*

Connor gimió audiblemente y dejó salir todo lo que en ese momento sentía. Dejó salir todo su dolor y acabó llorando como haría un niño pequeño, con intensos sollozos que lograrían que a cualquiera que lo viera, se le acabara rompiendo el corazón.

Pocas horas después, el aparato se quedó en completo silencio y por mucho que pulsó diferentes botones, no logró que se pusiera en marcha. Suspiró y al ver que la luna había aparecido, se levantó renqueante de la silla, metió el aparato en el petate, besó la imagen de Raquel antes de volver a colocarla en su lugar en la cartera, cerró la cremallera y salió con su más preciado tesoro en sus manos en busca de Kirk.

Capítulo 24

En la actualidad

Un insistente pitido sacó lentamente a Raquel del sopor en el que se encontraba. Sentía todo su cuerpo dolorido y gimió.

—Connor –susurró.

—Vaya, al fin despierta.

Abrió los ojos lentamente en cuanto escuchó esa voz y parpadeó. En cuanto logró enfocar la vista, echó un vistazo a todo lo que la rodeaba y reconoció por las máquinas que estaban a su alrededor que estaba en un hospital.

—¿Connor? –repitió.

—Hola.

Miró a su derecha y vio a su lado a una enfermera.

—¿Dónde estoy? –preguntó y se llevó la mano a la garganta—. Agua por favor—. El ardor que sentía hizo que carraspeará y eso en vez de aliviarla lo empeoró.

—Tenga –le ofreció un vaso con una cañita y Raquel empezó a beber con ansia.

—Ya, ya, despacio –le retiró la cañita de los labios y Raquel suspiró del alivio.

—¿Dónde estoy? ¿Y cómo he llegado aquí? ¿Dónde está Connor?

—Tranquila, tranquila. Vayamos por partes –la paró sonriéndole—. Antes que nada necesitaría saber su nombre.

—Raquel. Raquel Romerales.

—Muy bien, Raquel. Verás, estás en el hospital Reigmore.

—¿Reigmore? No me suena. ¿Dónde está?

La enfermera frunció el ceño.

—En Inverness.

—¿Inverness? ¿Y puedo saber cómo he llegado hasta aquí? ¿En qué año

estamos?

La enfermera al escuchar esas palabras salió corriendo de la habitación sin decir nada y Raquel suspiró. Cerró los ojos y a su mente acudió la cara de Connor, el hombre al que amaba con todo su corazón y que había perdido por culpa de su estupidez. Por haberse confiado y no haber prestado atención. Las lágrimas acudieron a sus ojos y las dejó fluir libremente porque sabía que por culpa de su inconsciencia, había perdido al hombre que más había amado en toda su vida.

Escuchó la puerta abrirse y vio aparecer a la misma enfermera seguida de otro hombre. Un hombre que la sonrió en cuanto la vio.

Raquel se limpió rápidamente las lágrimas, lo miró y por su vestimenta, supo que se trataba del médico.

Lo miró a los ojos y en el momento en que fijó su mirada en ellos sintió como su corazón se aceleraba y gimió.

Ese hombre tenía exactamente la misma mirada que Connor, los mismos ojos, el mismo color y tonalidad, todo...

—¿Se encuentra bien, señorita?

—Su voz –susurró Raquel. Su voz es... ¿Connor? –preguntó.

Al ver como el médico fruncía el ceño y negaba, a Raquel se le fue el alma a los pies.

—No sé quién ese Connor, señorita. Mi nombre es Duncan, soy el doctor Duncan McCarthy y soy el que lleva su caso.

Raquel asintió totalmente abatida, puso sus manos encima de su regazo y se las miró.

—Señorita Romerales, ¿recuerda cómo llegó aquí?

Raquel negó sin mirarlo. No podía hacerlo, ya que, si lo miraba sabía que se derrumbaría completamente, ya que ese hombre le recordaba muchísimo a Connor. Tenía su mirada y su voz, pero no su cara. Este hombre era moreno y tenía el pelo sujeto en una coleta baja. Aunque su constitución y altura era muy similar a la de Connor, le faltaba su corpulencia y musculatura.

Raquel le contó que no recordaba cómo había llegado, porque si le decía que había vuelto a su tiempo desde siglos en el pasado, sabía que la tomarían por loca y seguramente acabaría internada en un hospital psiquiátrico.

—Pues verá, un celador la encontró en la entrada del hospital muy mal herida, señorita –le comentó el médico—. Apareció con dos dagas incrustadas en su cuerpo. Una en su muslo derecho y la otra en el estómago. Como comprenderá, tuvimos que operarla inmediatamente ya que su vida pendía de

un hilo. Estaba más muerta que viva, a decir verdad y admito que fue un milagro que saliera viva de la mesa de operaciones. Pero se ve que los dioses estaban a nuestro lado y afortunadamente, todo salió bien.

—¿Dioses? —preguntó Raquel y lo miró nuevamente. Él simplemente afirmó y se acercó a ella.

Raquel sintió como su corazón se aceleró al poner él la mano en su frente. Las máquinas a las que estaba conectada empezaron a pitar más rápidamente y Raquel, al ver la imperceptible sonrisa en la cara de ese doctor, se sonrojó.

El doctor McCarthy pasó una pequeña linterna por sus ojos y cuando la retiró cogió el historial de los pies de la cama y apuntó algo.

—Bien, todo está perfecto. ¿Siente dolor?

Raquel asintió y el médico ordenó a la enfermera que le aumentara la dosis de calmantes. Una vez hecho eso, Raquel empezó a sentir como un pequeño sopor se apoderaba de ella y sonrió al sentir que el dolor disminuía.

La enfermera salió de su habitación y miró al médico.

—Ahora descanse. Ya verá como en unos días estará recuperada por completo.

Raquel cerró los ojos y cuando estuvo a punto de quedarse dormida, unas palabras susurradas en su oído hicieron que intentara abrir los ojos de nuevo, pero le fue totalmente imposible. Simplemente sonrió y el sueño finalmente la venció.

Dos semanas después, Raquel se estaba vistiendo. El hospital le prestó una camiseta, unos pantalones de chándal y unas zapatillas. Cuando se fue a poner el pantalón y vio la cicatriz que tenía en el muslo, cerró los ojos y se la acarició.

—Connor, mi amor. Nunca te olvidaré. Siempre estarás en mi corazón.

Se terminó de poner los pantalones, se puso la camiseta y antes de bajársela también pasó los dedos en la cicatriz vertical que iba desde debajo de su esternón hasta su ombligo y suspiró.

Se sentó en la cama, se ató los cordones de las zapatillas y cuando se iba a levantar, llamaron a la puerta y vio aparecer al doctor McCarthy.

—Buenos días —le dijo sonriendo—. Veo que ya está lista para partir.

Raquel fue incapaz de devolverle la sonrisa, solo se encogió de hombros y asintió.

—Verá. Quizás le resulte extraña mi petición, pero necesitaría hablar con usted si me lo permite antes de que se vaya.

Al ver que ella no decía nada, cerró la puerta tras él y avanzó un paso.

—Realmente es importante. Por favor... concédame unos minutos.

Finalmente Raquel aceptó y le hizo señas para que se sentara al lado de ella.

Duncan lo hizo, la miró a los ojos y carraspeó.

—Verá, tengo una cosa que contarle y... bueno... realmente necesitaría que abriera su mente y me dejara hablar hasta que termine.

—De acuerdo. Dígame, doctor.

Al ver como él se ponía nervioso y le costaba hablar, Raquel frunció el ceño.

—¿Doctor?

—Connor McGillivray —dijo él.

Al escuchar ese nombre, Raquel abrió los ojos como platos, se puso las manos en la boca y gimió. Empezó a negar repetidamente y finalmente se puso a llorar.

Sintió como los brazos de Duncan la rodeaban e intentó apartarse, pero al ver que él apretaba su abrazo, Raquel se dejó llevar por la pena y el dolor que desgarraban su corazón y lloró desconsoladamente en sus brazos durante largos e incontables minutos.

Cuando sintió como poco a poco se iba calmando y que los sollozos se acabaron convirtiendo en hipidos, Raquel levantó la cabeza y lo miró a los ojos.

—¿Cómo...? —preguntó, ya que no sabía cómo Duncan conocía el nombre del hombre que había amado más que a su propia vida.

Él solamente sonrió y le acarició la mejilla.

—*Bidh gaol agam ort, gu bràth*

Al escuchar esas palabras, el corazón de Raquel se saltó un latido y sintió como empezaba a bombear acelerado en su interior. No podía ser... no podía...

—¿Connor? —preguntó sin apartar la mirada de esos preciosos ojos.

Al ver como él asentía, sonriendo ampliamente, Raquel solo pudo hacer una cosa, una cosa que no le había pasado en veintiocho años de vida. Puso los ojos en blanco y se desmayó.

Duncan la sujetó antes de que se cayera de la cama, ya que su cuerpo se inclinó peligrosamente hacia la izquierda, de lo contrario, hubiera acabado en el suelo. La levantó entre sus brazos, la llevó hasta una butaca que había en una esquina y después de sentarse, la depositó en su regazo y la abrazó.

—Al fin. Al fin te tengo de nuevo entre mis brazos, amor mío. No puedes imaginar el tiempo que he esperado para que llegara este momento, vida mía. Ha pasado mucho, mucho tiempo... demasiado.

Duncan besó sus labios y suspiró al sentir como su corazón latía nuevamente. Un corazón que había estado muerto durante más de cuatrocientos años.

Raquel abrió los ojos y al ver a Duncan a pocos centímetros de su cara le vino de golpe a la cabeza lo que él le había dicho.

—¿Connor? —volvió a preguntar con el ceño fruncido, porque realmente quería asegurarse de que lo que recordaba no había sido un sueño, sino una realidad.

—*Aye* —dijo simplemente, y con esa única palabra, Raquel supo que no había sido un sueño y que realmente, Connor la tenía de nuevo entre sus brazos.

—Pero... ¿Cómo puede ser? Tú no eres... Bueno, tienes sus ojos y su voz, pero no...

—Tranquila, *mo leannan*, tranquila. Te lo explicaré todo, ¿de acuerdo?

Raquel sonrió y asintió.

—Pero antes, necesito que me acompañes a un sitio. Una vez allí, te lo explicaré todo y lo entenderás.

Duncan se levantó y la depositó lentamente en el suelo. Una vez de pie, Raquel lo abrazó fuertemente y notó como el inspiraba hondo y le devolvía el abrazo con la misma intensidad.

—No te puedes imaginar cuanto te he echado de menos, mi valkiria. Me has hecho muchísima falta.

—Pero Connor, solo han pasado veinte días.

Él negó, la cogió de la mano, salieron por la puerta y una vez fuera del hospital y con el alta en sus manos, Raquel vio que se dirigían a un precioso coche. ¿Un Ferrari? ¿Connor tenía un Ferrari?

Le abrió la puerta del pasajero y ella se acomodó en su interior. Connor se

puso al volante, encendió el motor y la miró.

—El cinturón, Raquel.

Ella parpadeó un par de veces y cuando salió de su estupor al ver a Connor detrás de un volante, se puso el cinturón y miró hacia delante.

Mientras recorrían el camino que la llevaría a saber dónde, Raquel miró a Connor conducir y no se pudo creer como un hombre del siglo XVIII era capaz de manejar un coche de esa potencia con tanta naturalidad.

Unas dos horas después, llegaron a su destino y cuando Raquel miró a la lejanía y vio lo que tenía delante de ella, abrió los ojos como platos. Si no lo estuviera viendo con sus propios ojos, de ninguna manera se hubiera podido creer que lo que veía era real. Era la cosa más maravillosa que había visto en años.

Capítulo 25

Vamos.

Raquel salió del coche, Connor la cogió de la mano y empezó a caminar a su lado. Subieron a paso ligero la pequeña cuesta que los separaba de su destino. Una magnífica y preciosa mansión. Mansión que Raquel reconoció por las dos torres que poseía. Era el castillo de Connor, bueno..., más bien sus ruinas, pero reconstruidas en un maravilloso e increíble palacete o pequeño castillo, o como se llamara a esa preciosa edificación.

Cuando estuvieron en lo alto de la colina y a pocos metros de la entrada, Raquel reconoció enseguida el lugar. Estaban donde siglos atrás estuvo construida la aldea y donde vivieron las gentes del clan McGillivray. Raquel cerró los ojos y en su mente vio el antes y el después.

Al sentir la mano de Connor cerrarse sobre la de ella lo miró y le hizo ademán con la cabeza para que lo acompañara.

Connor sacó una enorme llave de su bolsillo y la introdujo en una gran cerradura. Cerradura que aunque estaba reluciente, formaba parte de dos grandes y robustas puertas de madera bastante envejecidas. Puertas que supo Raquel pertenecieron al castillo original.

Las puertas chirriaron al abrirse y al acceder al interior, la respiración de Raquel se cortó de golpe. Exhaló audiblemente al ver lo que la rodeaba. El interior era exacto al que recordaba. Nada había cambiado, excepto algún mueble. Los maravillosos tapices que recordaba seguían en el mismo sitio, aunque bastante envejecidos. Habían perdido el brillo que los caracterizó en su momento e incluso algunos habían sido remendados.

La gran mesa del salón estaba en el mismo sitio. Incluso la silla del laird era la misma. ¿Cómo era posible que ese mobiliario siguiera ahí?

—Esto es increíble, Connor.

—¿Te gusta?

Raquel afirmó mirándolo con una gran sonrisa.

—Pues tengo algo que te gustará aún más. Ven, sígueme.

Salieron del salón y entraron en la que fue la cocina. Raquel la miró y exceptuando la gran mesa de madera original, todo lo demás a su alrededor había sido sustituido por electrodomésticos de acero inoxidable. Era en definitiva una cocina moderna, excepto por un pequeño horno de piedra que estaba en una esquina, horno que utilizaron las mujeres del castillo para cocinar y que ahora simplemente formaba parte de la decoración.

—¿No se usa?

Al ver que Raquel señalaba la antigua cocina del clan, Connor sonrió y negó.

—Teniendo una cocina moderna, no. Pero se conservó esa.

Raquel pasó la mano por la mesa de la cocina y la acarició. Recordó el intenso momento que pasaron ella y Connor en esa mesa y se sonrojó. Raquel lo miró de soslayo y al verlo sonreír y mirarla pícaramente, supo que él también estaba recordando lo mismo que ella.

—¿Sabes? Ya sé que significa «dame tu cosita», cielo. Le guiñó un ojo y dio un paso hacia ella. Incluso vi el vídeo en su momento. No te puedes ni imaginar lo que me reí al verlo, Raquel, porque mientras lo veía te tenía en mi cabeza realizando el bailecito.

Raquel carraspeó y se dio la espalda.

Al ver su reacción, Duncan frunció el ceño y se acercó a ella temiendo haber dicho algo malo o haberla ofendido. Se fijó en como sus hombros temblaban y creyendo que lloraba, la sujetó por ellos, le dio la vuelta y la abrazó.

—Lo siento, lo siento cielo, no quería hacerte sentir mal.

En ese momento Raquel rompió a reír a carcajadas y al escucharla, Duncan la separó de él.

—Perdona, perdona —dijo intentando coger aire al mismo tiempo que se limpiaba las lágrimas de las mejillas—. Pero... pero es que me he imaginado al Connor que conocí mirando ese vídeo y en la cara de espanto que habría puesto viendo a ese bichito verde bailando.

Duncan se carcajeó también y afirmó.

—Sí. Hay que reconocer que mi antiguo yo se habría espantado al ver a ese extraño ser moviendo la pelvis.

—¿Cómo que tu antiguo yo? —preguntó Raquel dejando de reír en ese momento.

Duncan bajó la cabeza y miró al suelo. Puso sus manos en su cintura, suspiró y la miró fijamente.

—Tengo muchísimo que contarte, Raquel, piensa que para mí han pasado más de cuatrocientos años y para ti solo veinte días.

—¿Qué...?

Connor puso un dedo en sus labios haciéndola callar, tomó de nuevo su mano y la arrastró hacia la salida. Una vez atravesaron la puerta de la cocina y salieron al exterior, Raquel se quedó petrificada por lo que vio. Una preciosa estatua de mármol de unos tres metros de altura, se erguía ante ella. Estaba situada en una peana de más de un metro de alto la cual también era de mármol. Pero realmente, no fue el tamaño lo que la dejó *k.o.*, sino la imagen que mostraba.

Era ella. Esa estatua era ella misma el último día que estuvo en el siglo dieciocho. Llevaba una espada que empuñaba con ambas manos, su cara demostraba una fiereza y concentración increíbles. Llevaba la misma ropa, los *leggings*, la camiseta... incluso su trenza. Fuera quien fuese el que la realizó, hizo una auténtica obra de arte.

—¿Te gusta? —le preguntó Connor y ella simplemente afirmó sin poder apartar la mirada de su imagen. —Fue Kirk el artista, Raquel.

Al escuchar ese nombre, los ojos de Raquel se empañaron.

—Kirk —susurró recordándolo—. ¿Qué fue de él? ¿Y... por qué...? —preguntó señalando la estatua con la cabeza.

—Esa pregunta te la contestaré más tarde, cielo. Primero quiero enseñarte otra cosa.

Connor se dirigió a la estatua, Raquel lo siguió y cuando llegó a los pies de ella, Connor acarició la imagen de una preciosa rosa roja labrada a los pies de su imagen. Raquel la miró y vio como Connor colocaba la palma de la mano sobre la flor y apretaba fuertemente hacia abajo. Instantáneamente, el frontal de la peana se abrió hacia afuera y Connor se agachó. Raquel también se agachó a su lado y lo vio sacar una caja de más de un metro de madera del interior. La caja era rectangular, llevaba una preciosa R labrada en la tapa y Connor se la acercó.

—Ábrela, cielo, es tuya.

—¿Mía? —preguntó Raquel sin saber que esperar.

En cuanto localizó el cierre, lo abrió y retiró la tapa. Miró en su interior y al ver dentro su petate se quedó a cuadros.

—Pero como... —señaló el petate con el dedo y miró a Connor—. ¿Ha estado ahí dentro durante cuatrocientos años?

—Más o menos —contestó el sacándolo de dentro de la caja. Abrió la

cremallera y le dio la cartera a Raquel—. Siento el estado, pero me aferré a ella en cuanto desapareciste, Raquel. La fotografía que hay en su interior me ha ayudado mucho. El no poder tenerte fue una auténtica pesadilla, créeme.

Raquel abrió la cartera y cayó un papel amarillento en su regazo. Lo cogió con mucho cuidado y, al abrir el papel, reconoció en él la carta que le escribió a Connor el día que se despidió de él.

—Connor...

—No digas nada, cariño. Ahora mismo ya todo esto pertenece al pasado. —le dijo señalando la carta que Raquel tenía en sus manos—. Ahora es nuestro futuro lo que importa, ¿no crees?

Raquel guardó la carta de nuevo en su cartera y la devolvió al interior del petate. Lo cerró y suspiró.

—¿Qué vamos a hacer, Connor?

—Duncan.

—¿Qué?

—Que mi nombre es Duncan, Raquel, no Connor. Connor fue un hombre que vivió cuatrocientos años atrás, un hombre que te amó más que a su propia vida. Un hombre que hoy en día te sigue amando y un hombre que, espera que lo aceptes de corazón, aunque por fuera... no sea... «ese» Connor que te enamoró, ni un laird —susurró medio cabizbajo y se encogió de hombros.

Raquel se lanzó a sus brazos y lo abrazó.

—Claro que te acepto, mi amor, ¡claro que lo hago! —contestó con énfasis—. Yo no me enamoré de ti por tu físico, Conn... Duncan. Me enamoré de un hombre con valor, íntegro, un hombre que poseía un corazón de oro y una gran nobleza. Un hombre que amaba a su pueblo por encima de todo. Eso es lo que me enamoró, Duncan. Y bueno... aunque tengo claro que tú no eres Connor, mi Connor...

—Sí que lo soy, Raquel.

Raquel frunció el ceño al escuchar eso.

—Pero me acabas de decir...

—Raquel, te he dicho que no me llamo Connor, sino Duncan. En la actualidad, mi nombre es Duncan McCarthy, soy médico cirujano, estoy soltero y sin compromiso y esta es mi casa. Pero por dentro... mi... alma, es de Connor, tu Connor. Por dentro soy él.

Raquel frunció el ceño sin entender nada y al verla, Duncan suspiró.

—Ven. Vamos dentro. Prepararé café y te lo explicaré todo.

Raquel tomó su mano y después de coger la caja del suelo, los dos se

dirigieron a la cocina. Duncan puso café a hacer y mientras se preparaba, se sentó al lado de Raquel.

—Verás. Finoa es la que te transportó a tu tiempo cuando estabas agonizando en mis brazos, cielo. Utilizó una inmensa magia que no sabía que poseía y la verdad, es que nunca supe de dónde procedía. Una vez desapareciste, ella me preguntó si quería volver a tu lado, si estaba dispuesto a cualquier cosa con tal de estar contigo, a lo que yo, sin dudarlo asentí. La noche del día después de tu marcha, Finoa nos reunió a Kirk y a mí en la playa. Había una enorme hoguera encendida. Era la noche del solsticio de verano y según ella, el día ideal para hacer posible mi vuelta contigo. Pero lo que realmente ocurrió, fue algo totalmente diferente.

»Finoa como la vez que desapareciste de mis brazos, pronunció unas palabras que yo no entendí en absoluto. Kirk y yo nos miramos y cuando Finoa terminó, sentí un fuerte dolor en mi pecho. Un dolor inmenso que hizo que acabara de rodillas en la arena y gritando.

—¿Qué fue? ¿Qué te hizo? —preguntó totalmente preocupada.

—Ahora llegaré a esa parte cariño. Verás, una vez recuperado de ese intenso dolor y me levanté, Finoa me miró y me explicó lo que había hecho. Me dijo que había utilizado la poca magia que le quedaba para ayudarme; magia que le fue otorgada por ser descendiente directa de unos antiguos y poderosos druidas. Pero que, con lo que había hecho para ayudarme, acabó perdiéndola definitivamente. Me explicó que tenía que abandonar el castillo en pocos días, pero que primero tenía que dejarlo todo perfectamente atado. Así que, le cedí a Kirk el mando y pasó a ser el laird. Entre él y yo planeamos un par de cosas, para que cuando llegara el momento adecuado lo tuviera todo a mano.

—¿Qué fue lo que Finoa te hizo, Connor?

Connor suspiró y la miró.

—Congeló mi alma, Raquel.

—¡¿Qué?! —gritó Raquel levantándose de golpe de la silla.

Connor se levantó también en cuanto escuchó el pitido de la cafetera y sirvió los cafés.

—¿Cómo es eso de que congeló tu alma?

Le alcanzó una taza a ella, pero la suya la dejó en la mesa.

—Verás. Me dijo que la única manera de que realmente me pudiera volver a reunir contigo, era pasando cuatrocientos años desde mi época a la tuya. Pero claro, para que nuestro encuentro se realizara como ella había planeado,

tenía que morir en el período de tres días máximo, desde la ceremonia que ella realizó y que, llegado el momento, en cuanto el siglo veintiuno fuera el presente, yo renacería de nuevo en el cuerpo de un bebé que acabaría pareciéndose físicamente en algunos rasgos al que fue tu Connor y que... cuando ese bebé, bueno, yo, cumpliera los treinta y un años lo recordaría todo de golpe, ya que tenía treinta y un años el día que te conocí y cuando me enamoré perdidamente de ti. Y bueno... aquí me tienes —dijo abriendo sus brazos señalándose—. ¿Alguna pregunta, cariño?

—O sea, que eres Connor McGillivray en tu interior, mi Connor, pero naciste y te bautizaron como Duncan McCarthy. Creciste como un niño normal, fuiste al instituto, a la universidad, te hiciste médico y el día de tu treinta y un cumpleaños... ¿me recordaste y recordaste todo lo que vivimos hace cuatrocientos años?

—Efectivamente.

—¿Y qué pasó con Kirk?

—Cuando recuperé hace cuatro años mis recuerdos...

—Un momento, un momento... ¿tienes treinta y cinco años?

—Duncan afirmó.

—¿Te supone algún problema?

Raquel negó.

—Bien... como te decía, en cuanto recuperé mis recuerdos hace cuatro años, recordé también todo lo que planeamos Kirk y yo. Me dijo que el castillo pasaría de él a sus descendientes generación tras generación hasta que llegara el año dos mil dieciocho. Que el uno de enero de ese año, pasaría a ser dueño de él la persona que entregara una carta que Kirk, por cierto, dejó a buen recaudo dentro de la estatua. Exactamente dentro de tu petate, Raquel. Kirk me dijo que mandaría construir una estatua en el lugar donde está ahora mismo la tuya ya que ese fue el lugar donde falleciste, cielo. Y que en su interior guardaría cosas que necesitaría. A parte de documentación importante, me dejó una carta en la que me explicó lo feliz que fue su vida como laird y lo triste que se quedó tras mi fallecimiento, pero que por mí y por el gran sacrificio que realicé, consiguió que el clan McGillivray fuera grande, muy grande, próspero y muy reconocido.

»Hasta hace cuatro años sus descendientes vivieron entre estas cuatro paredes, y ellos fueron los que poco a poco hicieron de este lugar lo que actualmente es. Un lugar que por ley me pertenece y un lugar que espero, quieras compartir conmigo, Raquel. Nena... no sé si sigues teniendo dudas,

pero te garantizo que iré respondiéndolas una a una. Pero ahora mismo solo tengo una pregunta que hacerte, una pregunta que llevo muchísimo tiempo esperando poder realizar. Raquel... puede que te coja desprevenida y puede que no estés segura, pero... ¿Quieres casarte conmigo?

EPÍLOGO

Han pasado dos años desde que mi amado Connor me pidió en matrimonio, a lo que claro está, contesté con un fuerte e inmenso, «sí».

Ese mismo día y tras hacer el amor durante largas y largas horas, Connor se levantó de la cama, bueno, Duncan,— ya que él me pidió que por favor lo llamara así, ya que como Connor no lo conocía nadie. Pero inconscientemente y en algunas ocasiones, lo llamo Connor y él niega con una sonrisa— se dirigió a su chaqueta y sacó un sobre de su interior. Me lo dio y en cuanto lo abrí y vi que era el resultado de unas pruebas que me hicieron en el hospital durante mi ingreso, lo miré y le dije que no entendía nada de lo que ponía.

Cuando Duncan me dijo que mirara al final de la página, a lo que estaba subrayado en rojo y lo leí, tengo que admitir que casi me dio un patatús, ya que ahí ponía que estaba embarazada.

Cuando le pregunté si no era un error me dijo que no, ya que las pruebas se hicieron de una analítica de sangre. Me emocioné, me emocioné muchísimo y lloré. Lloré como hacía tiempo no había llorado, ya que supe que en mi interior llevaba el hijo de Connor McGillivray, del highlander que me enamoró cuatrocientos años atrás.

Hoy en día, ese precioso bebé, con un precioso pelo negro y ojos iguales a los de su padre, tiene dieciocho meses y nos tiene a su padre y a mí como locos.

Ahora mismo estoy en mi habitación preparándome para celebrar el segundo aniversario de bodas. Aniversario que podremos celebrar gracias a Linda, una amiga de Duncan de la infancia y que vive a pocos kilómetros de aquí.

Escuchó la puerta abrirse a su espalda y a través del espejo Raquel vio a su hombre entrar con su mini hombrecito en brazos, el cual, al verla estira sus bracitos para que lo cogiera.

—Menudo terremoto de niño, nena. Creo que el día que Kirk esté más de cinco minutos sin liarla celebraré una fiesta.

Raquel se puso a reír al escuchar a su marido y le arrebató a su precioso niño de sus brazos.

—¿Qué te pasa cariño? ¿Quieres estar con mamá?

Kirk negó repetidamente con la cabeza y frunció el ceño.

—Aballo.

—¿Caballo? ¿Quieres un caballo?

Kirk asintió varias veces y Duncan y Raquel se pusieron a reír.

—Vale, ¿y de dónde quieres que saquemos el caballo, cariño?

—Tita Inoa y tito Kik.

Al escuchar esos nombres, Duncan y ella se miraron con los ojos muy muy abiertos. Bajó al pequeño Kirk al suelo, y en cuanto se vio libre corrió y salió de la habitación.

—Como...

—Mejor que no pensemos en esto ahora mismo cariño, ¿no te parece?

Asintió, porque realmente no quería ni pensar seriamente en los nombres que salieron por la boca de su hijo y abrazó a Duncan.

—¿Te puedo hacer una pregunta, cariño?

—Claro que puedes, mi amor. Pregunta lo que quieras.

—¿Qué te parecería que dentro de seis meses tuviéramos una mini Raquel?

Al escucharla, Duncan la miró con los ojos abiertos como platos.

—Me estás diciendo que... que...

—Sí, cariño, te estoy diciendo eso. Que dentro de seis meses seremos nuevamente papás. ¿Estás contento? —preguntó mirándolo fijamente.

Connor la alzó entre sus brazos, la abrazó fuertemente y empezó a dar vueltas con ella entre sus brazos por toda la habitación, al mismo tiempo que reía de pura dicha.

—Me acabas de hacer el hombre más feliz del mundo, mi amor. Te amo.

La besó intensamente y cuando la soltó, apoyó su frente contra la de ella. Raquel levanto su mano y acarició su mejilla.

Miró sus preciosos ojos azules, ese color que tanto la enamoraron cuatrocientos años atrás y que la seguían enamorando.

—*Bigh gaol agam ort, gu bràth.* Connor.

—*Gu bràth, mo gaol. Gu bràth.*

FIN

Glosario de términos

Mo chòmhlán-bheag – Mi pequeña hada

A bheil feum agad air mo ghaol? - ¿Me necesitas mi amor?

Bidh gaol agam ort, gu bràth – Te amaré eternamente

Mo bheatha – Mi vida

Mo leannan – Mi amor

Gu bràth - Eternamente

Redes Sociales

Podéis escribirme o encontrarme en:

Facebook: Arwen McLane.

Instagram: @ArwenMcLane

E-Mail: arwenmclane@gmail.com